FRAY MOCHO



"MARGARITA"

N.° 722

Hela aquí!

La prueba documentada que destruye toda duda.







Señor Gerente de la
COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS

Presente

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Comunicamos a Vd. que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta la fecha, los BONOS DE AHORRO de esa Compañía presentados a esta Caja, para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

Meses	Bonos	Importe
Diciembre 1924 a Diciembre 1925	22.266	$ 161.745
En Enero 1926	2.947	" 20.180
TOTALES. . .	25.213	$ 181.925

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, enero 30/926.

F.

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL — CONTADURIA GENERAL

Sub-Contador

En Enero se han pagado **2.947** Bonos por **20.180** Pesos

En total se han pagado **25.213** Bonos por **181.925** Pesos



SON YA MILLARES

como lo comprueba
el documento arriba reproducido

LOS FAVORECIDOS con los BONOS DE AHORRO

para depositar en la

Caja Nacional de Ahorro Postal

que sin recargo de precio

SE OBSEQUIAN A LOS CONSUMIDORES DE

FOSFOROS "VICTORIA" y "75"

de la

Compañia General de Fósforos

RECORDAMOS

que debe romperse en varias tiras el frente que lleva impresa la figurita para hallar la mancha reveladora de que el premio se encuentra en el frente opuesto, que lleva la Marca "VICTORIA" o "75". Sumérjase luego este frente en agua el tiempo necesario para que se despegue el Bono de Ahorro.

AVISAMOS

que de ahora en adelante los Bonos de Ahorro deben remitirse por CERTIFICADO directamente a la COMPAÑÍA, CALLE LIMA 239, BUENOS AIRES, a efecto de ser antes canjeados por una ORDEN DE DEPÓSITO para la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.



FRAY MOCHO

Año XV | Buenos Aires, 23 de febrero de 1926 | Núm. 722

EL SEÑOR PIGEONNEAU

Por Anatole FRANCE

Ilustraciones de ROJAS

He consagrado, como se sabe, mi vida entera a la arqueología egipcia. Sería muy ingrata con la patria y la ciencia, y conmigo mismo, si lamentase haber entrado desde mi juventud en la vía que sigo honrosamente hace cuarenta años. Mis trabajos no han sido estériles. Diré sin alabarme, que mi "Memoria sobre un mango de espejo egipcio, del museo del Louvre", puede todavía consultarse con fruto, aunque date de mis comienzos. En cuanto al voluminoso estudio que consagré posteriormente a una de las pesas de bronce encontradas en 1851 en las excavaciones del Serapeum, sería injusto pensar mal de él, puesto que me abrió las puertas del instituto.

Estimulado por la acogida halagadora que mis investigaciones habían recibido de varios de mis nuevos colegas, tuve la tentación momentánea de abarcar, en un trabajo de conjunto, las pesas y medidas usadas en Alejandría bajo el reinado de Ptolomeo Auleto (80-52). Pero pronto reconocí que asunto tan general no puede ser tratado por un verdadero erudito, y que la ciencia seria no lo abordaría sin riesgo de comprometerse en toda clase de aventuras. Sentí que considerando varios objetos a la vez me salía de los principios fundamentales de la arqueología. Si confieso hoy mi error, si declaro el entusiasmo inconcebible que me inspiró concepción tan desmesurada, lo hago por interés de los jóvenes, que aprenderán con mi ejemplo a domeñar la imaginación. Es nuestra más cruel enemiga. Todo sabio que no logra sofocarla en sí, está irremisiblemente perdido para la erudición. Tiemblo todavía pensando en los abismos en que iba a precipitarme mi espíritu aventurero. Estuve a dos dedos de lo que se llama la historia. ¡Qué caída! Por poco doy en el arte. Pues la historia no es más que un arte o a lo sumo una falsa ciencia. ¿Quién ignora hoy que los historiadores han precedido a los arqueólogos como los astrólogos precedieron a los astrónomos, los alquimistas a los químicos y los monos a los hombres? Gracias a Dios el miedo me libró de tal tropiezo.

Mi tercera obra, me apresuro a decirlo, estaba sabiamente concebida. Era una memoria intitulada: "Del atavío de una dama egipcia, en el imperio medio, según una pintura inédita". Traté el asunto de manera de no divagarme. No introduje una sola idea general. Me guardé de esas consideraciones, de esos acercamientos y de esos puntos de vista con los que algunos de mis colegas echan a perder la exposición de los más bellos descubrimientos. ¿A qué se debió que obra tan sana tuviese destino tan extraño? ¿Por qué golpe de azar debía ser para mi espíritu causa de los más monstruosos extravíos? Pero no anticipemos los hechos y no confundamos las fechas. Mi memoria fué escogida para leerse en sesión pública de las cinco academias, honor tanto más precioso cuanto que se discierne rara vez a producciones de carácter semejante. Estas reuniones académicas son muy concurridas, desde hace algunos años, por las gentes de mundo.

El día de mi locura la sala estaba invadida por público selecto. Las mujeres se encontraban en gran número. Caras hermosas y elegantes trajes brillaban en las tribunas. Mi lectura fué escuchada con respeto. No fué cortada por esas manifestaciones irreflexivas y ruidosas que las tiradas literarias levantan naturalmente. No; el público guardó una actitud más en armonía con la naturaleza de la obra que se le presentaba. Se mostró serio y grave.



No estaba sola. Un hombre robusto y grande, que llevaba, como los reyes asirios, larga barba rizada y largos cabellos negros...

Como para destacar mejor los pensamientos, yo hacía pausas entre las frases, tuve tiempo de examinar atentamente la sala entera, por encima de mis anteojos. Puedo decir que no se veían errar sonrisas ligeras sobre los labios. ¡Lejos de eso! Los rostros más frescos tomaban expresión austera. Parecía que como por encantamiento yo hubiese madurado todos los espíritus. Aquí y allí, mientras leía, ciertos jóvenes cuchicheaban al nido de su vecina. Sin duda platicaban sobre algún punto especial tratado en mi memoria.

¡Todavía más! Una bella persona de veintidós a veinticuatro años, sentada en el ángulo izquierdo de la tribuna norte, tendía la oreja y tomaba notas. Su cara ofrecía una finura de rasgos y una movilidad de expresión verdaderamente notables. La atención que prestaba a mi palabra aumentaba el encanto de su extraña fisonomía. No estaba sola. Un hombre robusto y grande que llevaba, como los reyes asirios, larga barba rizada y largos cabellos negros, se hallaba cerca de ella y de tiempo en tiempo le dirigía la palabra en voz baja. Mi atención, repartida al principio entre todo mi auditorio, se concentró poco a poco en esta joven. Confieso que me inspiraba ella un interés que algunos de mis colegas podrán considerar como indigno de mi carácter científico; pero afirmo que no hubiesen sido más indiferentes que yo si se hubiesen encontrado en tal fiesta. A medida que yo hablaba, ella escribía apresuradamente en un cuadernillo de bolsa; visiblemente pasaba, escuchando mi memoria, por los sentimientos más contrarios, desde el contento y la alegría hasta la sorpresa y aún la inquietud. La estuve examinando con curiosidad creciente. ¡Pluguiese a Dios que aquel día yo no hubiese visto más que a ella, bajo la cúpula!

Casi había terminado, me faltaban por leer veinticinco o treinta páginas a lo sumo, cuando mis ojos se encontraron de repente con las del hombre de la barba asiria. ¿Cómo explicar lo que pasó entonces puesto que yo mismo no lo concibo? Todo lo que puedo decir es que la mirada de ese personaje me turbó instantáneamente de modo inconcebible. Las pupilas que me veían eran fijas y verdosas. No pude separar de ellas las mías. Quedé mudo, la nariz al aire. Como me callé, aplaudieron. Restablecido el silencio, quise continuar la lectura. Pero a pesar del violento esfuerzo no pude arrancar mis ojos de las vivientes luces a las que estaban misteriosamente clavados. No fué eso todo. Por fenómeno más inconcebible todavía y contrariando mi costumbre de toda la vida, me di a improvisar. ¡Dios sabe si esto fué involuntario! Bajo

la influencia de una fuerza extraña, desconocida, irresistible, recitaba con elegancia y calor consideraciones filosóficas sobre el atavío de las mujeres a través de las edades, generalizaba, poetizaba, hablaba, Dios me perdone, del eterno femenino y del deseo errante como un soplo en redor de los velos perfumados con que la mujer sabe adornar su belleza.

El hombre de la barba asiria no cesaba de mirarme fijamente. Y yo hablaba, hablaba. Al fin bajó los ojos y callé. Me es penoso añadir que este pedazo, tan extraño a mi propia inspiración como contrario al espíritu científico, fué aplaudido con entusiasmo. La joven de la tribuna norte batía las manos y sonreía.

Fuí reemplazado en el pupitre por un miembro de la Academia Francesa, visiblemente contrariado de tener que hacerse oír después de mí. Sus temores eran quizás exagerados. La pieza que leyó fué oída sin demasiada impaciencia. Creo haberme percatado de que estaba escrita en verso.

Levantada la sesión, abandoné la sala en compañía de varios de mis colegas que me renovaron felicitaciones en cuya sinceridad quiero creer.

Habiéndome detenido un momento sobre el muelle, cerca de los leones del Creuzot, para cambiar algunos apretones de manos, vi al hombre de la barba asiria y a su bella compañera subir a un carruaje. Me encontraba entonces, casualmente, al lado de un elocuente filósofo que se dice tan versado en elegancias femeninas como en teorías cósmicas. La joven pasando a través de la portezuela su fina cabeza y su manecita, lo llamó por su nombre, y le dijo con ligero acento inglés:

—¡Querido mío, usted me olvida, hace mal!

Cuando el carruaje se alejó, pregunté a mi ilustre colega quiénes eran la encantadora personita y su compañero.

—¡Qué! — me respondió. — ¿No conoce usted a miss Morgan y a su médico Daoud, que trata todas las enfermedades por magnetismo y sugestión? Annie Morgan es la hija del negociante más rico de Chicago. Ha venido a París con su madre hace dos años, y ha hecho construir una residencia maravillosa en la avenida de la Emperatriz. Es persona muy instruída y de inteligencia notable.

—No me sorprende — respondí. Ya tenía mis razones para creer que esa americana es de espíritu muy serio. Mi brillante colega sonrió, apretándome la mano.

Llegué a pie a la calle Saint-Jacques, donde habito hace treinta años un modesto departamento, desde el que miro la cima de los árboles del Luxemburgo, y me senté a mi mesa de trabajo.

Asiduo permanecí ahí tres días, junto a una estatuilla que representa a la diosa Pacht con su cabeza de Igato. Este pequeño monumento tiene una inscripción mal comprendida por M. Grébault. Yo preparaba acerca de esto una buena lectura con comentario. Mi aventura del Instituto me había dejado una impresión menos viva de lo que podía temerse. No me sentía turbado más allá de la cuenta. A decir verdad, casi la había olvidado y fueron necesarias nuevas circunstancias para reavivarme su recuerdo.

Tuve, pues, ánimo propicio, durante esos tres días, para escribir mi lectura y mi comentario. No interrumpí mi labor arqueológica más que para leer los periódicos, llenos todos de elogios en mi honor. Las hojas más apartadas de la erudición hablaban con elogio de los "bellos períodos" que terminaban mi memoria. "Han sido una revelación, decían, y el señor Pigeonneau nos ha dado la más agradable sorpresa."

No sé por qué transcribo semejantes bagatelas, pues siempre me es indiferente lo que de mí dice la prensa.

Pues bien, estaba encerrado en mi gabinete, desde hacía tres días, cuando un campanillazo me hizo saltar. La sacudida del cordón tenía algo de imperioso, fantástico y desconocido, que me turbó, y con verdadera ansiedad fuí yo mismo a abrir la puerta. ¿Quién se hallaba en la escalera? La joven americana que tan atenta estuvo a la lectura de mi memoria, miss Morgan en persona.

—¿El señor Pigeonneau?

—Yo soy.

—Bien os reconozco, aunque no tengáis vuestra bella casaca de palmas verdes. Pero, por favor, no os la vistáis por mí. Os quiero más con bata.

La hice entrar en mi gabinete. Miró curiosamente los papiros, las estampas y las figuras de toda clase que lo tapizan hasta el cielorraso, luego consideró en silencio la diosa Pacht que estaba sobre mi mesa, y al cabo de algún tiempo me dijo:

—Es encantadora.

—¿Os referís, señorita, a este pequeño monumento? Presenta, en efecto, una particularidad epigráfica bastante curiosa. Pero querréis decirme ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

—¡Oh!—me respondió,—no me importan las particularidades epigráficas. Tiene una cara de gata de una fineza exquisita. No dudaréis de que sea una verdadera diosa, o sí, señor Pigeonneau.

Rechacé sospecha tan injuriante.

—Creencia tal—dije,—sería fetichismo...

Con sorpresa me vieron sus grandes ojos verdes.

—¡Ah, no sois fetichista! No creía que se pudiese ser arqueólogo sin ser fetichista. ¿Cómo os puede interesar Pacht si no creéis que sea una diosa? Pero dejemos esto. He venido a veros, señor Pigeonneau, para un asunto muy importante?

—¿Muy importante?

—Sí, para un vestido. Miradme.

—Con mucho gusto.

—¿No encontráis que tengo en el perfil ciertos caracteres de la raza Kouschita?

Yo no sabía qué responder. Semejante conversación salía por completo de mis costumbres. Ella continuó:

—¡Oh! No es sorprendente. Recuerdo haber sido egipcia. Y vos, señor Pigeonneau, ¿no recordáis haberlo sido? Es raro. ¿Creeréis, por lo menos, que pasamos por una serie de encarnaciones sucesivas?

—No lo sé, señorita.

—Me sorprendéis, señor Pigeonneau.

—Pero me diréis, señorita, ¿a qué debo el honor...?

—Es verdad, todavía no os he dicho que vengo a suplicaros me ayudéis a componer un vestido egipcio para el baile de trajes de la condesa N... Quiero un vestido de una verdad exacta y de una belleza alucinante. Ya he trabajado mucho en ello, señor Pigeonneau. He consultado mi memoria, pues recuerdo mucho haber vivido en Tebas hace seis mil años. He encargado dibujos a Londres, a Boulaq y a Nueva York.

—Era más seguro.

—¡No! Nada es más seguro que la revelación interior. He estudiado también el museo egipcio del Louvre. Está lleno de cosas maravillosas. Formas gráciles y puras, perfiles de aguda fineza, mujeres que tienen aire de flores con no sé qué de tieso y de flexible a la vez. ¡Y un dios Bes que se parece a Sarcey! ¡Dios mío, qué bonito es todo esto!

—Señorita, yo no sé bien todavía...

—No he acabado. Fuí a oír vuestra conferencia sobre el atavío de una mujer del imperio medio y tomé notas. ¡Vaya que era algo dura vuestra Memoria! Pero la espigué en firme. Con todos estos documentos he compuesto un vestido. Todavía no ha quedado bien. Vengo a rogaros que lo corrijáis. Pasad mañana a mi casa, estimado señor. Hacedlo por amor a Egipto. Quedamos entendidos. Hasta mañana. Os dejo luego. Mamá me espera en el carruaje.

Pronunciando estas últimas palabras se fué. La seguí. Cuando llegué a la antecámara estaba ya al pie de la escalera, desde donde subía su voz clara:

—¡Hasta mañana! Avenida del Bois-de-Boulogne, esquina de la quinta Said.

—No iré a la casa de esa loca— me dije.

Al día siguiente a las cuatro, yo llamaba a la puerta de su palacio. Un lacayo me introdujo en un inmenso vestíbulo techado con vidrios, en el que se encontraban cuadros, estatuas de mármol y de bronce; sillas de manos con barniz Martín, cargadas de porcelanas; momias peruanas; doce maniquíes de hombres y de caballos cubiertos de armaduras, entre los que sobresalían por su alta estatura un caballero polaco que llevaba en la espalda alas blancas, y un caballero francés en traje de torneo, y cuyo casco estaba coronado por una cabeza de mujer con tocado medioeval. Todo un bosque de palmeras se elevaba en esta sala, en cuyo centro se veía un gigantesco Boudah de oro. Al pie del dios una mujer vieja, sórdidamente vestida, leía la Biblia. Aún no me pasaba el deslumbramiento de tanta maravilla cuando la señorita Morgan, levantando una cortina de paño púrpura, se me apareció en peinador blanco, adornado con plumas de cisne. Avanzó hacia mí. Dos grandes perros daneses, de largo hocico, la seguían.

—Bien sabía que vendríais, señor Pigeonneau.

Balbucí un cumplimiento:

—¿Cómo rehusarlo a persona tan encantadora?

—¡Oh, no es por mi hermosura por lo que no se me rehusa nada! Tengo secretos para hacerme obedecer.

Después, señalando a la vieja que leía la Biblia:

—No hagáis caso, es mamá. No os la presento. Si le habláis, acaso no os responda; es de una secta religiosa que prohibe las palabras vanas. Es una secta de última novedad. Sus adherentes se visten con una talega y comen en cazuelas de palo. Mamá se complace mucho con tales prácticas. Pero comprended que no os he hecho venir para hablaros de mamá. Voy a ponerme mi vestido egipcio. No tardaré. Mirad, mientras, esas cosillas.

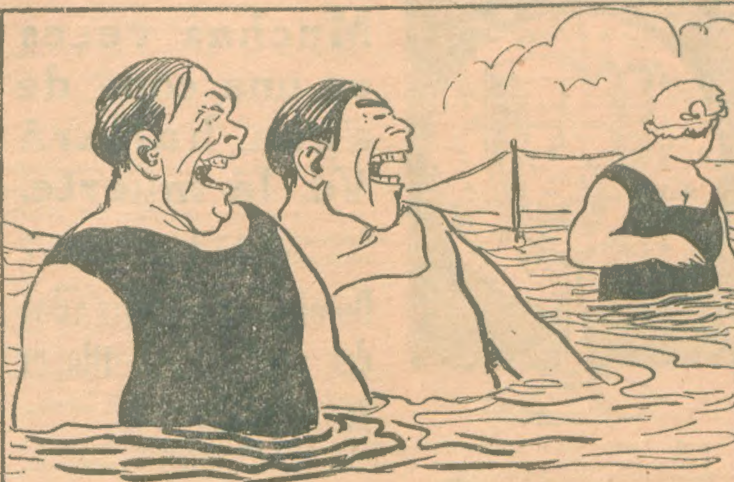
Me hizo sentar frente a un armario que contenía un ataúd de momia, varias estatuitas del imperio medio, escarabajos y algunos fragmentos de su bello ritual funerario.

Al quedarme solo, examiné este



—Volvíme y contemplé una maravillosa criatura con un gavilán de oro en el tocado, y envuelta en malla estrecha y blanquísima, que revelaba la admirable y casta juventud de su cuerpo.

VIGILIA, *por Rojas*



—Será muy bueno el bacalao, pero si me dan a escoger, me quedo con la carne.



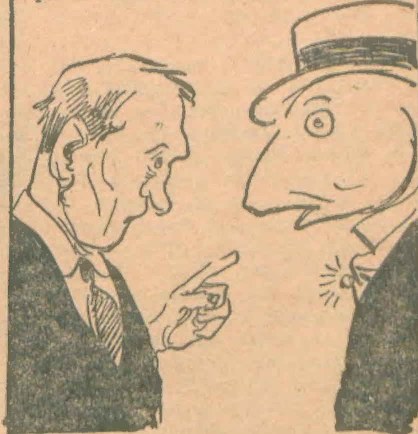
—¿Por qué le pone usted antifaz al bife?
—Porque, disfrazándolo, no peco por comer carne.



—¿Y dice usted que es un hombre de "agallas"?
—¡Y cómo no!
—Pues que tenga cuidado no lo pesquen.



—¡Para mí, todo el año es vigilia!



—¿Que le pasa en la cara?
—Que a fuerza de darme mi mujer pescado, por lo visto, me voy volviendo merluza.

papiro con tanto mayor interés cuanto que lleva un nombre que ya había yo leído sobre un sello. Es el nombre de un escriba del rey Seti I. Pronto me puse a anotar diversas particularidades del documento. Me hallaba abstraído en este trabajo, durante tiempo que no sabría decir con exactitud, cuando sentí, por una especie de instinto, que alguien se encontraba tras de mí. Volvíme y contemplé una maravillosa criatura con un gavilán de oro en el tocado, y envuelta en malla, estrecha y blanquísima, que revelaba la admirable y casta juventud de su cuerpo. Sobre esta malla, una ligera túnica rosa, ceñida al talle por cinturón de pedrerías, descendía separándose y caía en pliegues simétricos. Los brazos y los pies estaban desnudos y cargados de sortijas.

Se mostraba a mí de frente, volteando la cabeza sobre el hombro derecho en actitud hierática, que daba a su deliciosa belleza no sé qué de divino.

—¡Cómo! — exclamé. — ¿Sois vos, miss Morgan?

—A menos que no sea Néférou-Ra en persona. Ya sabéis, la Néférou-Ra, de Leconte de Lisle, la belleza del Sol...

Voici qu'elle languit sur son lit vir-
[ginal
Très pâle enveloppée avec des fines
[toiles.

¡Pero no, no sabéis de versos! ¡Son, sin embargo, tan bonitos! Vaya, trabajemos.

Dominando mi emoción, hice a la encantadora personita algunas observaciones sobre su fascinante vestido. Osé objetar varios detalles por alejarse de la exactitud arqueológica. Propuse reemplazar, en el engarce de las sortijas, ciertas piedras por otras de uso más constante en el imperio medio. En fin, me opuse decididamente a que se conservase un broche de esmalte "cloisonné". Esta alhaja constituía, en efecto, un odioso anacronismo. Convenimos en substituirlo por una placa de piedras preciosas engastadas en pequeños alvéolos de oro. Ella me escuchó con docilidad extrema y se mostró tan satisfecha de mí que quiso detenerme a comer. Me excusé alegando la regularidad de mis costumbres y la fragilidad de mi régimen, y me despedí.

Estaba ya en la antecámara, cuando miss Morgan me gritó:

—¡Eh! ¿Mi vestido es bastante transparente? ¿Verdad que en el baile de la condesa N... haré rabiar a las demás mujeres?

Tales expresiones me chocaron. Pero habiéndome vuelto hacia ella, volví a verla y recaí bajo su encanto. Siguió diciéndome:

—Señor Pigeonneau, sois un hombre amable. Escribidme un cuentecillo y os querré mucho, mucho, mucho.

—No sabría—le respondí.

—¿Qué utilidad tendría la ciencia si no sirviese para hacer cuentos? Me escribiréis un cuento, señor Pigeonneau.

No juzgando útil renovar mi negativa absoluta, me retiré sin responder nada.

En la puerta crucéme con el hombre de la barba asiria, el doctor Daoud, cuya mirada me había turbado tan extrañamente bajo la cúpula del Instituto. Me hizo el efecto de un hombre de los más vulgares y su encuentro me fué penoso.

El baile de la condesa N... tuvo lugar como quince días después de mi visita. No me sorprendió leer en los periódicos que la bella miss Morgan causó sensación con su traje de Néférou-Ra.

No oí hablar más de ella en todo el resto del año de 1886. Pero el día de año nuevo, escribía yo en mi gabinete, cuando un criado me entregó una carta y una cesta.

—De parte de miss Morgan—dijo. Y se retiró.

Puesta la cesta sobre mi mesa se escapó de ella un maullido. La abrí; un gatito gris saltó.

No era un angora. Era un gato de especie oriental, más esbelto que los nuestros, y muy semejante, a mi juicio, a aquellos de sus congéneres cuyas momias envueltas con tiras groseras se encuentran en tan gran número en los hipogeos de Tebas. Se sacudió, miró en su redor, enarcó el lomo, bostezó y ronroneando fué a frotarse contra la diosa Pacht que elevaba sobre mi mesa su talle puro y su fino hocico. Aunque de color obscuro y de pelambre rala, era gracioso. Parecía inteligente y se mostraba lo menos salvaje posible. Yo no podía imaginar las razones de tan extravagante regalo. La carta de miss Morgan no me decía mucho a este respecto. Era como sigue:

"Estimado señor:

"Os envío un gatito que el doctor "Daoud trajo de Egipto y que yo "quiero mucho. Tratadlo bien por "amor a mí. Baudelaire, el más gran- "de poeta francés, después de Ste- "phane Mallarmé, ha dicho:

"Los férvidos amantes y los sabios austeros
Aman igualmente, en su estación madura,
Los gatos poderosos y dulces, orgullo de
[la casa,
Friolentos como ellos y como ellos seden-
[tarios."

"No necesito recordaros que "de- "béis" escribirme un "cuento". Me "lo traeréis el día de Reyes. Come- "remos juntos.

"Annie Morgan.

"P. S. — El gatito se llama Po- "rou."

Después de leer la carta vi a Porou que levantado sobre sus patas posteriores lamía el hocico negro de Pacht, su hermana divina. Me miró y debo decir que de los dos no era él el más asombrado.

Yo me preguntaba:

—¿Qué quiere decir esto?

Pero pronto renuncié a comprender algo. "Me paso de bueno, dijeme, buscando sentido a las locuras de una joven desequilibrada. Trabajemos. En cuanto al animalito, la señora Magloire, mi ama de llaves, proveerá a sus necesidades." Volví a entregarme a un trabajo de cronología tanto más interesante para mí cuanto que en él maltrato un poco a mi eminente colega M. Maspéro. Porou no abandonó mi mesa. Sentado sobre el trasero, tendidas las orejas, me miraba escribir. Cosa increíble, aquel día no hice nada bueno. Mis ideas se enmarañaban;

me venían al espíritu fragmentos de canciones y trozos de cuentos azules. Fuí a acostarme muy descontento de mí. A la mañana siguiente volví a encontrar a Porou sentado sobre mi mesa y lamiéndose la pata. Todavía aquel día trabajé mal. Porou y yo pasamos lo más claro de las horas contemplándonos. Y así al otro día, y al otro, y en breve, toda la semana. Debí afligirme por eso; pero hay que confesar que acogí mi mal con paciencia y aún con alegría. La rapidez con la que se deprava un hombre honrado es algo terrificante. El domingo de la Epifanía me levanté muy contento y corrí a mi mesa donde Porou me había precedido, según su costumbre. Tomé un hermoso cuaderno de papel blanco, mojé la pluma en la tinta y escribí con grandes letras, bajo la mirada de mi nuevo amigo: "Desgracias de un encomendero tuerto". Después, sin que mis ojos abandonasen los ojos de Porou, escribí todo el día, con prodigiosa rapidez, un relato de aventuras maravillosas, tan chispeantes, tan diversas, que yo mismo estaba divertidísimo.

Mi ganapán tuerto se equivocaba de fardos y cometía las torpezas más chuscas. Amantes colocados en situación crítica, recibían de él, sin que se diesen cuenta, socorro imprevisto. Transportaba armarios con hombres ocultos en el interior. Y éstos introducidos en nuevo domicilio espantaban viejas. ¿Pero cómo analizar cuento tan alegre? Veinte veces al escribirlo estalló mi risa. Si Porou no reía, su aire grave era tan gracioso como las caras más risueñas. Eran las siete de la noche cuando tracé la última línea de esta obra amable. Hacía una hora que el gabinete no estaba alumbrado más que por las pupilas fosforescentes de Porou. Había escrito en la obscuridad tan fácilmente como lo hubiera hecho a la luz de una buena lámpara. Una vez terminado mi cuento, me vestí; me puse mi casaca negra y mi corbata blanca, y despidiéndome de Porou, descendí rápidamente la escalera y me lancé a la calle. No hube dado veinte pasos, cuando sentí que me tiraban por el brazo.

—Tío, ¿adónde corre usted como sonámbulo?

Era mi sobrino Marcelo quien me interpelaba de tal guisa, un joven inteligente y honrado, interno del Hospital de la Salpetriére. Dicen que tendrá mucho éxito en la medicina. Y de hecho tendría el espíritu bastante bueno si desconfiase más de su imaginación caprichosa.

—Voy—le respondí—a llevar un cuento de mi cosecha a miss Morgan.

—¡Ah, tío, usted escribe cuentos y conoce a miss Morgan! Es muy bonita, ¿conoce usted también al doctor Daoud, que la sigue a todas partes?

—Un empírico, un charlatán.

—Sin duda, tío, pero seguramente un experimentador extraordinario. Ni Berheim, ni Liégeois, ni Charcot mismo han obtenido los fenómenos que él desarrolla a voluntad. Produce el hipnotismo y la sugestión sin contacto, sin acción directa, por intermedio de un animal. De ordinario se sirve para sus experiencias de gatos pequeños de pelo ralo. He aquí cómo procede: sugiere un acto cualquiera al gato, después envía el animal en una cesta al individuo sobre el cual quiere obrar. El animal transmite la sugestión que ha recibido y el paciente, bajo la influencia de la bestia, ejecuta lo que el operador ha mandado.

—¿De veras, sobrino?

—De veras, tío.

—¿Y qué parte tiene miss Morgan en estas bellas experiencias?

—Miss Morgan, tío, hace trabajar en su provecho a Daoud, y se sirve del hipnotismo y de la sugestión para hacer cometer a las gentes tonterías; como si su belleza no bastara.

No escuché más. Una fuerza irresistible me arrastraba hacia mis Morgan.

¡HERMOSO!, por Charles FOLEY

En la época en que me dedicaba a la pintura, me llamó un día la atención el rostro bello y expresivo del señor Mévrard, al que encontré en casa de un amigo. La mirada melancólica y dulce de aquel hombre soberbio contrastaba extrañamente con sus rasgos, regulares, masculinos y altivos. Me interesó como artista, y una vez que me fué presentado le rogué que me permitiera pintar su retrato. Retrocedió espantado y me contestó:

—¡Eso, no! ¡Pídame lo que quiera; pero eso, de ningún modo.

Sonrió con tristeza y añadió:

—Dudo que una mujer hermosa tenga más probabilidades que una fea de ser dichosa. En todo caso, le aseguro que para un modesto funcionario como yo, de naturaleza apacible, aspiraciones limitadas y amante del hogar, la belleza fué una gran desgracia. Le contaré mi historia.

—A los veintitrés años era preceptor en Crégny. Ganaba para vivir con decoro, y me casé. Amaba a mi mujer, y nuestra vida apacible me bastaba para ser feliz. Desgraciadamente, era "guapo".

Mévrard pronunció esta palabra en un tono de rencor y sarcasmo, como si hubiera querido hacerla amarga y ridícula.

—Era guapo, y las mujeres me miraban mucho y hablaban de mí en sus tertulias. Mi mujer se volvió enormemente celosa, y cuando yo, a fuerza de ternura, logré que recobrase su confianza en mi cariño, empezó a circular el rumor de que yo había sido el amante de la condesa de Vaincelles, la mujer de nuestro diputado.

El castillo de Vaincelles estaba a tres leguas de distancia de Crégny. Yo no conocía ni de vista a la condesa; pero el estúpido rumor me impresionó, porque despertaba los celos de mi mujer. Esta vez, ni protestas ni juramentos sirvieron.

—¡Estoy segura de que me has engañado!—me decía.—¡Tengo la prueba!

—¡Pues enséñamela!—le contesté, furioso.

—¿Me desafías? Pues mañana la verás con tus propios ojos y quedarás confundido.

Al día siguiente fuímos en coche al bosque de Vaincelles. Mi mujer, taciturna y misteriosa, ordenó al cochero detenerse a alguna distancia del castillo, y llegamos a pie hasta la verja.

Nos detuvimos. Yo no sabía qué esperábamos allí. Seguro de mi inocencia y de mi triunfo, me sentía menos ansioso que intrigado. De pronto, sentí que mi mujer se estremecía. Con voz sorda me dijo:

—¡Esto es lo que yo esperaba! Vamos delante, como si estuviéramos paseando.

Vi que la puerta de la verja se abría y salir a una institutriz con un niño de tres a cuatro años. No tardaron en alcanzarnos, y al pasar junto a nosotros, el niño alzó la cabeza para mirarme.

—¡Mírale! ¡Niega ahora que es tu hijo!—me gimió mi mujer, cuyos ojos, extraviados, espiaban los míos.

Quedé mudo, desconcertado, inmóvil de estupor. El niño se parecía a mí de un modo extraordinario, sobrenatural, como un ser tan joven puede parecerse a un hombre de mi edad. Evocando mis recuerdos más lejanos, me veía a mí mismo en aquella criatura.

Hipnotizado por la fuerza del misterio, no podía separar mis ojos del niño, y mi mirada fué la confesión que mi mujer esperaba. A su silencio de antes siguió un alarido de demencia, que asustó al niño, el cual corrió a refugiarse en los brazos de su institutriz, mientras mi mujer se perdía, huyendo de mí, en la espesura de las plantas.

—¿Y usted?—pregunté a Mévrard.

—Yo anduve vagando por el campo sin saber lo que hacía. Cuando horas después volví a casa supe que mi mujer se había marchado de la ciudad para no volver. Por la noche, todo el mundo comentaba la aventura.

Al día siguiente, el escándalo era público, y el señor De Vaincelles me enviaba sus padrinos. Fueron inútiles todas las explicaciones. Veinticuatro horas después se verificó el duelo, y tuve la desgracia, aunque sólo me mantuve a la defensiva, de herir tan gravemente a mi adversario, que dos semanas después fallecía a consecuencia de las heridas que le causé. Destituído, divorciado, vine a París. No tenía hogar y mi carrera estaba rota.

—¿Y no ha podido usted explicarse el impenetrable misterio?

—Mucho tiempo después me fué explicado de un modo naturalísimo. Un día recibí un telegrama rogándome que acudiera al lado de la señora de Vaincelles. Iba a morir y quería hablarme. Acudí.

Cuando estuvimos solos agarró mis manos con las suyas moribundas y me confesó llorando:

—Involuntariamente le he hecho a usted mucho daño, caballero. Voy a morir, y quiero que me perdone. Aunque el señor De Vaincelles no era joven ni seductor, yo lo amaba con toda mi alma. Pero al sentirme madre quise que mi hijo fuese hermoso. Había leído en los libros de medicina que la imaginación de la madre tiene una gran fuerza en el embarazo y que la constante contemplación de hermosos cuadros o bellas estatuas puede ejercer una gran influencia en los rasgos físicos del recién nacido. Una amiga mía me habló un día casualmente de usted y me elogió su hermosura. En secreto, dando dinero a su criada, me procuré su retrato de usted. Pude confirmar que mi amiga no me había engañado; quedé encantada de su retrato, y desde entonces, siempre que estaba sola, me ponía a contemplarlo. A causa de esta contemplación, mi deseo y mi imaginación se exaltaron de tal modo, que mi hijo se pareció a usted extraordinariamente. De aquí nuestros disgustos. He soportado mi dolor porque lo tenía merecido; pero su desgracia, caballero, ¿podrá usted perdonármela nunca?

Lleno de piedad, estreché sus manos en señal de perdón, y salí conmovido por aquella extraña confesión. ¿Conoce usted alguna novela tan novelesca como mi vida?



Cuentos vascos

La "etxekoandre" de Urtubia

Por FRANCISCO CARAVACA

La "etxekoandre" de Urtubia era una mujer de carácter altivo y de nobles sentimientos; los trabajos más rudos, las mayores privaciones, no habían conseguido doblegar su cuerpo al cansancio ni debilitar en su alma el fuerte espíritu de la raza.

Era esa personificación algo remota de una clase de mujeres que parecen creadas tan sólo para dar a sus semejantes ejemplos sanos de honradez, y cuyas almas sienten la dulce ternura del sacrificio por los suyos.

Bien lo demostraba su labor de tantos años de lucha para conservar el viejo caserío, morada de sus padres cuando a la muerte de Martín de Urtubia tuvo ella que hacer frente a la difícil situación por que atravesaba el antiguo solar de los Urtubia, una de las más nobles familias vascongadas.

"Jaun" Martín, el de afilado perfil y facciones angulosas, de dorados cabellos como la dorada "borona", fué con la "etxekoandre" el hombre más cruel.

Y ella soportó con resignación y amor los ásperos tratos del irascible hombre que con la arrogancia de su apostura turbó la placidez de los primeros años de aquella mujer, de cuya fortaleza de alma y de cuerpo guarda memoria el solar vasco.

Una esperanza de esplendor para su casa quedó a la pobre viuda: su Martintxu, al que educó en las gloriosas tradiciones y severas costumbres de los de su familila. Esperaba que fuera Martintxu el que algún día lograse a fuerza de trabajo devolver al vetusto caserío todo el brillo de sus tiempos felices, para que viviera eternamente el ilustre nombre de los Urtubia.

¡Con qué ansiedad esperaba ella el bendito instante, y qué amor, qué veneración tan profunda sentía la madre, que aguardaba la edad en que, libre del agobio de toda su vida, consagrada enteramente al trabajo, pudiera confiar en las manos de su hijo todo cuanto constituía el modesto resultado de toda una vida de privaciones!...

Era orgullosa la "etxekoandre" con todos. Desde la muerte de su marido se impuso como única tarea la educación de su hijo, y empezó por aislar su vida de todo trato; por esto la "etxekoandre" Olalla de Urtubia era huraña en sus expresiones, siempre rectas, y parca en sus costumbres, llenas de una reservada frialdad.

Todo el cariño que atesoraba su corazón de madre lo tenía consagrado a Martintxu, en quien cifraba la sola ilusión de su existencia. Amaba ella a su hijo con la ternura de madre, con la exaltación propia de su soledad y con el respeto con que se ama al hombre que está llamado a restaurar en la casa de nuestros mayores el rango y los esplendores obscurecidos por una época de miseria.

Cuando el sol reflejaba sus últimos resplandores sobre los altos cerros, tendiendo un tenue velo de obscuridad sobre la calma serena del caserío, perdido entre los valles, dejó los bueyes en el establo y entró Martintxu en la casa. Las curtidas facciones del "mutil" estaban ensombrecidas por un disgusto que desde hacía algún tiempo llenaba su alma de inquietud.

La rudeza de las labores campesinas y la soledad jamás turbada del añoso solar eran serios motivos de pesar para Martintxu, que sólo por una costumbre de muchos años podía soportar aquellos trabajos, contra los que se rebelaba su espíritu, que creía ver en otros lugares mayores goces que los que le ofrecía la serenidad apacible del lugar donde resonaron sus primeras risas de niño.

Y cuando aquella tarde, después de la ruda jornada, entró en la amplia cocina, Olalla de Urtubia preparaba junto al fuego la frugal cena. Su rostro, hermoso a pesar de los años y de los sufrimientos que habían dejado su huella indeleble, reflejaba ahora una seguridad placentera, una íntima convicción, cifrada en la esperanza de su hijo, de aquel hombre ágil y recio, que sería ya el sostén de sus últimos instantes.

Martintxu se había sentado junto a la puerta y algo distante del hogar, guardando silencio, como sumido en un profundo abatimiento; la buena madre, que aguardaba la llegada del "mutil", sintió que se le nublaban los ojos al ver el triste gesto de su hijo; tuvo un presentimiento que le dió miedo, y le dijo:

—¿Qué tienes, Martintxu?...

El levantó la cabeza y miró a su madre con triste expresión.

—¡Más te vale no saber nada!—respondió el "mutil".

—No, Martintxu, no; si cosas graves te pasan, dímelas...

—No, "ama"; lo que quiero decirte te disgustaría mucho y...

—¡Dime, pues!—exclamó la "etxekoandre" temerosa, como si adivinase el designio de su hijo.

El muchacho se estremeció; aquel grito de su madre producía un efecto doloroso en él...

Decidido, Martintxu contestó:

—"Ama", tú no puedes figurarte lo que me pasa. Yo contento ya te estoy de estar a tu lado...; pero marchar tengo que hacer de casa...

Un convulso movimiento agitó el cuerpo de la "etxekoandre"; parecía como si toda la fortaleza de aquella alma vigorosa desfalleciera en un instante al ver destruídos los anhelos de toda su vida. Pero sólo fué un momento; con gesto en el que se veía la mayor desesperación, le dijo:

—¡Márchate, pues!... Pero antes quiero que sepas todo lo que tu madre hizo por ti.

Y exaltada, prosiguió:

—Eras tú muy chiquito todavía cuando se murió tu padre, del que no sabes las maldades que hizo conmigo; entonces yo trabajé sin descanso para que fueras algún día el dueño de este caserío, en el que nacieron tus abuelos. Yo puse en mi vida un solo fin: el de inculcar en tu alma el santo amor a la tierra que te vió nacer, esta tierra que tus antepasados fructificaron con el sudor de su cuerpo, y en la que dejaron todo el heroico esfuerzo de que eran capaces sus almas honradas. Quise que fueras como ellos: que amaras el solar vasco, que es tu cuna, y a tu buena madre, que te dió todo su cariño con la sagrada complacencia de los vascongados. ¿Quieres irte? ¡Pues vete, vete! Este es el fruto de mi esfuerzo...

Estas últimas palabras de la "etxekoandre" no las había oído Martintxu; con la cara hundida entre las manos, lloraba en silencio...

———

Muy de mañana era cuando el "mutil" salió del caserío; los caminos estaban cubiertos de nieve, que hacían su marcha más costosa; pero, sin embargo, Martintxu caminaba apresuradamente, como si la sombra de su mala acción le siguiese los pasos.

Anduvo un largo trecho y llegó casi a la salida del pueblo; su imaginación estaba turbada por la dolorosa impresión de la víspera.

De pronto, el "mutil" tembló, como si el frío que ni siquiera sentía le helase la sangre, y, rápido, saltando sobre la movediza nieve, regresó al caserío.

Sentía el pecho oprimido por un extraño pensamiento que le hacía volver sobre sus pasos lleno de temores.

Llegó al caserío, y allí vió la enormidad de su obra: en la callada estancia estaba, tendida en el suelo, su madre; estaba muerta.

Aquella mujer, que mostró tanta entereza de espíritu cuando la noche anterior le dijo su hijo la verdad de sus deseos, había espiado con angustia la partida del "mutil", y entonces, un violento dolor la acometió y cayó vencida.

Había visto perdidas para siempre sus esperanzas, aquellas esperanzas que fueron el solo fin de su existencia. Vió deshecha la mayor ilusión de su vida: la de haber dado al solar honroso de sus mayores la vitalidad que el cruel destino le arrebató un día.

Y Olalla de Urtubia, la santa mujer de alma heroica, fué vencida por el desengaño.

Así era la "etxekoandre" Olalla de Urtubia.

LA TORRE EIFFEL OSCILA...

Sabido es que el vértice de la torre Eiffel no es un punto fijo en el espacio. Es natural, dada la presión que el viento ejerce sobre esta enorme masa metálica. Bajo tal presión, el vértice de la torre describe casi una elipse, cuyas dimensiones varían, naturalmente, con la fuerza del viento.

El desplazamiento máximo, observado el 20 de diciembre de 1893, fué de 10 centímetros. El viento alcanzaba aquel día una velocidad de 14 metros por segundo.

Pero existe otro fenómeno que hace oscilar regularmente la torre: la acción de la temperatura. Cuando el sol luce, la parte soleada se calienta y dilata. Esta dilatación llega a tres centímetros desde el suelo al segundo piso. Como la parte en sombra no cambia, en el armazón metálico se produce una flexión convexa hacia el punto de donde llega el sol. Como este último gira en torno de la torre (por lo menos en apariencia) su extremo describe una curva irregular.

El desplazamiento debido a la temperatura es, por otra parte, mayor que el que produce la presión del viento. Así, en agosto de 1894, se observó un desplazamiento del vértice de 24 centímetros.

Como se ve, estos desplazamientos son demasiado pequeños para que ofrezcan peligro ninguno.

En la cordillera dominicana

La heroica muerte del general Oscar Blanco-Fombona

Una expedición que acaba en desastre

Parece que últimamente, de acuerdo con el gobierno dominicano, emprendió el general del ejército de Venezuela, don Oscar Blanco-Fombona, hermano del conocido literato don Rufino, un viaje de exploración a la cordillera central de la isla de Santo Domingo. Se trataba de conocer el corazón, hasta ahora inabordable, de la ingente cordillera, y abrir paso entre los pueblos de Bonao y Constanza, situados en vertientes opuestas.

El 16 de noviembre, a las ocho de la mañana, partieron los exploradores del villorrio Bonao, al mando del general Blanco-Fombona. Eran una treintena. Debían atravesar la cordillera a pie, por no haber paso para cabalgaduras, y vivir varios días en las cumbres heladas y desconocidas.

Esa tarde—seguimos la información del *Listín Diario*, periódico de la capital de la República—recibió en Bonao don Pedro María Ballester una tarjeta del capitán de la expedición concebida en estos términos:

"A la una p.m., hemos acampado en Tireo, al pie de la enhiesta cordillera central, de donde hemos devuelto las cabalgaduras. Y lo hacemos con la misma bizarría con que hace cuatro siglos Hernán Cortés quemó las naves. Nuestras próximas monturas están en Constanza."

Al principio todo va bien. El aire es tibio, las fuerzas y las esperanzas están íntegras.

Ya al tercer día de ascensión las penalidades eran enormes. Al calor de las faldas había sucedido un frío inmenso. Las lluvias no cesaban. Los torrentes arrastraban a los ascensionistas. Como las rocas parecían tajadas a pico y el suelo se ponía trabajoso por la incesante lluvia, cada paso era un peligro de muerte para el que rodase al abismo. Algunos empiezan a flaquear. "El animoso capitán—dice *El Listín*, con su firmeza y bondad, los alienta para seguir adelante."

Al cuarto día ya los ánimos desfallecen. El mapa de que se servían era deficiente. En suma, se extraviaron en las montañas desiertas y hostiles. Se habló de retroceder. "Yo no retrocedo, dijo Fombona;—pero todos los que lo deseen pueden irse. No necesito sino un peón para seguir adelante. Con que ya saben: quedan en libertad para volver a sus hogares."

Por el momento nadie habló más de retorno. Pero los sufrimientos arreciaron. Los víveres o se agotaban o rodaron al abismo. Las enfermedades aparecieron. Unos, so pretexto de regresar en solicitud de víveres y auxilios médicos; otros, con el deseo natural de no morir en la selva; otros, con otros pretextos, los expedicionarios, en uso del permiso concedido, iban partiendo. "La noche del 20 de noviembre—dice *El Listín*—fué la más terrible después de haberse iniciado la jornada. Pasan día y medio buscando la bajada de un profundo arroyo, sin poderla encontrar. Los señores Amable y Arminio de Vargas, Ramón A. Hinoa, José A. García y tres individuos más..., resolvieron, a satisfacción del señor Fombona, separarse de la expedición."

Para la mayoría de semejantes hombres, habitantes de tierra, bajas y cálidas, era aterradora novedad aquella naturaleza de cumbres, ventisqueros, hielos, brumas y llovizna helada y constante. Es comprensible que enfermasen física y moralmente; sobre todo cuando se comprendían extraviados en la cordillera y sin esperanzas de socorro.

Las filas clarean. Las enfermedades y privaciones crecen. La disentería se declara entre los expedicionarios. El general prosigue, cumbres arriba, acompañado de sólo ocho personas. Va él mismo medio enfermo. Se le habla de retroceder. Por toda respuesta da esta palabra: "¡Adelante!"

Las lluvias no cesan ni el frío intenso. No tienen nada que comer, y sólo los capotes para resguardarse de la lluvia y del frío. Duermen a la intemperie, bajo la lluvia incesante, beben el agua fangosa de los torrentes; no comen sino una vez al día un poco de arroz. Siete días lleva el general Blanco-Fombona sin tomar sino café. Hay, es verdad, algo de arroz; pero él no lo prueba: se lo deja, íntegro, a los valientes que lo acompañan. Nuevas excitaciones al regreso obtienen la misma respuesta: "¡Adelante!"

Los auxilios en víveres y en gente que se remiten desde Constanza y desde Bonao no dan con ellos. "Los prácticos regresaron a Constanza manifestando que habían llegado a la última loma—el periódico dominicano llama loma a los picos más arduos de la cordillera,—a la última loma que los hombres de aquí pudieron vencer..., que hicieron diferentes disparos y no fueron correspondidos."

La enfermedad del jefe de la expedición se agrava; va extenuado por el hambre y minado por la fiebre y la disentería.

El día 27 ocurren nuevas separaciones. "A la una p.m., de ese mismo día—continúa *El Listín*,—sintiéndose un poco enfermo el señor Luis F. Calzada, resuelve adelantar el paso, temeroso de caer en la soledad de las montañas. Se agregaron a Calzada cuatro hombres más.

Ese día, el bizarro capitán, aunque casi muerta la materia, dispone tomar nuevamente el rumbo de Constanza. El sábado, 28 de noviembre, sólo acompañan al general Fombona el síndico municipal, Rafael Hernández, Soto Gutiérrez y seis hombres más.

Aquellos bravos suplican al general Blanco-Fombona, casi con lágrimas en los viriles ojos, y en bien de todos, que regresen. El general no da sino esta respuesta: "¡Adelante!"

Ese día 28 de noviembre, a las doce de mediodía, comenzó el desenlace de la tragedia. Las fuerzas físicas abandonaban al héroe; no la fuerza del espíritu."

Seguimos la relación del diario dominicano, que refiere el drama tomando, una parte, de labios de algunos actores, y la parte última, de boca del único superviviente:

"Pero más o menos, a las doce de ese mismo día (28 de noviembre), después de haber ascendido algunos metros sobre la empinada loma, el general Fombona, casi exánime, cae desfallecido, gravemente enfermo.

El síndico Del Villar, en viendo esto, se dispuso a regresar a la población con el propósito de comunicar la gravedad de Fombona y enviarle medicinas. Siguieron al síndico algunos peones, quedando junto al jefe de la expedición los valientes individuos Soto Gutiérrez, Rafael Hernández y Nicomedes Espino, quien se sentía enfermo.

Esto quiere decir que, en vez de bajar de la montaña al moribundo jefe, se le abandonó en manos de aquellos tres "valientes individuos".

La noche de ese mismo día 28 murió Nicomedes Espino. Como el terreno era empinado, el infeliz, en las convulsiones de la agonía, rodó al abismo. Para que no corriera la misma suerte el cuerpo de Fombona, se abrió una zanja y se le acostó dentro. Es decir, se le enterró en vida. En la mañana del domingo 29 don Rafael Hernández, como la gravedad se acentuase, se decidió a aventurarse sólo en la cordillera, para urgir los socorros.

Queda únicamente con el moribundo y con el muerto el generoso peón Soto Gutiérrez.

En la noche del 29 al 30, a las dos de la madrugada, moría en la soledad de la cordillera, de disentería, de hambre y de mengua, sin otro auxilio moral ni material que las palabras de aquel valiente rústico que no lo abandonó, el general Oscar Blanco-Fombona. Alejado Soto para llevar la noticia, se tropezó con una Comisión de auxilio. Cuando los auxiliadores llegaron, de noche, alumbrándose con hachones de pino, al sitio de la muerte, encontraron el cuerpo de Blanco-Fombona ya medio destrozado por las alimañas del monte.

El gobierno de la República dominicana ha hecho embalsamar el cadáver, y ha ofrecido a la viuda un barco de guerra para que conduzca a Venezuela, su patria, los despojos del soldado infeliz, cuyo nombre queda unido a la historia trágica de la cordillera central.

La sociedad de esta ciudad capital—concluye *El Listín Diario*—ha sido conmovida por la desgracia... Fué Oscar Blanco-Fombona hombre de acerado pundonor, engalanado por amable continente, pródigo de afectos inmentidos y bien dispuesto a cuanto se reclamase de su caballerosidad intachable."

HISTORIA DEL TERMOMETRO

El primer termómetro fué imaginado y construído por Cornelio Van Drebbel, sabio físico y mecánico holandés, que nació en Alkmaar, en 1572, y murió en Londres en 1634. Su aparato, que se empleó por primera vez en Alemania, en 1621, era un simple tubo de vidrio cerrado por la parte superior y cuya extremidad inferior se sumergía verticalmente en un líquido. Bajo la influencia de las variaciones de temperatura del aire, el líquido subía y bajaba por el interior del tubo, provisto de una regla de graduación arbitraria.

El instrumento fué perfeccionado por varios miembros de la Academia "del Cimento", Asociación científica y una de las primeras reuniones de sabios que aparecieron en Europa. Estos físicos, que tenían su Academia en Florencia, llenaron de alcohol coloreado al carmín un tubo cerrado por ambos extremos, sustituyendo así al aire un cuerpo visible líquido para registrar e indicar las variaciones de la temperatura. Adoptaron un punto de partida constante para la división de la escala: el nivel a que quedaba el alcohol cuando el termómetro se colocaba en una cueva.

El aparato de la Academia "del Cimento" fué utilizado por los físicos durante el siglo XVII, pero su graduación era todavía arbitraria. Un profesor de Padua, Renaldini, demostró la necesidad de adoptar puntos fijos para esta graduación. Pero a él solo se debe el principio teórico. Fué Newton quien en 1701, ejecutó el primer termómetro de indicaciones comparables.

El termómetro de Newton era un tubo de vidrio con un receptáculo que contenía aceite de lino. Los dos puntos fijos eran obtenidos por la temperatura del cuerpo, sensiblemente constante bajo todos los climas, y la de la nieve.

Guillermo Amontons, de la Academia de Ciencias de París, en los primeros tiempos de su fundación por Colbert, volviendo al principio de Drebbel, tomó para su termómetro de aire, como término constante, la temperatura del agua hervida.

Gabriel Fahrenheit, constructor del instrumentos, en Dantzig, modificó el termómetro de Newton, sustituyendo por mercurio el aceite y adoptando, al igual de Amontons, el mismo punto fijo superior, o, más exactamente, el punto en que permanece la columna de mercurio cuando se pone el instrumento al vapor de agua hervida. En cuanto al término inferior, lo fijó colocando el aparato en una mezcla frigorífica formada por nieve y sal amoníaco.

Este punto fijo inferior era difícil de determinar, y por eso hacia 1730, el gran físico y naturalista francés Reaumur propuso la adopción del término del hielo "fundente".

Ello tuvo gran aceptación, pues hasta ahora los termómetros de uso universal son los "Reaumur y Fahrenheit.

El origen del caballo

En la evolución de los animales se consideraba hasta hoy extinguida la especie que había dado origen al caballo de nuestros días. Se ha pretendido ver su antepasado en el tarpán, especie de caballo salvaje de las estepas de Asia (éste es un caballo salvaje que desciende del doméstico mismo, vuelto de nuevo salvaje), en el hemiono del Turquestán y en el hemipo de Siria. El célebre viajero ruso Przewalski descubrió en el Asia central, hace unos cuarenta años, una especie de caballo salvaje, distinto del tarpán y del hemiono.

Este caballo salvaje de la Dzoungaria parece ser, a los ojos de algunos sabios, el superviviente del tipo primitivo, tal como se le encuentra en los grabados sobre asta de reno o sobre marfil de ciertas grutas prehistóricas.

El naturalista Paliakoff, sobre todo, admite una identidad absoluta entre estos dos tipos lejanos, basándose en los restos de caballo salvaje encontrados en las capas cuaternarias de Europa.

LOS REGALOS ENIGMATICOS

Por FRANCIS DE MIOMANDRE

Nada más misterioso que el origen y fin del amor. Aun los dos principales interesados se verían perplejos si tuviesen que explicar por qué han empezado a amarse y cómo —un buen día—han advertido que aquello era cosa terminada. A esta ley general, Clara Damien y Leonardo Canvel, que no eran muy sutiles psicólogos, no podían escapar.

Mientras duraron sus relaciones, el gran placer de Leonardo eran los incesantes regalos que hacía a su amiga. Como no era rico, se las arreglaba para ello a fuerza de ingenio.

Dejando a los nuevos ricos la fácil proeza de encargar a sus proveedores los collares de perlas, los automóviles, los abrigos de chinchilla y demás accesorios del atavío femenino, sabía no enviar a casa de su bella amiga sino objetos que, por decirlo así, carecían de valor comercial; objetos sobre los cuales no es posible fijar con el pensamiento la etiqueta de una casa de moda, pero que hacen exclamar a los verdaderos inteligentes: "¡Hombre! ¿Ha adquirido usted este objeto? ¡Enhorabuena!"

Y la señora Damien, muy halagada cuando escuchaba estas palabras, pensaba:

—¡Qué orgullosa estoy por haber inspirado un sentimiento tan profundo en un hombre de tanto gusto!

Pero llegó un día en que este orgullo disminuyó..., y con él el amor mismo... Leonardo espació sus regalos; Clara se indignó, y los íntimos intervinieron con tal acierto, que estos dos seres se encontraron separados sin saber por qué, y cada uno siguió su rumbo.

La señora Damien trató de olvidar, cosa que no le fué difícil, porque era muy bonita y no le faltaron adoradores. Pero no apresuraba la elección, satisfecha de prolongar esta atmósfera de corte de amor que encanta a las mujeres y que una pasión fuerte disipa siempre demasiado pronto.

De los tres caballeros que menos la desagradaban, el más asiduo era el barón de Charmaille, el banquero, un hombre ya maduro, pero infinitamente rico. Era el más asiduo y el más discreto. Se veía que adoraba a Clara; pero no se atrevía a decírselo. Se ruborizaba cuando hablaba. Era conmovedor.

* * *

Entre tanto, una tarde se encontró a Leonardo en la calle.

Parecía cansado, triste, envejecido...

Le dió pena, pues pensó: "Es porque lo he dejado".

El le preguntó si podía volver a verla. Pero entonces ella se defendió: "¡No, por Dios! ¡Te lo ruego! Lo pasado, pasado." Esta respuesta pareció consternarle, y se alejó sin decir palabra, dejando a Clara un poco turbada.

Al día siguiente recibió un valioso neceser de la casa Bird. Clara pensó: "Es un regalo del barón". Y cuando Charmaille le hizo por la noche su visita habitual, quiso darle las gracias. Pero a sus primeras palabras el barón enrojeció y se deshizo en negativas. ¿Cómo él, tan humilde y tan indigno, se hubiera atrevido?... ¿No sabía él lo que se merecía una mujer de las cualidades de Clara?... No; no era él el culpable... Nunca se hubiera atrevido...

Entonces, la señora Damien tuvo como una revelación.

Si el neceser no era regalo del barón, no cabía duda. Venía de Leonardo. ¡Pobre muchacho! No sabiendo cómo congraciarse con aquella a quien seguía amando, había encontrado aquel medio ingenioso. ¿Pero qué habría hecho para procurarse el dinero necesario para tal locura? Porque no era más rico que antes. Al contrario, le había parecido a la joven ver a Leonardo vestido con una modestia reveladora de una situación económica nada próspera.

Decididamente no podía aceptar aquello.

Y mandó el neceser a casa de Leonardo.

* * *

Ocho días después llegaba un abrigo de piel de una suntuosidad principesca.

Aquella noche se enfadó con el barón.

—Esta vez no lo negará usted —le dijo.—Hablamos anteayer de abrigos, y hoy... Le prohibo que...

—¡Pero si no he sido yo! ¡Se lo juro!

—¡No jure usted!

—¡Por mi honor... le aseguro que no sé de lo que se trata!

Perpleja, Clara pasó la noche reflexionando.

Y por la mañana envió el abrigo a casa de Leonardo.

* * *

Pasó un mes... La señora Damien recibió de la casa Wurmser, de la calle de la Paz, un estuche con un collar de perlas admirable.

Cuando el barón se presentó, Clara le dijo severamente:

—Si sigue usted haciendo estas cosas me veré obligada a no recibirle. Y, por lo pronto, tome usted el collar.

—¡Pero si no puedo aceptarlo porque...!

—¡Tome, tome, y que no ocurra esto otra vez!

—¡Pero si no sé de qué me habla usted!

Furiosa, Clara se puso el sombrero y fué a casa de Leonardo. Iba dispuesta a una escena violenta. Pero cuando entró y le vió, transfigurado por la alegría de volverla a encontrar, en lugar de arrojarle al rostro el maldito collar se dejó caer en sus brazos llorando de alegría. Luego le preguntó qué había hecho del neceser y del abrigo.

Leonardo, confuso, tuvo que explicar que, obligado por la necesidad, había tenido que vender aquellos regalos enigmáticos.

Comprendió entonces Clara lo que había ocurrido; pero, lejos de sentirse ofendida con su amigo, por uno de esos rodeos singulares de la lógica femenina, se volvió contra el barón.

—Es decir, que ese hombre sin delicadeza había querido comprarme. Pero una mujer como yo no se vende. ¿Verdad, amor mío? ¿Me quieres tú..., yo y mis perlas?...

Leonardo se hizo rogar..., y después se dejó convencer y se casó con Clara.

Con el dinero del collar el joven matrimonio llevó en lo sucesivo una vida modesta, pero al abrigo de toda preocupación.

Serpientes y lagartos

Grande es la aversión de los labradores hacia semejantes reptiles, y sin embargo, pocos animales habrá más útiles a la agricultura. Donde establezca sus reales una culebra o un lagarto, difícilmente vivirá roedor alguno, que, como es sabido, son en extremo dañinos a los campos.

Por otra parte, es cosa averiguada que los reptiles jamás se alimentan de las plantas; por lo tanto, son costosos, para toda clase de cultivos.

Los labradores no deben perseguir a tan estimables cooperadores, deshaciéndose de las mil patrañas que se les atribuyen. Entre otras, es muy vulgar la de que lactan del pecho de las mujeres. Este absurdo es muy fácil de combatir, considerando:

1.º Que las serpientes tiene los labios córneos, y por lo tanto, no puede como los mamíferos, que los tienen carnosos, obturar alrededor del pezón.

2.º Que estos animales tienen ciento y más dientes como puntas de alfiler, que necesariamente habían de herir el pecho.

3.º Que el reptil no tiene la lengua gruesa, ni mucho menos para hacer la absorción como los niños; y

4.º Que es cosa averiguada que las serpientes no gustan de la leche, según experiencias verificadas en los jardines zoológicos. Lo que hay en esto, es que la culebras buscan el calor durante las noches, que siempre son más frescas que el día en cualquiera parte, y por eso es fácil el hallarlas en las madrugadas, unas veces rodeando los tarros de leche humeante en los apriscos, otras en las camas de los pastores, y otras dentro de las habitaciones en el mismo lecho del hombre o mujeres, esté o no criando.

Pero de esto, a suponer que semejante reptil sepa sorprender el sueño de una madre, que según la fábula vive ya prevenida, y aún en la última noche con su dormitorio cubierto de ceniza, y que por arte de encantamiento lacta de su pecho cuanto quiere, dando la cola al niño para que se entretenga, y luego se marche tranquila y segura de su hazaña hay mucha distancia. Ninguna madre del mundo dormiría de noche ante semejante sospecha, y menos la última, en que se suele decir que se pone ceniza para averiguar la entrada del reptil, a fin de exterminarlo a la noche siguiente.

En contradicción con estas vulgaridades, es sabido que la serpiente es un animal eminentemente doméstico, y así vive en la isla de Cerdeña (Italia) y en la de Ceylán (India), limpiando las casas de ratones en ventajosa competencia con los gatos.

Y si estos hechos no acreditaran bastante nuestro aserto, ahí están los juglares indios, que sus reptiles venenosos, recorriendo las plazas públicas, sin que generalmente ocurran desgracias, y ahí están también los individuos dementes de las tribus indias de la América meridional, sobre cuyos cuerpos serpentean culebras de "cascabel" completamente domesticadas, si bien tienen la precaución de despojarlas antes de los colmillos con que inyectan el veneno.



Un interesante descubrimiento

La mujer que inspiró a Bécquer las "rimas"

Por FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA

Las rimas de Bécquer. Desde que, como póstumo homenaje, unos admiradores y amigos publicaron la primera edición del áureo tesoro de palabras rimadas, que después fué breviario de amor que en voz alta rezaron varias generaciones, y en el que como en un lago de aguas inmóviles se reflejaron tantas pasiones y tantos sueños, una misma pregunta, una misma interrogación se dibujó en todos los espíritus: ¿Qué mujer inspiró al poeta sus rimas inmortales? ¿Qué historia de amor se esconde en el diminuto libro, donde las palabras son suspiros, quejas, lágrimas? Nadie sabía nada; las almas curiosas vieron cómo la interrogación se esfumaba, se perdía en la niebla gris de lo imposible.

Un viejo amigo del poeta, Julio Nombela, nos contó en sus "memorias" una historia romántica de la que fué testigo: todas las tardes Bécquer pasaba por la calle de la Justa, y en un balcón de la casa señalada hoy con el número treinta, había una mujercita que ponía en él el suave encanto de una mirada, y al alejarse le despedía agitando un momento en el aire la blanca mano breve. Era Julia Espín, hija del compositor del mismo apellido. Nombela le ofreció presentarle a la mujercita; llevarle a su casa, donde todas las semanas se celebraban reuniones y conciertos; pero Bécquer no quiso que la realidad rompiese el encanto de aquel amor callado, y prefirió, en lo más recóndito de su espíritu, la historia que su imaginación había forjado.

¿Fué Julia Espín, verdaderamente, la musa de las rimas? No; en el pequeño libro palpita un amor real vivido, una pasión humana, muy humana, que no pudo ser inspirada por un mudo idilio de la juventud. La honda queja, el desgarrado dolor que vive y vivirá eternamente en las rimas, pues son un eco del dolor que en la humanidad constantemente se renueva, no pudieron brotar de una sola mirada, ni de la despedida de una mano de niña.

Firmes en nuestra creencia nos dedicamos a buscar las huellas, si es que alguna había, de la inspiradora, de la verdadera, de la única, y fruto de nuestro trabajo son los datos que hoy publicamos para que sobre suposiciones y leyendas brille un rayo de luz de la verdad.

Unas cartas que la casualidad ha puesto en nuestras manos nos van a dar la clave del enigma. Son varias. Una de Bécquer a Rodríguez Correa y otra de Rodríguez Correa a Fernández-Espino, el tan injustamente olvidado escritor.

Dice así el poeta en la primera de sus cartas, fechada en Toledo, en diciembre de 1859:

"Nuevamente estoy en esta vieja ciudad de la calma, dedicado a descifrar el jeroglífico de sus piedras milenarias, y al mismo tiempo buscando un poco de reposo y un mucho de olvido para mi espíritu. Esteban Guillén y su hija Elisa me despidieron en el mismo coche, y antes estuve con ella en el sitio de todos los días. Cada vez siento más fuerte las ligaduras que acabarán de dejar completamente indefensa mi libertad. Si tú supieras algo durante mi corta temporada de retiro, me lo comunicarás en seguida."

Un mes después, en enero de 1860, Bécquer escribe nuevamente a Rodríguez Correa desde Toledo: "En esta misma semana llegaré a Madrid, pues hoy, al mismo tiempo que la tuya, recibo una carta de Guillén, anunciándome también su regreso. Equivocados estuvieron los sabios que midieron la marcha del tiempo; un mes escaso ha sido para mí un siglo, una noche eterna; pero, por fin, empieza a clarear un nuevo día. También me escribe Valeriano, y me dice que, seguramente, en este mismo año se reunirá con nosotros. Empieza un nuevo año; nuestra vida acaba de enterrar uno más."

Otra carta, fechada en Soria en marzo de 1861, y también dirigida a Rodríguez Correa, dice así en un párrafo en el que palpita una inmensa amargura. La clave del enigma empieza a ser descifrada: "Mañana emprenderemos el camino de Veruela. ¡Ojalá el viejo monasterio me dé la calma y la resignación que necesito, pues mi alma es sólo un pobre guiñapo insensible, dormido, que me pesa como un fardo inútil que la fatalidad tiró sobre mis hombros, y con el cual me obliga a caminar como nuevo judío errante. En el amplio hogar de la cocina me entretuve anoche en quemar todas las cartas, únicos recuerdos, reliquias mejor dicho, que me quedaban de mi vida de ayer, de las horas que nunca volverán. Al enroscarse a los rotos pliegos la llama parecía su mano, una mano amarilla, de muerte, que se burlaba de mí, haciendo signos incomprensibles: aquella mano, que hoy estará prisionera entre otras... No quiero pensar nada, sentir nada."

La última carta, ésta sin fecha, escrita en Madrid, de Rodríguez Correa a Fernández-Espino, es la que acaba de descifrar el enigma por completo. Copiamos solamente un párrafo:

"En el Fitero vi a Gustavo Bécquer, que estaba acompañado de su mujer. Ya parece que ha olvidado un poco, un poco solamente, la historia de Elisa Guillén, que tan fatal fué para nuestro amigo y que tan cruelmente con él se portó. He tenido una gran alegría al verle más calmado y sin aquel aire fúnebre de paso de Semana Santa en la madrugada del viernes. Créete que al principio, cuando se enteró de toda la verdad, nos dió miedo a todos los que estábamos a su lado. Su mujer parece inteligente y sencilla; creo que es hija de un notario de Soria y espero que se entenderán bien. Quiera Dios que haga el milagro de curarle por completo del mal recuerdo."

¿Puede dudarse después de la lectura de las cartas anteriores que la tal Elisa Guillén es la inspiradora de las rimas? En ellas nos hablan, primero el mismo Bécquer, y después, su amigo más íntimo, de una historia de amor, de un desengaño, de una pasión de la juventud que convirtió, como él mismo dice, su alma "en un pobre guiñapo insensible, dormido", con el que tenía que caminar "como nuevo judío errante". ¿No es ésta la misma historia que quedó eternizada en sus rimas inmortales y el mismo desengaño que le hizo sentir "el frío de una hoja de acero en las entrañas"?

Sí; Elisa Guillén es la musa, la inspiradora del dulce y triste breviario de amor, y su nombre debe ir a él unido, como el de Teresa al canto inmortal, el de Beatriz a los marmóreos tercetos de Dante y el de Sigeia a los alucinantes poemas de Poe.

De "La estrella lejana"

Si tú quieres...

Yo seré, si tú quieres,
un lírico alfarero,
que te ofrezca el emblema de la vida
modelado en el cántaro de un verso.

Yo seré, si tú quieres,
un adusto guerrero,
que te brinde una fúlgida corona
sostenida en la gloria de su esfuerzo.

Yo seré, si tú quieres,
un tierno cancionero,
que te diga el romance milagroso
que nace del chasquido de los besos...

Y seré, si tú quieres,
¡todo el amor de todo el universo!

Fortuna

Fuí tahur infortunado
en la ruleta del alma...
Giraban mis ilusiones
mientras el disco giraba.

Al detenerse, la gloria
brilló en mi torva mirada:
—¡Negro el veinte!... (Veinte años
contaba al saltar la banca...)

Y tú fuiste mi tesoro.
Falaz, porque vi en tu cara
el anverso y el reverso
de fina moneda falsa...

Eduardo María de OCAMPO.

El pez pescador

Este horrible animal tiene una cabeza enorme, ancha, aplastada, espinosa, con los ojos en la parte superior de ella. La boca es grandísima, y en mandíbulas y paladar tiene infinidad de dientes.

La particularidad de este pez es que tiene en la cabeza unos largos tentáculos, de los que se sirve como de una caña de pescar.

El "lophius piscatorius", que así lo llaman los naturalistas; el lofio, peje sapo o diablo de mar, que con todos estos nombres se le conoce, abunda en el Mediterráneo, vive siempre en las costas y se mantiene en el fondo y con su largo tentáculo alargado atrae a los otros peces, a los que devora. Su tamaño varía entre sesenta centímetros hasta cerca de dos metros de largo. Su carne es comestible, aunque no muy fina, y se encuentra con frecuencia en las pescaderías con el nombre de rape.

El lofio pasa su vida pescando con su caña natural, sin poner cebo alguno, con toda la paciencia que Dios le ha dado, y así, alargando su tentáculo, aguarda a pescar un pez o a ser, a su vez, pescado por el hombre o devorado por otro pez mayor que pesque mejor que él.

"JUVENTUD, DIVINO TESORO"

Por Lorenzo SITANO

*¡Adelante los que sientan ansia de ideal, los que deseen subordinar su vida a una idea grande! — **Ramón y Cajal.***

Nuestra juventud no lee. Y, lo que es peor, no trata de leer. Se conforma tranquilamente con estar al corriente de noticias toscas y burdas, estar al tanto de hechos y acontecimientos que llamaremos gruesos, sin valor ninguno, o con la lectura de novelones tontos e insubstanciales, obras ramplonas y vulgares, que más envenenan y embrutecen el alma que enaltecerla y dignificarla. Prefiere los goces transitorios y groseros, la satisfacción de torpes pasiones, la calle, el café, el juego, el teatro bataclánico, lo fácil y lo cómodo. Para ella, las altas especulaciones del espíritu no representan nada. Todo cuanto contribuye a fortificar nuestros conocimientos, mejorándolos incesantemente, reforzar nuestra inteligencia haciéndola más apta para la elevación moral, para la suprema perfección a que debe aspirar y trabajar todo hombre, no tiene importancia alguna. Se contenta con perder su tiempo, precioso e inestimable, que más tarde lamentará mucho sin que pueda recuperarlo, en discusiones estériles, en actitudes inconducentes, en gestos pedantescos, en bagatelas, en pequeñeces, en tonterías, en farras y juergas. Lo esencial para ella es divertirse sin ton ni son, sin método e inteligencia. Pasar sus horas libres, que nunca más volverán, en los antros de corrupción, de enfermedad y de vicio, pervirtiéndose y relajando sus buenas costumbres.

Este mal, más grande y más pernicioso de lo que se supone, debe combatirse eficazmente, con tenacidad, sin tregua. Hay que hacer todo lo que esté en nuestras manos para extirparlo paulatinamente, en forma metódica. Debe demostrarse a la juventud su error, su profundo error. Muchos jóvenes no saben "adónde van"; siguen una dirección equivocada, andan al azar, por rumbos tortuosos, porque no han encontrado un corazón amigo, un alma noble, una mano cariñosa que los lleve por la senda de la rectitud, de la verdad, de la belleza y del amor. La juventud, dado su espíritu impulsivo e irreflexivo, no acepta sometimientos de ninguna especie. Y cierra sus oídos y sus ojos a todo. Pero, el día que se le haga ver con claridad meridiana cuán perjudicial y nefando resulta perder su tiempo lastimosamente, entonces ella misma, por sí sola, recapacitará, despertará y se convencerá de lo equivocada y malsana de su marcha.

La juventud no medita, no piensa, no estudia, no se para en reflexiones ni se detiene en medir el daño inmenso que se causa a sí misma. Vive sin corazón, sin fe y sin pensamiento, como ese "pobre rico" de Víctor Hugo. Con toda ingenuidad, permanece quieta y en calma. No sabe trabajar, no trabaja o no quiere trabajar en bien de la humanidad, de sus principios más altos, tratando de mejorar siempre más las relaciones entre los hombres. A las veces se ríe despectivamente de cuantos le hablan de las altas y nobles cosas de la inteligencia. Con olímpico desprecio rechaza todo cuanto importe elevar su nivel intelectual. Cree sinceramente que todas las puertas están abiertas. Sin embargo, no tiene sino una sola ventana en el espíritu. Se queda en medio de la pieza, sin tropezar con los muros. De esa pieza de que nos hablara con tanta propiedad Anatole France, el fino ironista.

Labor plausible es la que está destinada a llamar a la juventud a la lucha. Y en esta tarea digna de toda alabanza, no hay que medir tiempo, ni energías, ni esfuerzos, ni voluntad ni escatimar nada. Todo lo concurrente a este noble fin merecerá ser anotado con caracteres de oro. "La juventud, ha dicho alguien alguna vez, es un vivero en que se desarrolla el porvenir". Por eso es sumamente hermoso y halagador preparar para las luchas del futuro una juventud enteramente libertada de tradicionales prejuicios, consciente de la gran misión que le incumbe, llena de todos los ardores generosos, animada de altos ideales, capaz de luchar con inquebrantable perseverancia por una sociedad mejor, más pura y menos egoista.

Es impostergable; por ende, urge despertar a la juventud de su letal modorra. De su somnolencia funesta. De su espíritu de quietud, de glacial indiferencia. De su carácter impasible y frío. Hay que llamarla fervientemente a la lucha. Hay que decirle que, sin ideales y sin nobles preocupaciones, no es alegre y grata la existencia, pues la vida es acción, es movimiento. La juventud, para merecer justicieramente el título de tal, debe abandonar para siempre todo convencionalismo, desembarazarse de todo prejuicio y librarse de tontas prevenciones. Que deje la atmósfera viciada del café por el amor a la verdad, a la justicia y a la virtud, por cuyo triunfo sepa combatir denodadamente. Que se manifieste como una promesa inestimable, como una futura esperanza. Que sea más entusiasta y más intrépida, llena de ímpetus generosos, con propósitos de belleza y de amor, cultivadora de la bondad y de la alegría.

"Sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda; nunca los decrépitos de pocos años, prematuramente domesticados por las supersticiones del pasado; lo que en ellos parece primavera es tibieza otoñal, ilusión de aurora que es ya un apagamiento de crepúsculo". Esto ha dicho ese gran maestro de la juventud que se llamó Ingenieros. La juventud debe trabajar y dedicar con calor y con ahinco todo su esfuerzo y su capacidad al triunfo de postulados generosos y dignos, de ensueños bellos y grandes, llenarse de azul y de armonía, y pletórica de fe y de esperanza, bregar por una sociedad más buena y más sana, purgada de maldades y de vicios. Hay que abrir los ojos a la juventud sin tardanza, ciega hoy a todo lo que sea la defensa de causas nobles y sublimes, de ideas elevadas y bellas, y hacerle ver que sólo así marchará serenamente por derroteros claros y seguros, hacia horizontes nuevos, más luminosos y más vastos.

Luz en las sombras

Animales fosforescentes

Ahora, en la época de las largas noches, no es extraño que pensemos en esas horribles regiones en donde reina la noche eterna; una obscuridad que no podemos concebir, un lugar que no podemos explorar, pues pertenece a las grandes profundidades del mar. No solamente no penetra en esos abismos el más leve rayo de sol, sino que la presión es allí tan enorme que no hay individuo que pueda soportarla.

Hace algunos años se hizo el siguiente experimento: se envolvió en franela un grueso tubo de vidrio lleno de aire y, herméticamente cerrado por ambos extremos, se metió en una caja de cobre cerrada con una tapa con agujeros. El de la misma también estaba agujereado para que el agua entrase libremente al echarla al mar. La caja, con el tubo de vidrio, se bajó hasta una profundidad de 2.000 brazas. Al sacarla, la caja estaba aplastada, y al sacar la franela se vió que el tubo de vidrio se había convertido en un polvillo blanco como la nieve.

La presión del agua lo había pulverizado. El efecto sufrido fué como el de una explosión inversa, por lo que se le dió el nombre de "implosión". A tal profundidad la presión es de dos toneladas y media por pulgada cuadrada.

Los seres que habitan esas regiones infernales son emigrantes de aguas menos profundas que, en busca de alimentos, han ido descendiendo poco a poco hasta llegar a poder soportar aquellas insoportables presiones. Pero esto no lo ha hecho un individuo; su vida es muy corta para ello: han sido necesarias muchas generaciones que se han ido modificando y ajustando al medio hasta llegar a ser habitantes del abismo del que no pueden salir. Si intentasen remontarse a la superficie morirían reventados por falta de presión, como reventado moriría el habitante de la superficie si intentase descender por el exceso de presión.

Esas terroríficas y obscuras profundidades no están, sin embargo, completamente desprovistas de luz, pues muchas de las criaturas que allí viven han desarrollado la facultad de emitir luz, aunque sólo sea para con ella ver la obscuridad.

En realidad, parte de aquella regiones se ilumina lo suficientemente para que el ser que emite la luz distinga formas y colores. El gran desarrollo del órgano de la vista y los brillantes colores de muchos habitantes de estas profundidades apoyan esta idea.

En estas favorecidas áreas, la luz es producida por formas primitivas de vida, seres inferiores generalmente anclados en el fondo del mar y en estas profundidades de cinco mil y más metros debe haber grandísimas extensiones en donde apenas se verá un diminuto punto alumbrado, mientras la inmensidad permanece en las sombras.

Hay zonas de horror, en donde la ausencia total de luz y calor sólo dicen muerte, muerte cercana irremediable, eterno silencio; porque allí el ser que vive sólo lo hace para devorar a su vecino.

Unos se alimentan de cuerpos vivos; otros con los que encuentran muertos o han muerto en aguas menos profundas y van hundiéndose lentamente. Alimento vegetal no encuentran. La vegetación no existe en aquellas profundidades.

Muchos de esos seres usan el mágico poder de emitir luz para atraer a su presa, que acude deslumbrada, como la mariposa a la luz de un farol. Otros emplean su luz como el calamar su tinta, para cegar a su enemigo y huir de la muerte, y otros para atontar a su víctima y evitar que escape.

Los que se hayan visto de repente ante los deslumbradores, antipáticos y peligrosos faros de los "autos", comprenderán esta táctica de los habitantes del fondo del mar.

Las épocas de hambre deben ser frecuentes en estos abismos, por lo cual algunos de esos seres han logrado conseguir un enorme estómago que les sirve de almacén cuando la pesca es abundante, estómago que cuando está bien lleno de alimento es más grande que todo el resto del cuerpo.

Que hay vastísimas regiones en las cuales la obscuridad es completa, lo prueba el que existan muchos habitantes de las profundidades en los que han desaparecido los ojos, de los que sólo quedan vestigios de haber existido en generaciones lejanas. En éstos el sentido del tacto y del olfato están sumamente desarrollados, y de ellos se valen para agarrar a sus víctimas o huir del enemigo. Tienen tentáculos larguísimos, de los que se sirven como el ciego de su garrota.

La naturaleza y color de la luz de que hablamos varían muchísimo.

En algunos de esos seres la luz es emitida por una especie de lentes colocados a lo largo del cuerpo, y que pueden encender o apagar a voluntad. En otros la luz es emitida por la espina de una aleta y la usan como un farolillo para iluminar su camino.

Hay otra especie en la que la materia fosforescente se produce en una glándula que la arroja al exterior. Probablemente éstos son los que emplean su luz para encandilar a sus vecinos y poder huir o atacarlos impunemente. Uno de éstos es un "macrúrido", conocido en América por los pescadores con el nombre de granadero. Es un pez que se parece al bacalao, pero se diferencia de éste en la cola, que termina en un largo filamento. De ahí el nombre Cola de Rata con que también se le conoce. Muchos de éstos tienen las escamas fuertemente desarrolladas, formando una especie de coraza, y la boca alargada en forma de pico. Todos ellos viven a grandes profundidades.

Una de estas especies, el "Malacocéphalus lœwis", abunda en las profundas aguas al sudoeste de Irlanda.

Este emite materia luminosa por un agujero que tiene en medio del abdomen, señalado por una mancha de pigmento negro. Dentro está la glándula luminosa. Una depresión entre las aletas anales marca la posición de dos cuerpos semitransparentes que sirven de reflectores.

La materia fosforescente que despiden es viscosa, se adhiere a la mano y su fulgor se percibe perfectamente a la luz de una lámpara. La secreción pura es azul, pero en el agua del mar aparece verde brillante.

En el cabo Villano se pescó no hace mucho uno de estos ejemplares, que al arrojarlo sobre cubierta lanzó una nube luminosa de 15 a 20 centímetros de diámetro, que permaneció visible durante bastante tiempo.

Esta especie particular no posee una armadura dérmica como otros, tales como el "Macrurus parallelus", que no tiene órgano productor de luz, probablemente porque la armadura protectora hace innecesaria la emisión de luz.

Es curioso advertir que se ha encontrado un órgano luminoso en la parte trasera de la cabeza de la merluza, que indica la potesiculidad de desarrollar la facultad lumínica en las grandes profundidades, cuando sea necesario, antes de emigrar a los obscuros abismos del mar.

MELANIA

—¡Cosa más rara!...—pensaba el señor Barginet.—Hoy es miércoles y ya está casi vacía la caja de cigarros que llené el domingo para toda la semana. Y, sin embargo, no he fumado más que otras semanas y no he tenido visitas.

Renunció a descifrar el enigma y compró más cigarros; pero apenas si tuvo para fumar toda la semana. Ya no cabía duda; alguien robaba los cigarros, y el ladrón no podía ser sino la nueva criada, una mocetona que habían recibido hacía una semana.

El señor Barginet y su mujer hablaron detenidamente de esto. Despedirla era lo más prudente; pero otra criada que tomasen tendría otros defectos. Si Melania tomaba los cigarros, ¿no podría otra criada robar otra cosa? Y como cumplía con su obligación, acordaron no decirle nada.

Pero la señora de Barginet no pudo ocultar lo ocurrido a sus amigas, y pronto la historia de Melania, ladrona de cigarros, se repitió en todas las tertulias caseras. Para la señora de Barginet fué casi un motivo de orgullo tener en casa una criada tan original. Pero un día una señora le dijo:

—Hace usted muy mal en no conceder importancia a este asunto. Reflexione usted. Si Melania roba los cigarros es para dárselos a alguien ¿Quién es ese alguien? Puede ser un hombre honrado; pero nada lo prueba. Yo, en su lugar, no estaría tranquila.

La señora de Barginet entró muy preocupada en su casa. ¿Cómo no se le había ocurrido una cosa tan sencilla? Era indudable que Melania tenía novio y casi seguro que lo haría entrar en la casa. ¿Y si fuera un asesino? ¿No están llenos los periódicos de relatos de crímenes cometidos así?

El señor Barginet trató de tranquilizar a su mujer; pero se veía que él no estaba tampoco muy sereno. Todas las noches se aseguraba de que el revólver estaba en la mesilla. Melania tenía unos modos muy singulares. Acostumbraba salir de casa con pretextos poco creíbles. Se la veía inquieta y extraña casi siempre a sus ocupaciones.

—Debíamos despedirla—decía el señor Barginet.

Pero la señora de Barginet no participaba de la misma opinión.

—Ahora que conoce nuestras costumbres y que sabe dónde guardamos la vajilla de plata no sería prudente. ¡Quién sabe si no ha sacado ya el molde de las cerraduras! Lo mejor sería detenerla con sus cómplices. Creo que debías hablar con el comisario de policía.

—Tienes razón. Y tú procura averiguar adónde va cuando sale.

Una tarde, al entrar en su casa, el señor Barginet encontró a su mujer asustadísima.

—¡Es espantoso! ¡Mucho más grave de lo que creíamos! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

—Tranquilízate, mujer. ¿Qué pasa?

—¡Melania no es una mujer! ¡Es un hombre, un ladrón, un asesino, qué sé yo, que se ha metido en nuestra casa!

—¿Qué pruebas tienes de eso?

—La he seguido cuando salía despacito de la cocina por la escalera de servicio. Ha subido a su cuarto y se ha encerrado por dentro; pero yo he mirado por el ojo de la cerradura y... ¡Miedo me da pensarlo!

—¿Qué?

—Que tu Melania, creyéndose sola, ha sacado de una petaca un cigarro puro, ha tomado del armario una copa y una botella de aguardiente y se ha puesto a beber y a fumar como un cochero. No cabe duda, es un hombre. Yo no puedo seguir en casa mientras esté aquí ese hombre.

Los Barginet combinan su plan. Al día siguiente, dos policías de la Prefectura aguardaban en la sala.

Como de costumbre, Melania subió a su habitación, sin sospechar que detrás de ella subía la fuerza armada.

—¡Abra usted!—gritó el señor Barginet a la puerta del cuarto, revólver en mano.

—¡Arriba las manos!—dijeron los policías.

La escena que siguió fué lamentable.

—Es un vicio que tengo—decía Melania muy compungida.—Si no fumo me pongo mala. ¿Qué quieren ustedes que haga? Soy muy desgraciada. De todas partes me echan. ¡Si la señora quisiera que me quedase!

La pobre muchacha lloraba. El señor Barginet estaba ridículo con su revólver, y los agentes no ocultaban su disgusto por haber sido molestados para aquella tontería.

La señora de Barginet aprovechó aquello para dar a Melania diez pesos menos de salario; pero el señor Barginet, en compensación, le ha prometido regalarle estas Pascuas un cuarterón de tabaco habano.

ANDRÉ WARNOD.

El amor y el tabaco

Por Adrien VELY

Se abrió la puerta del gabinete de consulta, apareció el doctor, y los señores De Monneray, que aguardaban en el salón, pasaron.

— Buenos días, queridos amigos — dijo el doctor. — ¿Quién de ustedes es el enfermo? Porque con el aspecto saludable que tienen los dos, no es fácil adivinar...

— Soy yo — dijo el señor Monneray.

— Y yo le acompaño — añadió la señora de Monneray.

— Inseparables, como siempre—dijo el doctor. Les ofreció cigarrillos.

— El vicio de ustedes dos.

— Lo confieso — declaró el señor Monneray, encendiendo su cigarro. — Y este vicio es el que nos ha acercado.

—Nos hicimos novios en una nube — dijo la señora De Monneray, saboreando su cigarrillo.

— Pues usted dirá — prosiguió el doctor, volviéndose al señor Monneray.

El señor Monneray le puso al tanto de las molestias que sentía. El doctor lo reconoció detenidamente y le dijo:

— Saboree usted ese cigarrillo, porque tal vez sea el último que fume.

— ¿Qué dice usted? — exclamó el señor Monneray.

— No es nada grave; al menos, por el momento. Pero es preciso, absolutamente preciso, que deje de fumar en absoluto, si no quiere exponerse a un grave percance. No, no se asuste. No fumando remediaremos el mal. Respondo de su curación.

— Lo que usted me pide es muy duro.

La señora De Monneray había palidecido y dejado apagar su cigarro.

— Doctor — balbuceó, — tengo miedo. Temo que no nos diga usted toda la verdad.

— Le doy a usted mi palabra de honor, señora, de que no les he ocultado nada. El tabaco es un veneno para su esposo: eso es todo. Basta con que deje de envenenarse. Y yo le garantizo que en cuanto deje de fumar se encontrará mejor que nunca.

La señora De Monneray suplicó a su marido:

— No hay que dudar, querido. Piensa en ti, en mí, en los dos. Es preciso que te resignes a no fumar.

— Sea. Me resignaré.

— ¡Bravo! — gritó el doctor.

— Es decir — prosiguió la señora De Monneray, — nos resignaremos los dos, porque yo también quiero dejar de fumar.

—No veo la razón — dijo el señor Monneray.

— ¿Por qué no voy a poder privarme yo de un placer del cual te ves obligado a privarte tú? Además, si yo fumase, la vista del tabaco, el olor, serían para ti una tentación, y sufrirías y correrías el riesgo de volver al vicio.

— Más sufriría viendo que te privabas de tu placer favorito. No, querida; no puedo aceptar tu sacrificio. Sería demasiado egoísta. No sólo no sufriré, sino que será para mí un consuelo verte fumar.

— Y a mí me será más agradable no fumar cuando tú no fumes. Una privación soportada en común será una alegría para los dos.

El señor Monneray y el doctor cambiaron una mirada, y el primero dijo a su mujer:

— Escucha, querida. No puedo honradamente abusar de tu abnegación y de tu nobleza. Debo decirte la verdad. Te hemos mentido. El doctor y yo acabamos de representar una comedia.

— No comprendo — dijo la señora De Monneray.

— Vas a comprender. Yo no podía..., no podía...

— ¿Qué?

— No podía seguir fumando más tiempo. Debí decírtelo antes, pero no me atreví. El tabaco me causa horror, y hace tres años que estoy fumando sin cesar, con repugnancia. Esto era para mí una tortura que no podía soportar más.

— Pero cuando nos conocimos hace tres años... — interrumpió turbada la señora De Monneray.

— Te explicaré. Había oído decir que eras fumadora, que te entusiasmaba el tabaco. Y para agradarte y no disminuir a tus ojos me puse a fumar. Después te veía tan dichosa cuando fumabas y me veías fumar, que he seguido. Creo que es la mayor prueba de amor que te he dado.

Dos lagrimones se escaparon de los ojos de la señora De Monneray. De pronto se echó a reír.

— ¡Es gracioso! — exclamó. — ¡Yo, yo que sólo fumaba porque veía hacerlo a mis amigas! ¡Con lo dichosa que yo hubiera sido si tú no hubieses fumado! Seguí fumando por lo mismo que tú y por vergüenza de confesarte que no me gustaba el tabaco.

Y dirigiéndose al médico:

— De todos modos, me ha dado usted un buen susto, doctor. Eso no está bien. Y luego ya no me queda la alegría de sacrificarme. ¡Pero... qué alegría no volver a fumar!

— ¡No volver a fumar, qué alegría! — repitió el señor Monneray.

— Dichosos ustedes que no les gusta el tabaco! — dijo el doctor cargando su pipa.

La danza ante las columnas del Partenón

La fotografía ha podido eternizar la graciosa actitud de Mona Paiva sobre el fondo clásico del Acrópolis de Atenas. La primera bailarina de la Opera Cómica de París se hallaba en la capital de Grecia, donde acababa de dar, en el teatro Nacional, una serie de representaciones notabilísimas, interpretando con tanto sentimiento como ciencia coreográfica melodías de Chopín, Bizet y Saint-Saëns. Invitada a subir al Acrópolis, hubo de satisfacer los deseos de un grupo de entusiastas, ejecutando unas danzas sobre el cuadro admirable y secular del genio helénico. La Naturaleza contribuyó a la belleza del momento. Fué un día hermoso. El sol doraba las columnas y estatuas. El cielo era de una pureza divina. Mona Paiva apareció cubierta de ligeras gasas, y la armonía de su gesto, de sus actitudes y sus saltos parecía animar el poema del ritmo y de la gracia que se lee en los frisos sagrados e inmortales del Partenón.

¿Quién inventó el alambique?

Durante mucho tiempo se ha venido creyendo que el alambique era una invención de los alquimistas árabes; pero Humboldt y Hœfer han demostrado que la destilación era ya conocida en el siglo V antes de nuestra Era.

Sin embargo, si los árabes no han inventado la destilación, es incontestable que han sido los primeros en practicarla en gran escala. Sobre todo, la empleaban para fabricar el alcohol y extraer los principios aromáticos de las plantas.

Los árabes fueron los que introdujeron el alambique y los procedimientos destilatorios en la Europa cristiana de la Edad Media y los que, si no imaginado, por lo menos llamado alambique a la parte que ha servido para ello exclusivamente hasta fines del siglo XVIII.

Cómo ha ido creciendo el número de cristianos

En el primer siglo se contaban sólo 500.000 cristianos; en el segundo se contaban ya 2.000.007; en el tercero, 5.000.000; en el cuarto, 10.000.000; en el quinto, 15.000.000; en el sexto, 20; en el séptimo, 25; en el octavo, 30; en el noveno, 40; en el décimo, 50; en el undécimo, 70; en el duodécimo, 80; en el décimo tercio, 75; en el décimo cuarto, 80; en el décimo quinto, 100; en el décimo sexto, 125; en el décimo séptimo, 185; en el décimo octavo, 250; y, finalmente, en el siglo XIX, llegaron a más de 270 millones.

¿Cuándo se empezó a escribir música?

La idea de representar las notas por signos parece que tuvo origen en la India. Los hindúes designaban las notas con caracteres sánscritos. Los persas imaginaron una especie de "pentagrama" de nueve líneas, cada una de las cuales tenía un color diferente. Los chinos, 2.700 años antes de Jesucristo, representaban los sonidos por signos ideográficos como los de su escritura. Los griegos, en época anterior a Pitágoras (siglo VI antes de Jesucristo), designaban los sonidos y tenían signos para representar aproximadamente los valores y los silencios.

Remontándonos a la más alta antigüedad, no descubrimos nada que permita afirmar la existencia de una escritura musical entre los egipcios, los caldeos, los asirios, que tenían la música en gran estima y poseían instrumentos notables, como arpas de veintidós cuerdas.

No es menos cierto que entre los chinos existía una escritura musical hace cinco mil años.

Las tribulaciones de un dólar

La Cámara de Comercio de Chicago acaba de hacer una experiencia curiosa para saber lo que le sucede a un dólar en el transcurso de quince días. Puso en circulación un billete de esta cuantía unido a una circular, en la que se rogaba a toda persona por cuya mano pasara que inscribiera en ella el objeto en que lo hubiera gastado. Al cabo de quince días, el dólar en cuestión había sido empleado treinta y una veces: cinco veces en salarios o gajes, otras cinco en tabaco picado, otras cinco en pitillos, tres en el restaurante, tres en la confitería, dos en la peluquería, otras dos en prendas de vestir y una vez en gemelos para los puños, accesorios de automóvil, jamón, lejía, polvos dentífricos y algodón en rama.

¿Desde cuándo llevan pendientes las mujeres?

Este género de adorno, que se encuentra en casi todos los pueblos salvajes, se remonta a la más lejana antigüedad. Eliezer dió a Rebeca pendientes y brazaletes. Según Homero, forman parte del tocado de las mujeres. Juno los prende de los lóbulos de sus orejas, "horadadas con arte". Los hombres, en la antigua Grecia, llevaban pendientes alguna vez también. Plinio dice que se complacía en incrustar en su carne joyas con piedras brillantes o perlas. En Roma, por el contrario, Alejandro Severo prohibió a los hombres llevar pendientes. Las mujeres, en aquella época, los llevaban tan pesados que, según Séneca, sus orejas iban más bien cargadas que adornadas. Había mujeres dedicadas exclusivamente a cuidar los lóbulos de las orejas de las elegantes, heridas por el peso del oro, las perlas y piedras suspendidos de ellos. Estas mujeres eran designadas con el nombre de "auriculæ ornatrice".

Entre los griegos, los niños sólo llevaban pendientes en el lado derecho.

La velocidad del sonido

La velocidad de la transmisión del sonido en el aire es de 332 m. 8 por segundo, cuando la temperatura es de 0 grados. Aumenta 60 centímetros próximamente cada grado, lo que hace alrededor de 340 metros a la temperatura normal.

La velocidad en el agua dulce es de 1.425 a 1.436 metros; en el agua de mar, 1.453 metros; en las fibras del pino, 3.322 metros; en el plomo, 1.228 metros; en el hierro, 5.127, próximamente.

Esta diferencia de velocidad en la transmisión es la que, estando el mar en calma, permite a un bañista que esté cerca del muelle oír tres veces el mismo cañonazo o cualquier otro ruido dado en tierra: para ello no tiene más que aplicar el oído contra las piedras del muelle, sumergir luego la cabeza en el agua, y, por último, sacarla al aire.

Esta experiencia no deja de sorprender a los que la practican.

LAS FIESTAS DE CARNAVAL.— POR LOS BAILES Y LOS CORSOS









Cuatro interesantes palcos del corso oficial realizado en la Avenida de Mayo, donde las fiestas adquirieron gran entusiasmo.





EN FLORES. — Dos grupos de concurrentes a la recepción de máscaras efectuada en el Club de Flores, el martes de carnaval



Las señoritas de Caballero y de Gillette con trajes "fantasía rococó", en uno de los palcos del corso de Flores.



Familias de Cervantico, Pérez, Vázquez y Mosquera. "Marabú".



La familia de don Gustavo Kaiser.



Familias de Casco, Turra y Racana.



Señoritas de Egarrat, de la Torre, Brandt, Frey, Solong, Caraza y Landó. — "Estrellas"



Familias de Rocha y Martegami. "Fantasía oriental".



Familia de San Martín. "Fantasía".



EN BELGRANO. — Vista parcial de la concurrencia al baile de disfraz y fantasía realizado en el Club Belgrano, en honor del comandante Franco, quien aparece en el centro del grupo.



Damas que asistieron al baile de referencia, prestando gran lucimiento a la fiesta.



Señoritas de Frederic, Donati, Zimmermann y Saavedra. "Fantasía".



Familias de Ga'.ino, Faggioli y Carpaneto



Señoritas de Fava, Peckini y Peñaloza, "Fantasía asiria".



Señoritas de Scritfignani, Arteaga, Jacky y Guzmán. "Gitanas"



EN LA BOCA -- Señoritas de González, Mainero, Loueño, Demilio y Tonosí.



Señoritas Catalina y Angela Ravenna, Zulema Olcese y Leonor, Angela y Ana Abbatangelo. "La femme chic"



Señoritas Rosa y Julia Volpini Arias, Bueceri, Marcusi y Baldini. "Dancing Jack".



Señoritas María, Julia y Francisca Drago, Emelinda y Margarita Proto, María Juana Díaz, Teresa Marrales y María y Angélica Ibes. "Colonial".



El palco "Corazones alegres" ocupado por las señoritas de Califano y Crovetto



Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile organizado por el Club Boca Juniors y llevado a cabo en el salón Verdi



EN LANÚS. — Señoritas de Othatcegui, Márquez, Giménez, Baillot, Ferro y Larraburu.



Grupo de concurrentes a uno de los bailes de disfraz y fantasía, con que el Casino Español festejó el carnaval



Un núcleo de mascaritas infantiles en el balneario municipal.



Durante el concurso de disfraces infantiles realizado en el Centro Numancia



Grupo de máscaras que concurrieron al baile realizado en el Club Sportivo de Almagro.



Familias asistentes al baile de disfraz efectuado en el Hogar Gallego.

LA LLEGADA DEL DESTRUCTOR "ALSEDO", BUQUE AUXILIAR DE LA TRAVESIA DEL "PLUS ULTRA"

El [illegible] ''Alsedo'', uno de los [illegible] de [illegible] de auxilio, en [illegible] realizado por el [illegible] ''Plus Ultra'', tripulado por los [illegible] aviadores Franco, Ruiz de Alda, Duran y Rada. La nave atracada en la Darsena Norte, poco después de su llegada a nuestro puerto.





El comandante Ramón Franco acompañado del encargado de negocios de España, doctor Danvila, dirigiéndose a visitar el ''Alsedo''.



El comandante del destructor español ''Alsedo'', capitán de fragata José María Gámez, y el comandante Franco, a la llegada del buque.



El piloto del ''Plus Ultra'', abandonando al ''Alsedo'', despues de saludar al comandante de la nave.



El comandante Franco, el capitán Ruiz de Alda, el teniente Duran, el ayudante de Franco, teniente Manui, el comandante Iglesias y otras personas, esperando el arribo del ''Alsedo''.



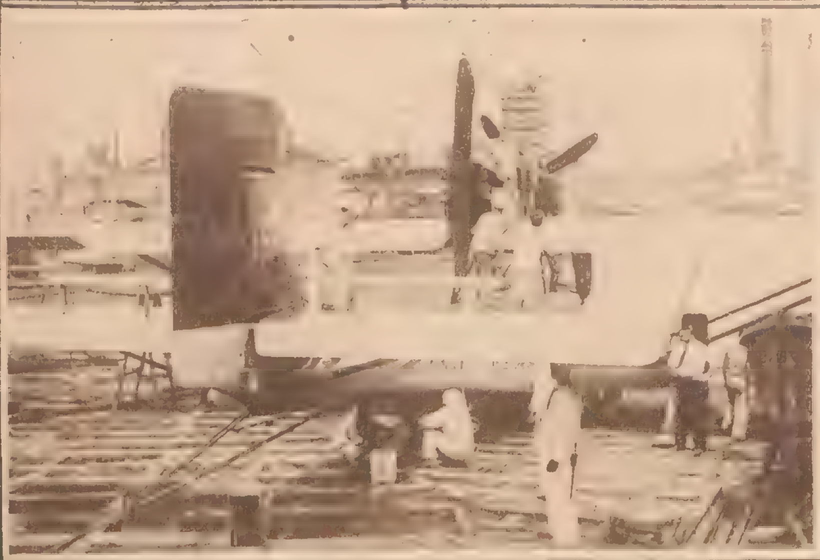
Una parte del publico que aguardo la llegada del destructor ''Alsedo'', congregado en la Darsena Norte.

Fots. Otero.

El hidroavión "Plus Ultra" en el varadero de la Prefectura Marítima

Con objeto de realizar una recorrida general al hidroavión "Plus Ultra", limpiando sus motores y pintando su casco, fué puesto en seco sobre la playa del varadero de la Prefectura Marítima. — El acto de arrastrar el aparato operación que se realizó bajo la dirección del capitán Ruiz de Alda y del mecánico Pablo Rada.





El "Plus Ultra" en tierra, visto de cola, mientras los operarios facilitados por el Ministerio de Marina comienzan la limpieza del aparato.



El capitán Ruiz de Alda presenciando el arrastre del hidroavión.



El habilísimo mecánico Pablo Rada, alma del organismo de la nave y uno de los tripulantes de la misma que más simpatías ha despertado.



El "Plus Ultra" al iniciarse la operación de llevarlo a dique seco.



La proa del hidroavión en plena limpieza del casco.



Los mecánicos Vicente Nardelli, de la Prefectura Marítima, y A. Parsons, de la casa Vickers Ltda., que cooperaron con Rada en la revisión del motor.

Fots. Otero.

Continúan los agasajos a los aviadores españoles



El comandante Franco contemplando al público reunido frente al edificio de la Asociación Patriótica Española.



Vista parcial de la concurrencia al gran almuerzo que la comisión de recepción y homenaje ofreció a los aviadores españoles en el local de la Asociación Patriótica Española.



El capitán Julio Ruiz de Alda, inteligente oficial de ruta del "Plus Ultra". Instantánea tomada durante el banquete de referencia



El piloto Ramón Franco, después de asistir al banquete popular ofrecido por las asociaciones españolas y servido en la Sociedad Rural, se dirige a la pista de la institución para escuchar el concierto.



Franco escuchando los números del concierto ejecutado por la banda municipal, en la pista de la Sociedad Rural.



El comandante Franco, entrando al local de la Sociedad Rural en medio de las aclamaciones del público que esperaba su llegada.



Franco estrechando las numerosas manos que se le tendían en fraternales y entusiastas saludos.

Fots. Otero y Giraz.

NOTAS SOCIALES



Señorita C. ta Arreteche que recientementa contrajo enlace con el señor Roque R. D'Agostino.





La señora Rosa Propato de Costa y su esposo señor José Costa, que acaban de cumplir sus bodas de plata matrimoniales.



Señora María Michetti de Donadío



La señorita Jerónima T. Traverso y el señor Héctor D. Fasoli, después de su enlace, acompañados de los padrinos y de algunas invitadas al acto.



Enlace de la señorita María Elena Piccione con el señor Ciro Guangiroli.



La señorita Ofelia García y el señor Heriberto V. Jansen, saliendo de la capilla de las Victorias, después de la bendición de su enlace.



La señorita Vicenta Martínez y el señor Domingo Terreu, cuyo matrimonio se efectuó recientemente en Olivos.



La señorita Amelia Caccace y el señor Cornelio Gámez, después de sus desposorios.



Enlace de la señorita Ermelinda Peretti con el señor Andrés Fernandez. Los contrayentes después del acto religioso.



La temporada balnearia en Cacheuta



Señora Rosalía B. de Alarma



Señoritas Angélica Villanueva y Graciela Olmos y señor Alfredo Allen.



Familias de Nadal, Berisso y Demarchi, esperando el tren



Señoritas Angélica Villanueva y Marta Funes Lastra y doctores H. V. Zamorano y Ernesto Corvalán.





Señoritas Chongona Bonadeo Agrolo, Marta Funes Lastra, Cira Rocha e Inés Varela Rojas y señores doctor José Dalorto, Zampini, Rojas y Zamorano.



Señora de Mackinlay y señoritas Raquel Grondona, María Pereyra Iraola y Clemencia Tomkinson.



Contemplando las notas gráficas referentes a Cacheuta.



Señora María Luisa P. de Lardani y su hija Zulema Esther.



El señor Ireneo Costa, atacado de melancolía.



Señores Mauricio Harilaos y Fernando Pereyra Iraola.

Fots. Bejarano.



DE PUENTE DEL INCA



Señoritas de Arizu y señor Barraquero.



El cumpleaños de la señorita Grace Watson, fué festejado animadamente, en el salón de fiestas del Hotel, con asistencia de las familias de Watson, Moyano, Ferrari, Gopcevich, Varas, Leiro, Fernández, Ortiz, Lazarovitz, Gentile, etc.



Los pebetes de Leiro y Arata en pose de inmortales.



Excursión al Cristo Redentor de los Andes. — Atravesando el camino nevado.



Una clase al aire libre.





Interesante paso en la senda que conduce al Cristo.



Los vehículos avanzando por el camino carretero.



Los excursionistas haciendo alto al pie de la imagen.

Fots. Arata.

EL PROGRESO DE LOS PUEBLOS SUBURBANOS. — VILLA DEVOTO


El Asilo de San Vicente de Paúl, situado en la calle Esperanza, 4651.


Edificio de las Obras de Salubridad de la Nación (sección Devoto), en la Avenida Tres Cruces y calles Mercedes y Gualeguaychú.



La Asistencia Pública.


Doctor Isidoro E. Gil, director de la estación sanitaria de Villa Devoto desde hace 20 años; ex presidente de la Comisión de Fomento y del Club Rivadavia, a quien la localidad debe muchos de sus adelantos.


Chalet del señor Gorlero Salas y oficinas del Registro Civil, situados en la calle Nueva York, 3375 y 3383, respectivamente.


Residencia del señor teniente coronel Ovidio Badaró, en las calles José Cubas y Mercedes.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



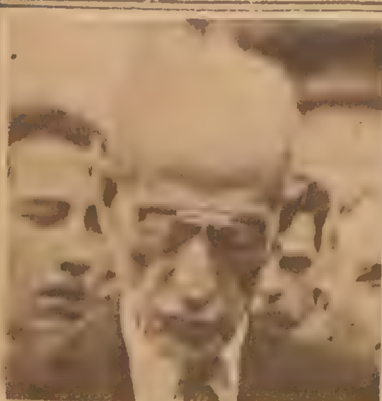

Inauguracion del sanatorio para tuberculosos. — A la izquierda: el diputado nacional, doctor Jorge Raúl Rodríguez, quien ha auspiciado la obra y el director del establecimiento, doctor Santiago Barcia, acompañados del personal del mismo y de algunas familias concurrentes, durante la inauguracion del benéfico instituto. — A la derecha: **un detalle del sanatorio recientemente librado al servicio público.**




En "Villa Ideal", la residencia particular del señor Remigio A. Pauluzzi, situada en Barrio Belgrano, realizóse una lucida fiesta con motivo de la entrada de carnaval, **en la cual se exhibieron llamativos disfraces.—Dos instantáneas de la concurrencia que asistió a la animada reunión.**




Ecos de las elecciones provinciales efectuadas el 7 del corriente. — A la izquierda: el senador nacional, doctor Ricardo Caballero, caricaturado por Flores Toledo. — A la derecha: el citado legislador, acompañado de varios correligionarios politicos, recorriendo los comites de la primera sección, al conocer el brillante triunfo alcanzado en **Departamento Rosario por el Partido Radical Irigoyenista.**





Fallecimiento del señor Daniel B. Perez, secretario de redaccion del diario "La Capital". — A la izquierda: el señor Julio Cabañero, en representacion del Circulo de la Prensa de Rosario, pronunciando un discurso en el acto del sepelio. — En el centro: vista parcial del cortejo fúnebre que acompañó a los restos del extinto. — A la derecha: el doctor Carlos Lago hablando en nombre de nuestro colega "La Capital".

Fots. Flores Toledo.

La transmisión del mando gubernativo en la provincia de Mendoza.



El nuevo gobernador de la provincia de Mendoza, doctor Alejandro Orfila, en su despacho oficial rodeado del ex gobernador doctor Carlos Wáshington Lencinas, del doctor Trianes, del ingeniero Zuloaga y de otras personalidades, momentos después de haber asumido el mando.



El doctor Orfila, saliendo de su domicilio particular, acompañado del secretario de la gobernación, señor Clock.



El flamante mandatario mendocino, horas antes de hacerse cargo del gobierno provincial, contestando las numerosas felicitaciones recibidas.

Fots. Capra.

Inauguración de una iglesia en Carlos Tejedor.



El gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor José Luis Cantilo y demás miembros de la comitiva oficial, durante la visita efectuada al Hospital Garré, en ocasion del acto inaugural de la iglesia parroquial.



Frente de la iglesia parroquial de Carlos Tejedor (F. C. O.), recientemente inaugurada, con asistencia del gobernador de la provincia, señor José Luis Cantilo. Fots. M. Castiñeira.

Nuevos contadores públicos nacionales, egresados de la Facultad de Ciencias Económicas



De arriba abajo y de izquierda a derecha: Carlos H. Botto, Luis A. Battaini, Angel A. Bolis, Carlos Corsiglia, Andrés Carnicer, Constantino José M. Caffaro, Emilio Calvo, Manuel Clauso, Francisco Castillón, Juan Mario Chingotto, Manuel Dopacio, Lázaro Elisseix, José B. Enríquez y Monteagudo, Pedro Ghilardi, Pedro C. Hernández, Teobaldo Hernández, Guillermo Hardman, José Lanza, Pablo Lejarraga, Ivan Marck Davel, Cafiero Morini, Ramón A. Muñiz, Eduardo Luis Maradini, Atilio Murriello, Víctor V. Kruttwig, Emiliano Pérez Escala, Juan Carlos Perramón, Alberto A. Piaggio, Antonio Pescuma, Manuel P. Rivero, Joaquín Rososky, Renato D. Rolandi, Mario A. Rabossi, Salvador Russo, Antonio Roselló, Roque J. Stellmacher, Juan Luis Schenone, Mario H. Sclavi, Mateo Servente, Jaime Silberay, Adrián A. Sánchez, José María Salvarredi, Antonio T. Tepatti, Jorge Duncan Wilson

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR





RUFINO. — Dos vistas de la gran manifestación pública realizada con todo entusiasmo en honor de los aviadores españoles, tripulantes del "Plus Ultra", en la cual tomaron parte numerosas asociaciones españolas e italianas y diversos clubs locales.



Un grupo de señoritas de la sociedad rufinense, saliendo del tedéum oficiado en la iglesia parroquial, en acción de gracias por la feliz travesía del "Plus Ultra".



Durante el lunch servido en el Club Español en honor del aviador comandante Franco y de sus acompañantes en el gran raid aéreo.



SAN JUSTO (SANTA FE). — Un rincón del jardín "El Retiro", lugar interesante y pintoresco, que es muy concurrido por el elemento femenino.



Las modernas armas de la paz, en plena actividad recolectora de la cosecha.

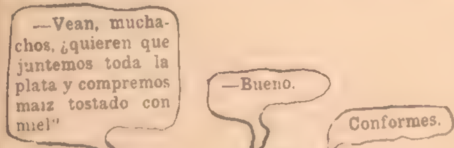


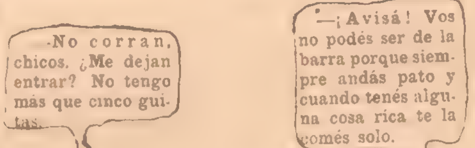


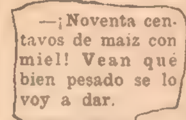
CARLOS TEJEDOR. — Un hermoso detalle de la plaza principal y el monumento del doctor Carlos Tejedor, erigido en la misma.

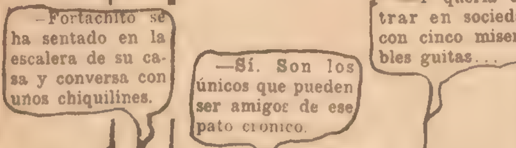
Fots. Della Mattia, Ben y Castiñeira.

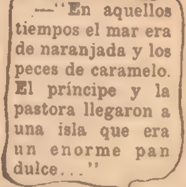
PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí

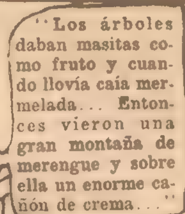


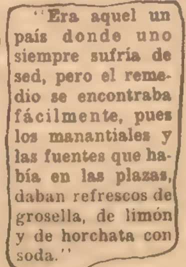


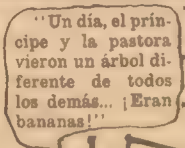


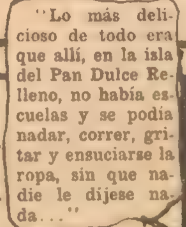


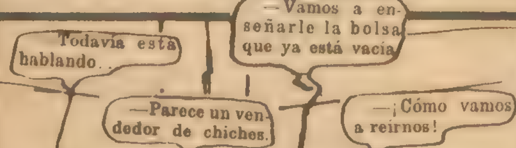


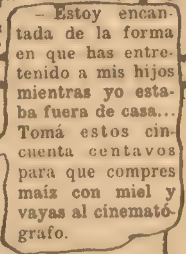
















Por qué Basilio mató un fraile

Por JAVIER DE VIANA

Al sentir la detonación del escopetazo y ver caer del caballo al padre Jacinto con la cabeza deshecha, Alfonso, horrorizado, taloneó al matungo, le aflojó la rienda, cruzó a galope el vado, y siguió a escape por el camino real, sin dirección y sin propósito.

Iba huyendo, simplemente. Iba huyendo de la espantosa escena presenciada. En los tres años que llevaba al servicio del padre Jacinto, había tenido oportunidad de ver muchos muertos, y, hasta de ver morir; pero nunca había visto matar a nadie.

Al pasar, disparando por frente a la comisaría rural, un milico que lo vió y que supuso iba con el caballo desbocado, montó, salió a su encuentro y lo detuvo.

El chico sintió crecer su espanto, porque para la mentalidad objetivadora de las sencillas almas campesinas, un crimen es un triángulo con tres vértices igualmente aguzados y peligrosos: el delincuente, la policía y el juez.

La turbación del muchacho infundió sospechas. Se le sometió a un interrogatorio y él respondió contando lo que sabía y había visto. Su declaración decía textualmente así:

"El jueves cinco salimos de la villa San Pedro, el padre Jacinto y yo para hacer una jira por la campaña. El padre Jacinto era un cura jovencito, recientemente nombrado teniente en la parroquia. Parecía muy pobre, y el párroco, que era viejo y achacoso, le cedió la oportunidad de ganarse muchos pesos, casando y cristianando en excursión campera.

"Habían andado ocho días con resultado bastante halagüeño. Realizaron muchos casamientos y la mar de bautizos, lo que importó una buena suma de dinero y con muy escasos gastos, porque el alojamiento siempre era gratuito y aún no se había consumido una tercera parte de la damajuana de agua bendita que Alfonso llenó en la cachumba del fondo de la iglesia.

El negocio iba muy bien. El padre Jacinto estaba contentísimo. Tanto, que habiendo encontrado en el camino un buhonero árabe, le compró el mejor par de caravanas que llevaba, sin duda para ofrendárselas, a la vuelta, a María Santísima, u otra tan virgen como María.

"Todo marchaba muy bien, cuando en el caer de la tarde, iban acercándose a un arroyito, traspuesto el cual, y andadas un par de leguas, debían llegar a la estancia de un viejo muy viejo, muy pecador y muy miedoso, candidato seguro, por esas tres circunstancias, a recompensar generosamente la acción purificadora del joven y santo varón, que iba por los campos con la sagrada encomienda de desinfectar las almas contaminadas con el pecado ambiente.

"Iban ya llegando al arroyo, cuando un hombre que estaba sentado bajo un tala, con una escopeta en la mano y al parecer abstraído en la contemplación del pajonal inmediato, levantó bruscamente la cabeza, se echó el arma a la cara e hizo fuego."

El comisario y su escribiente se miraron.

¿Sería Basilio?

—¿Cómo era el hombre de la escopeta?—preguntó el comisario.

—No sé—respondió el chico.

—¿Huyó después del crimen?

—No sé tampoco.

Mientras Alfonso quedaba preventivamente detenido, el comisario mandó al sargento y dos soldados con orden de aprehender a Basilio.

Este no opuso la menor resistencia.

Esa noche durmió tranquilamente en el calabozo y con la misma tranquilidad se presentó al otro día ante el comisario, quien, conociéndolo de largo tiempo atrás, sabiendo que era un mozo bueno, muy trabajador, muy retraído, se asombraba de que hubiese cometido aquel crimen alevoso. Es más, se resistía a creer en su culpabilidad. Por esa razón, empezó a interrogarlo bondadosamente.

—El sargento me dijo que vos te habías confesado autor de la muerte del padre Jacinto, ¿es verdad?

—Es verdá, sí señor—respondió Basilio con la mayor calma del mundo.

—¿Qué te había hecho?

—Nada.

—¿Lo conocías?

—No.

—¿Por qué lo mataste, entonces?

—Porque era fraile.

El comisario López, paisano vivaracho, que había visto mucho en sus cincuenta años de vida, que conocía uno por uno a los hombres del pago, se quedó observando atentamente al criminal. ¿Qué misterio entrañaba aquel crimen inexplicable?

Basilio era un excelente muchacho. A la muerte de su padre había heredado la pequeña propiedad, un campito, una majadita de ovejas, unos matungos, cuatro yuntas de bueyes y unas pocas lecheras. Vivía solo. Solo cuidaba su hacienda, solo labraba su chacra. Muy rara vez se le veía en la pulpería; no iba nunca a carreras ni a bailes. No se le conocían vicios, ni amigos. Tenía fama comarcana de trabajador y honesto...

—Amigo Basilio—insistió afectuosamente el comisario,—hábleme con franqueza. Yo lo estimo y trataré de ayudarlo en lo posible... Usted es un vecino serio, un hombre juicioso y algún motivo debe haber tenido para cometer ese delito... ¿Por qué mató al padre Jacinto?

—Ya dije: porque era fraile.

—¿Usté enemigo de la religión?

—¿Yo?... ¡No!... Hay unos que creen, hay otros que no creen: pa mí es lo mesmo.

—¿Pero usted no cré?

—¿Yo?... ¡No sé!... ¡Qué vi'a saber yo, que soy un bruto!...

—Pero les tiene odio a los frailes.

—¡Ah! ¡Eso sí!

—¿Por qué?...

Basilio se rascó la cabeza. Luego dijo:

—Vea, comisario. Yo ya voy diendo pa viejo. Dende muchacho he trabajao y he visto que tuitos los hombres honraos y tuitos los animales buenos, trabajan pa ganar lo que comen... Cuando yo era tuavía un mocoso, mi padre me dió una soba'e lazo sin razón, y yo me juí de casa... Anduve rodando y al fin cái al pueblo y me conchabé con el cura... Eramos dos muchachos y nos tenía dende el amanecer trabajando en la quinta... Nunca nos pagó nada. La comida, y gracias. Y eso, escasa, porque toda la comida era poca para él, y a cada rato nos retaba y nos pegaba.

El no hacía nada y no le faltaba nada. Los ricos le mandaban postres. Los pobres, si cuadra, se quedaban sin comer pa traile una gallina o una docena de güevos...; pero si venían a pedirle que dijese una misa por el alma de un finao, no había caso sin pintar la moneda.

Don Antonio—se llamaba don Antonio el fraile—se murió de una indigestión. Vino otro, don Jenaro, y era lo mesmo. A ese lo sacaron porque hizo unas cosas fieras, y dispués, trujeron un viejo gordo que no hacía más que comer, chupar vino y dormir... Yo me cansé y me juí... Anduve rodando, trabajando y cuando murió el finao mi padre y me tocó el campito, me vine a trabajar, a cuidar los animales, a sembrar la chacra...

Basilio se interrumpió, quedó un momento pensativo, y luego prosiguió:

—Yo les tenía muchísima rabia a las cotorras que me comían el maíz, y a los zorros que me mataban los corderos... Les tenía rabia, no tanto por el mal que me hacían, sino porque son unos haraganes inservibles que viven del trabajo ajeno... Ayer de mañana encontré que los zorros me habían muerto cinco corderitos... De tardecita cargué la escopeta y los juí a aguatiar en la orilla el pajonal... A la cuenta me olieron, porque no salía ninguno del escondite. Llevaba dos horas perdidas allí, dos horas que me hacían falta pa desgranar unas fanegas de maíz... ¡Y eso hizo que se m'empreñase la rabia!... No aparecía ningún zorro... En eso pasó un fraile y le prendí juego!...

Basilio escupió, dió vueltas al sombrero entre sus dedos callosos y, mirando al comisario con sus grandes ojos serenos, concluyó:

—Jué asina no más que maté el fraile.








Predicciones de un faquir

La desaparición de la Gran Bretaña

El mundo de la gente que cree en la eficacia de las ciencias ocultas está de enhorabuena. Se le ha deparado materia para comentar en gran escala con las revelaciones maravillosas del gran faquir Frakya-Khan. Este vidente, o previdente, o mago, o como se le quiera llamar, viene lanzando hace algunas semanas profecías y más profecías de un orden jeremíaco que harían espantar al propio autor de los trenos.

Ha pronosticado ya la desaparición de Francia, en cuya capital tiene instaladas sus retortas y desde donde habla al mundo de los ingenuos y de los curiosos.

Ahora predica la total ruina de la Gran Bretaña.

Veamos cómo cuenta los términos en que el faquir hizo la predicción a un cronista parisién, que le viene visitando para informar a los lectores de su revista.

"El faquir Fhakya-Khan nos acogió amablemente. Se hallaba vestido con una bata amplia, con copiosos bordados de oro. Sus dedos relumbraban cuajados de pedrería magnífica de diferentes colores. Nos hizo entrar en un salón contiguo a su laboratorio. Tomó la palabra y dijo:

—No les sorprenda el cambio de "toilette", ni les parezca un lujo frívolo. Sigo en estos instantes la huella de unos descubrimientos maravillosos. Estudio, en particular, las reacciones de la vida bajo la influencia de ciertos metales y de ciertas gemas. Creo que voy a poder demostrar bien pronto que las propiedades atribuídas por la tradición a las piedras preciosas no son tan quiméricas como se cree. Más bien son mal interpretadas. Para librarme de sus efluvios es para lo que me he revestido de esta túnica y ceñido estas alhajas. Una y otras están sabiamente combinadas y se neutralizan. Pero más tarde habrá ocasión de hablar de todo esto. Ahora habéis venido para otra cosa, y yo no quiero haceros perder el tiempo. Seguidme.

Ya en el laboratorio, el faquir se acostó sobre su mesa de operaciones y entró en estado de catalepsia. Con una voz lejana, como si nos hablara desde las brumas del porvenir, pausadamente, comenzó así:

"15 de mayo de 1926. Es de noche. ¡Qué tempestad en el mar de Boulogne! Las olas se revuelven con tanto ímpetu como en las más terribles mareas equinocciales. Pero, ¡quién ha de asombrarse ahora! Desde la terrible sacudida que destruyó a París, las estaciones, las mareas se han trastornado. Sólo el curso de las estrellas permanece inmutable. Y esta noche hace casi frío. Para que la tempestad sea más horrorosa, el cielo está completamente obscuro. Sin embargo, el bajel que va a partir para Folkestone no atiende más que a su consigna. Debe partir a su hora, y partirá."

Y al mismo tiempo que el faquir hablaba, proyectábanse sobre una pantalla las imágenes de su pensamiento. Un muelle batido por las olas, algunos pasajeros subiendo a bordo. Marineros que van y vienen por la cubierta, el timonel en su puesto, y arriba, sobre el puente, el capitán, inmóvil, con aire de gravedad. Suena la campana la hora de la partida. La ciudad desaparece bien pronto a los ojos de los pasajeros, borrada por la noche y las brumas.

Ya se ve el barco solo entre cielo y agua, ambos desencadenados. Sin embargo, se sostiene y va navegando. Salta y baila entre las olas como una cáscara de nuez, pero no se aparta de su ruta. Dentro de algunas horas tocará la Gran Bretaña.

La vista reflejada en la pantalla es impresionante. Sólo se ve la proa de barco y las olas furiosas que intentan tomarlo al asalto.

Esta visión dura unos quince minutos. Después, el faquir toma de nuevo la palabra:

"Hace una hora que el bajel ha debido llegar al puerto, y el capitán no oculta su inquietud. ¿Qué extraño fenómeno ocurre? El estado mayor de los marinos está reunido en conciliábulo. Una orden ha sido dada al timonel."

—Puesto que no sabemos dónde nos encontramos, lo mejor es avanzar en línea recta.

Poco a poco la tempestad se calma, pero la noche permanece trágicamente negra.

Por fin, amanece.

—¡Tierra!—exclaman los pasajeros.

El capitán mira, atentamente, hacia ella y palidece.

—Yo no conozco esta costa—dice al timonel.—Esto no es la Gran Bretaña.

—No, ciertamente.

Un puerto triste y sucio. La gente que hay en él, como enloquecida, va de un lado a otro.

¿Qué es lo que ha sucedido? Durante toda la noche se han oído ruidos espantosos. ¿Dónde nos hallamos?

Las caras de los marineros reflejan el temor. El capitán parece loco.

—¿Qué es esto? Hemos debido tropezar con Inglaterra. Hemos pasado por encima de ella, sin duda. ¡Inglaterra no existe ya!

Un nuevo silencio, durante el cual cada uno escucha los latidos de su corazón.

El bajel ha llegado a Cork.

Fabulosas visiones pasan entonces sobre la pantalla. Algunas igualan en majestad salvaje a los frescos de Miguel Angel. La tierra inglesa, en completo desorden, como si sobre ella hubiera pasado un cataclismo. Los edificios, hundidos; el suelo, revuelto. El Támesis, transformado en un brazo de mar, en un golfo, confundido con la Mancha. De Londres, ni vestigios.

Los habitantes son despertados en pleno sueño, pero el agua invade las casas tan prontamente que les es imposible huir, y perecen por millares.

Escocia ha resistido dos horas más, pero también es barrida por las olas. Remolinos fantásticos se producen en el mar.

Irlanda misma no puede sustraerse a la embestida de las aguas. El Ulster ha sufrido la suerte espantable de Inglaterra, y sólo el Sur de la isla ha resistido a la tempestad sísmica.

Pero después de un cuarto de hora de visiones formidables, el faquir sale de su inacción.

Habla ahora conmovido. La fatiga le invade visiblemente.

—¡El terror en el mundo entero! ¡Las noticias telegráficas bruscamente interrumpidas! ¡La tempestad llega hasta el Océano Indico! Una inmensa, indefinible angustia sobrecoge a la Humanidad. Y luego...

Un nuevo silencio. La pantalla se obscurece. Después, poco a poco, se vislumbran unos puntos brillantes. Van precisándose estos puntos. Son aviones. Caen a tierra como hojas muertas. Algunos son arrastrados por la tempestad. Seis de ellos logran escapar. Aterrizan sobre las costas de Francia. Los ojos de los pilotos se agrandan por el terror. Oigamos a uno de ellos:

—Somos los restos de una escuadrilla del ejército inglés. Esta noche nos remontamos a gran altura y hemos sido testigos del más terrible espectáculo que pueda imaginarse. Sólo doce hombres hemos podido sobrevivir al cataclismo.

Pero dejemos transcurrir algunas semanas. Demos la vuelta al mundo.

Con rapidez extraordinaria aparecen nuevas visiones sobre la pantalla.

He aquí la India. La India, con sus palacios fabulosos, sus templos, sus multitudes inmensas. Algunos puñados de europeos luchan contra una turba que crece sin cesar. Los cabecillas populares predican en las encrucijadas. La revolución es general, y triunfa al cabo.

Así en Egipto, en Canadá, en Australia, en Nueva Zelandia. Se comprenden las escenas de terror en estos pueblos sometidos tan largo tiempo al yugo inglés al recuperar su independencia.

La voz del faquir, conmovida, pero reflejando una secreta satisfacción, murmura:

—¡Cartago! ¡Gran Bretaña! Dos nadas en adelante.

Luego, el faquir se despertó bruscamente. Parecía extremadamente nervioso, fatigado. Los visitantes nos encontrábamos asimismo cansados por el cúmulo de sensaciones experimentadas durante la revelación de catástrofes. Así, pues, le abandonamos.

Aún le oímos murmurar, medio en sueños:

—Pero, de pronto..., yo he visto..., sí, yo he visto... ¡Ah!, por fin. Una era feliz... ¡Quién viviera... en esos tiempos maravillosos!...

ROSALES

¡Rosales, rosales...
con las maravillas de mis ideales
rosas triunfadoras,
como las auroras
en el cielo blanco de los madrigales!

¡Rosales, rosales...
con la aristocracia
de tus virginales
rosas en blancura,
como los pañales
en el cuerpo lindo de mi criatura!

Yo adoro tus flores
con todas las ansias de ansiosos amores:
rosas en la cuna
del hijo que duerme respirando albores
debajo la luna!

Repleto el florero
por el jardinero.
Repleta mi vida
por la bienvenida
del hijo bendito que tanto venero!

Rosas en la estancia
fragancia; fragancia
brinda la corona de rosas que ciño
en la hermosa frente de mi noble niño!

¡Rosales, rosales...
flores milagrosas
en mis madrigales!

¡Cuántas mariposas
libando las rosas
de mis ideales!
¡Y con qué ternura van las maternales
manos cariñosas,
a cortar las rosas
triunfales;
para mi florero...
y para la cuna
del hijo primero
aquella más blanca que la blanca luna!

Ricardo M. LLANES.

LA TORTA

Por Guy de MAUPASSANT

Supongamos que se llamaba señora de Anserre, a fin de no descubrir su verdadero nombre. Era uno de esos cometas parisienses que dejan como una cola de fuego detrás de ellos. Componía versos y novelas; tenía el corazón poético y era maravillosamente linda. Recibía a poca gente, tan sólo a aquellos fuera del nivel común y a quienes se conoce generalmente como príncipes de alguna cosa. Ser recibido en su casa constituía un título, un verdadero título de inteligencia; al menos se apreciaban así sus invitaciones.

Su marido desempeñaba el papel de satélite obscuro. Ser esposo de un astro no es cosa fácil. Este, sin embargo, había tenido la notable idea de crear un Estado dentro del Estado, de poseer su mérito propio, mérito de segundo orden, es verdad; pero, en fin, de tal manera, los días en que su mujer recibía, él recibía también. Tenía su público especial, que lo apreciaba, lo escuchaba y le prestaba más atención que a su brillante compañera.

Se había dedicado a la agricultura, a la agricultura de cámara (¿no lo hacen también esos funcionarios que viven y mueren sobre los mullidos sillones del ministerio?). Hay asimismo generales de cámara, colonizadores de cámara, etc., etc. Había, pues, estudiado agricultura, pero profundamente, en sus relaciones con las otras ciencias, con la economía política, con las artes. En suma, se le consideraba lo que se llama "un hombre preparado". Se le citaba en las revistas técnicas, y su mujer consiguió que se le nombrara miembro de una comisión del ministerio de agricultura.

Esta gloria modesta le bastaba.

Con pretexto de disminuir los gastos, él invitaba a sus amigos el día en que su mujer recibía a los suyos, de suerte que se mezclaban o, antes bien, se formaban dos grupos. La señora con su escolta de artistas, académicos, ministros, ocupaba una especie de galería, amueblada y decorada a estilo Imperio. El marido se retiraba generalmente con los cultivadores, a una pieza vecina, que les servía de salón de fumar, y que la señora Anserre llamaba irónicamente el Salón de la Agricultura.

Los dos campos se hallaban bien separados. El marido, sin celos por lo demás, solía penetrar algunas veces en la Academia y cambiar apretones de manos; pero la Academia desdeñaba infinitamente el salón de la Agricultura, y era raro que alguno de los príncipes de la ciencia o del pensamiento, se mezclara a los agricultores.

Esas recepciones se hacían sin gastos; un te, una torta, era todo.

El marido, en los primeros tiempos, reclamó dos tortas, una para la Academia y la otra para los agricultores; pero la señora, habiendo justamente observado que tal manera de obrar parecería indicar dos campos, dos recepciones, dos partidos, se opuso terminantemente. El marido no insistió, de modo que no se servía sino una torta, con la cual la señora Anserre honraba desde luego a la Academia, pasando en seguida al salón de la Agricultura.

Esta torta fué bien pronto para la Academia un motivo de observación de los más curiosos. La señora jamás la cortaba ella misma. Tal menester correspondía siempre a uno u otro de los ilustres invitados. Dicha función particular, especialmente honrosa y deseada, duraba más o menos tres meses para cada uno, raramente más largo tiempo; y se observó que el privilegio de "cortar la torta", parecía involucrar gran número de otras superioridades, una suerte de realeza, o mejor dicho, de subrealeza muy acentuada.

El "cortador reinante" gozaba del privilegio de hablar en voz alta, con tono firme de mando, y todos los favores de la dueña de casa eran para él.

Se le llamaba a esos felices, en la intimidad, a media voz, detrás de las puertas, los "favoritos de la torta", y cada cambio de favorito provocaba en la Academia una especie de revolución. El cuchillo era un cetro, la torta, un emblema; se felicitaba a los elegidos. Los "cultivadores" jamás cortaban la torta. El marido mismo estaba siempre excluído, bien que comiera su parte.

Tal estado de cosas duró mucho tiempo, mucho tiempo; pero los cometas no brillan siempre con el mismo fulgor. Todo envejece en este mundo. Se hubiera dicho que el entusiasmo de los cortadores se debilitaba; parecían dudar, a veces, cuando se les tendía el plato. Este cargo, antes tan envidiado, era menos solicitado; se le conservaba por menos tiempo; los favorecidos parecían sentirse menos orgullosos. La señora de Anserre prodigaba las sonrisas y las amabilidades; pero, ¡ay!, ya no se cortaba la torta con tan buena voluntad. Los recién venidos parecían rehusarse. Los antiguos favoritos reaparecían como príncipes destronados, substituídos por un instante en el poder. Después los elegidos eran raros, muy raros. Durante un mes, ¡oh, prodigio!, el señor Anserre abrió la torta; luego tomó aire de cansancio, y se vió un día a la señora de Anserre, a la bella señora de Anserre, cortar ella misma la pasta. Pero esto parecía fastidiarla mucho, y al otro día tanto insistió con un invitado que éste no osó rehusar.

El símbolo era demasiado conocido, sin embargo; los presuntos convidados hablaban de eso con cara de susto, ansiosamente. Cortar la torta no era nada; pero los privilegios a los cuales este placer había dado siempre derecho, espantaban al presente; también desde que aparecía la bandeja, los académicos pasaban en tropel al Salón de la Agricultura, como para ponerse al abrigo, detrás del esposo, que sonreía sin cesar. Y cuando la señora de Anserre, anhelante, aparecía en la puerta con la bandeja en una mano y el cuchillo en la otra, todos parecían enfilarse alrededor de su marido, como para pedirle protección.

Pasaron más años todavía. Nadie la cortaba ya; pero a consecuencia de una vieja costumbre inveterada, aquella a quien se llamaba siempre galantemente la "bella señora de Anserre", buscaba con la vista, a cada "soirée", a un devoto que tomara el cuchillo, y todas las veces se producía el mismo movimiento alrededor de ella: una fuga general, hábil, llena de maniobras combinadas y sabias, para evitar el ofrecimiento que le subía a los labios.

He aquí que una tarde se presentó en su casa un jovencito, inocente e ignorante. No conocía el misterio de la torta, de modo que, cuando apareció ésta, cuando todos huían, cuando la señora tomó de manos del criado la bandeja y el cuchillo, él permaneció tranquilamente a su lado. Ella creyó quizá que él sabía, pues sonrió y con voz emocionada:

—¿Sería usted tan amable que me cortara esta torta?

El se apresuró; quitóse los guantes, maravillado por el honor.

—Pero, ¿cómo no, señora? Con el mayor placer.

A lo lejos, en los rincones de la galería, en el marco de la puerta abierta sobre el salón de los "cultivadores", cabezas estupefactas miraban. Después, cuando se vió que el recién venido cortaba sin vacilación, se acercaron vivamente.

Un viejo poeta, bromeando, golpeó sobre el hombro al neófito:

—¡Bravo, muchacho! — le dijo al oído.

Todos lo contemplaban curiosamente. El esposo mismo pareció sorprendido. En cuanto al muchacho, éste se admiraba de la consideración que se le mostraba, y no comprendía las atenciones de que era objeto, el favor evidente y la especie de mudo reconocimiento que le testimoniaba la dueña de casa. Sin embargo, pareció al fin comprender.

¿En qué momento, en qué lugar le fué hecha la revelación? Se ignora; pero cuando reapareció a la "soirée" siguiente, tenía aspecto de hallarse preocupado, casi vergonzoso, y miraba con inquietud a su alrededor. Llegó la hora del te. El criado apareció. La señora de Anserre, sonriente, tomó la bandeja, buscó con los ojos a su joven amigo; pero éste había huído tan rápidamente que ya no estaba allí. Entonces ella partió en su persecución y lo encontró pronto bien al fondo del salón de los "cultivadores". Tomado del brazo del marido, el muchacho le consultaba con angustia sobre los medios empleados para la destrucción de la langosta.

—Querido señor—le dijo ella,—¿quisiera usted ser tan amable que me partiera esta torta?

El enrojeció hasta las orejas, balbuceó, perdió la cabeza. Entonces el señor Anserre tuvo piedad, y dando vuelta hacia su mujer:

—¿Serías tan amable que no nos molestara? Estamos conversando sobre agricultura. Haz cortar por Bautista tu torta.

Y nadie, desde entonces, cortó la torta de la señora Anserre.

LA "PAPILLOMA"

Entre la gente alegre y bulliciosa que frecuenta los "dancings" en París, ha producido gran impresión el descubrimiento hecho por el doctor norteamericano Edwin Craw.

El doctor Craw, miembro del Colegio de Quiropedia de California, ha descubierto una nueva enfermedad, la "papilloma", que ataca a los negros que se entregan al baile llamado "charleston".

Los síntomas principales de esta enfermedad son una extraña dureza en la planta de los pies, una sensación de irritación irresistible y una tendencia natural a no andar más que en coche.

Como el "charleston" se ha puesto de moda en París, no es extraño que la noticia haya producido gran impresión entre los cultivadores del popular baile negro.

El profesor Paul Reymond, presidente de la Asociación de Maestros de Baile y primer bailarín de la Opera, se ha apresurado, por fortuna, a emitir una opinión optimista acerca de los peligros del citado baile.

"Es cierto — ha dicho — que el "charleston", bailado a usanza de la tradición negra, obliga a movimientos del pie, cuyo carácter acrobático puede causar alteraciones en las epidermis sensibles. Pero en París puede bailarse sin riesgo alguno, porque de la danza negra se ha hecho una especie de adaptación que evita los arriesgados movimientos que realizan los bailarines de color. En realidad, el "charleston" que bailan los blancos es una especie de "fox-trot" inofensivo y delicado."

Añade el profesor Reymond que los que ejecuten el "charleston" con un calzado especial, lejos de sentirse atacados por la "papilloma" y padecer de los pies, verán robustecer sus tobillos, engrosar sus pantorrillas y adquirir sus piernas proporciones armoniosas.

Frente al enigma supremo

Más allá de la tumba

Desde el instante en que apareció el hombre sobre la tierra, uno de los misterios que más lo ha intrigado es el que se refiere a la muerte. Según los científicos, millones de siglos han pasado, y durante esos consecutivos millones de años, este pobre pigmeo a quien se llama el rey de la creación, jamás ha dejado de luchar por descifrar esa terrible interrogación que se esconde tras la lápida del sepulcro.

Nuestra civilización moderna, tan ansiosa de rasgar el velo que nos oculta tanto misterio como nos rodea, no podía contemplar con indiferencia asunto de tan trascendental importancia. Y verdaderas religiones dedicadas a descubrir la tétrica incógnita que guarda la muerte, han sido fundadas dentro del seno de otras religiones más o menos extendidas e importantes.

La personalidad del afamado astrónomo francés Camilo Flammarión, es demasiado conocida para que intentemos insistir en ella. Flammarión, que falleció recientemente, había escrito como obra póstuma un libro sobre el impresionante tema de que venimos tratando. Dicho libro no ha sido aún publicado. Pero trozos de él ya son conocidos, por haberlos insertado en sus columnas varias revistas y diarios europeos. En las publicaciones hechas, figuran declaraciones de personas de refinada educación y alta condición social e individuos, por consiguiente, difíciles de caer en engaño por ignorancia o trucos ingeniosos.

Figura también la honorable Lady Temison, dama de la más alta aristocracia inglesa y persona muy versada en estos asuntos, por haberse dedicado durante muchos años a ellos, en compañía de su esposo que ha desempeñado puestos de gran importancia en la administración inglesa. La experiencia adquirida es valiosa, y las pruebas que ofrece son tan convincentes, en algunos casos, que no pueden menos que producir en el escuchante una verdadera sensación de anonadamiento.

Y mientras que llega a manos del librero, este libro que seguramente será sensacional para creyentes y profanos, vamos anticipar a nuestros lectores el relato de algunos casos más impresionantes y comprobados como de una veracidad meridiana.

El caso del doctor Sirchia

Palermo, invierno de 1923. — Los doctores Benjamín Sirchia y Vicente Caltagirone, además de ser dos de los más brillantes facultativos de la bella ciudad italiana, eran íntimos amigos. Sirchia era un viejo patriota de los días garibaldinos, y por esto, su popularidad en el lugar era completa. Sus cualidades morales y cívicas eran intachables; pero, en otro campo, era un incrédulo convencido.

Un día, en el curso de la conversación, sobrevino el tema de los fenómenos síquicos. A pesar de ser médico— y los médicos en estas cosas tienen bastante experiencia — negó todo hecho real, atribuyéndolo a interpretaciones preconcebidas. Caltagirone rebatió sus argumentos, mostrándole dos o tres sucesos reales que le habían acontecido en el curso de su profesión; pero Sirchia rió con toda gana, diciendo al fin:

—Vea, amigo y compañero. Estoy viejo y, por consiguiente, bastante cercano a la tumba, siendo probable que yo preceda a usted en este último viaje. Si parto primero, vendré a darle una prueba material de la supervivencia después de la muerte.

—Está bien — respondió el doctor Caltagirone.—Y como usted me ha prometido una prueba material, yo quiero la más material posible. Por ejemplo, usted romperá alguna cosa. Podemos escogerla ahora mismo. Si a usted le parece, en el momento de la muerte, el que muera, romperá la pantalla de la lámpara del comedor, de aquel que quede vivo, y si es posible, se manifestará en alguna forma material, además del hecho material de la rotura de la pantalla.

—¿Se manifestará en alguna forma material, ha dicho usted?—replicó Sirchia.— ¿En la forma de fantasma, por ejemplo?

—¡Aceptado, doctor!—respondió Caltagirone.

Y de esta manera fué como quedó cerrado el macabro trato. Esto aconteció en los primeros días de diciembre.

Por supuesto que todo esto no pasó de la esfera de una conversación jocosa, cuyo epílogo lo subrayamos con una copa de Cinzano añejo. Y pasados cinco minutos del pacto, ninguno de los dos volvió a acordarse más de que había cerrado un convenio tan solemne.

Habían pasado más de dos meses, dice el doctor Caltagirone, cuando una noche, estando con su hermana en el departamento que seguía al comedor, oí un ruido como si fuera a reventar el tubo de la lámpara de la habitación contigua. Me levanté apresuradamente para bajar la llama; pero vi que todo estaba normal. Sin embargo, a los pocos momentos se repitió el ruido; y por más que observé la lámpara no encontré la razón que causaba aquellos sonidos. Este proceso se repitió durante seis días consecutivos. Al séptimo día, habíamos terminado de comer, y ya nos retirábamos al lavabo, cuando oí un ruido tremebundo: acababan de darle un gran porrazo a la pantalla de la lámpara del comedor, y un trozo de ella caía sobre la mesa. Giré sobre los talones y me dispuse a penetrar en la habitación. Pero todos los pelos del cuerpo se me pusieron de punta. Un algo difuso, como una niebla, pero con definida forma humana, estaba allí, con una mano descarnada sobre la rotura de la pantalla. No quiero relatar a ustedes lo que siguió, porque probablemente se me calificaría de pusilánime; pero en el instante preciso de este hecho asombroso, mi estimado amigo y compañero, el viejo incrédulo y patriota, el doctor Sirchia, abandonaba para siempre este valle de dolor."

El caso del teniente Worns

El suceso referente al teniente británico Worns, es un poco más lejano que el del doctor Sirchia, pues acaeció en los días de la última gran ofensiva alemana, que precedió al armisticio.

La señorita Nelly Brandom, sostenía formales y castas relaciones amorosas con el joven Williams Worms, estudiante de ingenieros. Estalló la gran tragedia y el joven alumno corrió a cumplir con su deber en los ensangrentados campos de Europa. Al iniciarse el año 18, ostentaba en la manga de su uniforme las insignias de teniente, ganadas a fuerza de valor y sacrificio. Su noviazgo había quedado truncado por culpa de la maldad de los hombres. Pero, en la primavera del 18, y estando la señorita Nelly en París, obtuvo permiso para ir a no sólo visitarla, sino para casarse de una vez.

Rodeado de muchachos emocionados y alegres, esperaba en la sacristía del templo el instante de la ceremonia que uniría para siempre sus destinos a los de la mujer seleccionada por su corazón. La niña estaba con el vestido y velo puestos, cuando se presentó el jefe del regimiento a oponerse al matrimonio.

"El teniente, dijo, tiene que partir en este momento a una comisión demasiado peligrosa, pues se ha iniciado una furiosa y desesperada ofensiva. No puedo permitir, señorita, que vaya usted a celebrar sus esponsales, con quien quizá no sea dentro de algunas horas sino un cadáver. Preferible es que quede usted de prometida del mártir, si muere, o de esposa del héroe, si triunfa y regresa."

Y fué imposible, por más esfuerzos que se hicieron, consumar el matrimonio.

"Si muero, dijo el teniente a Nelly, tendrás el aviso porque vendré a darte el beso de despedida." Y se alejó.

Toda la ferocidad almacenada en el alma de los hombres y heredada de su antecesor ancestral, se desbordó sobre los incendiados campos franco-belgas en los días de la última ofensiva. Una semana hacía que se peleaba con furia infernal cuando, a medianoche, la señorita Nelly sintió como si un bulto se le echara encima.

Angustiada abrió los ojos; y ya en pleno dominio de sus facultades, *sintió* claramente que unos labios fríos como el hielo, se pegaban estrechamente a su boca convulsa por el terror, en tanto que algo así como un fantasma, tocado con un velo como de desposada, flotaba sobre la cama. La señorita dió un alarido y quedó desvanecida. La confirmación no se hizo esperar. Dos días después se supo que al lado de las tropas americanas, el teniente había muerto heroica, sonrientemente, defendiendo la bandera de un regimiento alemán, arrebatada por los aliados a éstos, en el curso de una de esas criminales y feroces luchas, tan desgraciadamente usuales en los días de aquella catástrofe que será siempre una vergüenza para la humanidad.

Dos casos más, en otros muchos

Uno de ellos, fué tachado al principio de autosugestión; pero después, esta teoría quedó desechada por pruebas posteriores y evidentes. Un individuo se suicidó. Tenía un protector, que le profesaba un afecto paternal. Y fué tan profunda la huella que dejó en él el trágico fin de su protegido, que por uno de esos misterios impenetrables de nuestra personalidad espiritual, el señor pensó que también debía partir. Meditaba en este asunto; pero firmemente decidido a cumplir su resolución, cuando la aparición del espectro del suicida lo hizo recobrar la razón. Registrando posteriormente la correspondencia del muerto, se encontró una carta en la que prometía a su protector avisarle si era preferible abandonar la vida por su propia voluntad o esperar a que el Hacedor decidiera la fecha de la ausencia eterna de este minúsculo planeta.

Y el segundo caso, es un poco antiguo, pues tiene más de dos siglos. Por intrigas cortesanas y pecados en los que no faltó el concurso de mujeres hermosas, el aristocrático Lord Hovat, trocó los esplendores y comodidades de su alcurnia por el tosco sayal de fraile. Pero la enquina de sus enemigos lo persiguió hasta el claustro, y el que en otros días fuera afortunado galán y poderoso señor, dejó su cabeza bajo el hacha del verdugo.

Desde entonces, en el convento, se han relatado historias sin cuento, relativas a apariciones de Lord Hovat. La Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres tomó recientemente cartas en el asunto para comprobar la veracidad de las leyendas circulantes. Y el prior del convento, las confirmó, aunque sin admitir el más ligero comentario sobre ellas.

"Mi religión, señor, dijo el prior, no admite la teoría de las apariciones ni retorno en forma alguna de los que nos dejaron para siempre. Según la religión, cada cual debe permanecer en el lugar que le marque el Señor. Pero, por otra parte, no puedo mentir, ni puedo negar, que separada y conjuntamente con diferentes miembros de la comunidad, he contemplado en diversas ocasiones algo muy raro, algo así como la forma de un fraile, llevando su propia cabeza en una mano. Yo soy un humilde siervo del Creador, y sin pretender jamás analizar los misterios de que El ha querido rodearnos para convencernos de nuestra pequeñez, no he hecho sino caer de rodillas y entregarme a la oración, cada vez que alguna de estas apariciones ha perturbado la tranquilidad de mi alma y la de los moradores de este convento."

La aviación actual y su porvenir

Para quien quiera darse cuenta de lo que serán las posibilidades de la aviación futura, importa, ante todo, conocer el estado en que ésta se halla actualmente.

El progreso de una ciencia, en una época determinada, debe medirse, no por los resultados más notables que su aplicación haya podido permitir, sino por los resultados prácticos que haya podido ofrecer a la humanidad.

El avión de hoy

En lo que concierne a la ciencia aeronáutica, particularmente, estimamos que debe llamarse "avión de hoy" no al avión de *record*, sino al de servicio normal, constante y rigurosamente práctico para uso de los pasajeros.

Así, pues, a pesar de que la aviación, a la hora actual, haya permitido volar sin escala desde París hasta el Trópico de Cáncer o de una a la otra punta de la América del Norte, el avión de hoy se ha caracterizado por la etapa de explotación normal de 500 kilómetros.

Después de todo, la experiencia, confirmando en esto a la lógica, ha demostrado que la explotación excepcional de hoy será, con toda certeza, el servicio normal de mañana, y que el avión que ha batido el *record* de la distancia engendrará el avión de utilización práctica, como el avión militar ha dado origen a los aviones de servicio corriente en las líneas aéreas y el *salto* reputado fantástico de Bleriot por encima del Canal de la Mancha ha engendrado el servicio comercial regular París-Londres.

Concluyamos, pues, que el avión se caracteriza por la etapa de utilización de 500 kilómetros, sin escala. Esta cifra, a decir verdad, ha sido sobrepujada muchas veces, siempre que quien se propone un vuelo más importante toma, para realizarlo, las disposiciones necesarias.

Y no es menos cierto que esta cifra caracteriza la etapa "comercial" de estos tiempos, ya que ella no es sobrepasada sin detrimento de la comodidad del personal de tripulación, de los viajeros y las mercancías.

El viaje aéreo reducido a etapas de 500 kilómetros no bastaría, ciertamente, a hacer preferir a toda otra forma de transporte el empleo del avión.

Escalas de 500 en 500 kilómetros implican la institución de convenios internacionales, organización de aerodromos y puestos de reparación y abastecimiento cercanos que, teniendo en cuenta el vasto dominio del aire, ponen a los aviones de transporte comercial actuales frente a lo que han de ser en el porvenir, en la misma relación que los ómnibus frente a los grandes expresos internacionales, o mejor, los barcos de cabotaje frente a los paquebotes transatlánticos.

Así, esta primera realización debe ser considerada, como una elemental etapa en el dominio, apenas explorado, de la navegación aérea.

Las cualidades de un avión

El mejoramiento de una aeronave, desde el punto de vista de su utilización corriente, implica la necesidad de realizar un progreso constante en una triple dirección.

La cualidad global de un avión depende, en efecto, de tres cualidades elementales:

1.ª Cualidad constructiva del aparato, del motor y todos sus accesorios.

Esta cualidad depende esencialmente de la naturaleza de los materiales empleados en la construcción de la máquina, cuyo mejoramiento reside principalmente en la disminución de peso de los elementos empleados sin comprometer la solidez del conjunto.

2.ª Cualidades aerodinámicas dependientes de la forma arquitectural del avión y de su centraje.

En este respecto, las ventajas que quieran obtenerse deben basarse en la mayor ligereza del aparato y el perfeccionamiento de sus formas.

3.ª Cualidades aerodinámicas del motor.

Aquí el problema del mejoramiento reside en la buena utilización de la fuerza gastada y en la economía del combustible para obtener esta misma fuerza.

Hacia este triple punto de vista se orientan los estudios y ensayos de los constructores de aeronaves y en ellos reside la evolución de los aparatos, evolución metódica, matemática, por así decirlo, que ya ha conseguido resultados importantes y que puede y debe ser impulsado hasta lograr, sin la intervención de ninguna revolución científica, sin ningún descubrimiento, los resultados que vamos a indicar sumariamente.

La aviación de mañana

La aviación de mañana implicará el paso a la práctica cuotidiana y normal de los resultados ya obtenidos en la construcción de aparatos para los grandes *raids*.

Puede afirmarse de una manera absoluta, que de aquí a dos o tres años los aparatos de servicio corriente serán los de 1.000 a 2.000 CV.

Serán estos aviones de transporte multicolores de cabina suficientemente espaciosa y confortable, que permita a los viajeros permanecer cómodamente diez o más horas en el aire.

Habrán de llevar, en consecuencia, departamentos con sillas y colchonetas para hacer más llevaderos estos trayectos relativamente largos y resistirán un peso de ocho toneladas. El aparato vacío pesará tres toneladas aproximadamente.

La velocidad comercial será de 160 kilómetros por hora, es decir, que su etapa normal será de 1.600 kilómetros, en vez de los 500 de hoy.

Hay que añadir que destinados a atravesar largas distancias sobre el mar, deberán, para prever los peligros de un acuatizaje fortuito, ser anfibios, es decir, capaces de sostenerse sobre la superficie del agua y tomar vuelo desde ella.

Su carga será de una a nueve toneladas, es decir, que podrán fácilmente, y en muy buenas condiciones de *confort*, transportar una docena de pasajeros con un bagaje de alguna consideración, además de la correspondencia y mensajerías.

La aviación del porvenir

Si se nos permite, con un pie en el dominio de la previsión, entrar en el de la fantasía, vamos a hablar del avión del porvenir, ya que éste se derivará de los aviones que actualmente estudian las principales fábricas de construcciones aeronáuticas modernas.

Se trata aquí, no de la explotación de los resultados actualmente alcanzados, sino de la explotación de los resultados a que con toda seguridad esperan llegar los constructores, en un tiempo más o menos próximo, por la simple protección metódica de sus trabajos. La característica de estos aviones del porvenir será el paso de la etapa comercial a 1.600 kilómetros a la de 4.000.

Se trata de un progreso importante, pero, en realidad, menos difícil de salvar que el que separa los primeros grandes *raids* de los primeros ensayos.

Para hacer esta profecía nos basamos en los siguientes predicados:

1.º Desde el punto de vista constructivo se puede ganar todavía mucho en el peso muerto del aparato, no solamente en lo que se refiere a los elementos que entran en la construcción de éste, sino en la ligereza de los metales para el motor.

Ya se han podido construir motores de un peso menor de 900 gramos por caballo y, según todas las probabilidades, se podrán construir por un peso menor de 700.

2.º Desde el punto de vista aerodinámico, en la finura de los aparatos, podrá ganarse todavía mucho también.

3.º En lo que se refiere al punto de vista termodinámico, el empleo combinado del benzol y de la esencia ha permitido ya una mayor comprensión de los motores. El mejoramiento de los ciclos termodinámicos y el aumento del rendimiento mecánico por la disminución del peso de las piezas permitirán un consumo de esencia y de aceite extraordinariamente menor.

Es decir, que se puede esperar un gran progreso en las tres cualidades fundamentales que constituyen un buen avión, progreso que permitirá dar a éste la ligereza y potencia necesaria para asegurar de un modo normal las relaciones regulares entre el antiguo y el nuevo continente.

El avión del porvenir, que implicará una reducción de 33 por 100 sobre la ligereza de los actuales más ligeros, tendrá necesariamente la forma monoplana. Se compondrá de tres cuerpos: el central, conteniendo la maquinaria, pilotaje, etc., y los laterales para las salas de reunión de los pasajeros, comedores y camarotes de lujo.

El peso total será de 55 toneladas, y el peso muerto del aparato de 20 toneladas.

La velocidad comercial de este avión será de 230 kilómetros por hora y su radio de acción pasará de 4.000 kilómetros.

Tales son, sumariamente descritos, los aviones cuya creación representa para los constructores el problema de mañana y cuya utilización práctica y corriente constituye el problema del porvenir.

Si es difícil asignar una fecha a su realización e indicar por qué etapas intermedias se llegará a ella, se puede afirmar que no hay en su concepción nada que sobrepase las vías humanas actuales o pueda considerarse irrealizable en el estado actual de la ciencia.

EL ENCUENTRO

Polito se ha levantado con el corazón alegre y el bolsillo vacío. El inventario de éste ha dado por resultado la existencia de un franco setenta y cinco céntimos. ¿Qué hacer con uno setenta y cinco francos en una época en que el crespón de China vale cuarenta y siete francos y medio el metro?

Pero Polito no se preocupa. El corazón está alegre. ¿Qué hacer con uno setenta y cinco? Como habita en la calle de Mazarino y la distancia es larga, Polito se decide a sacrificar cuarenta y cinco céntimos a cambio de un rinconcito en el Metro y de respirar el aire fétido de un coche ocupado, por un centenar de viajeros.

—¡Caramba! ¡Qué joven tan linda!...

En aquel departamento fétido, ocupado por un centenar de viajeros, sólo la presencia de una persona le interesa, la linda joven que tan grata impresión le ha producido al entrar.

Polito adopta postura y gestos de conquistador. Todo es alegría en aquel ambiente fétido. ¿Qué hará Polito con un franco treinta céntimos que le quedan?

La linda joven se apea. La calle de Mazarino está a dos pasos. Vuelve a la izquierda, luego a la derecha; pasa el puente de las Artes. ¿Adónde irá? Acaso en busca de algún galán afortunado. ¡Qué casualidad! Entra en la calle de Mazarino. Ahora llegará frente al número 40, donde vive Polito, y seguirá su camino. ¿De qué sirve tener el corazón alegre, cuando se tiene el bolsillo vacío?

La joven se acerca al número 40. Se acabó todo. Polito subirá tristemente a su quinto piso.

Pero ¿qué pasa? La joven entra en el número 40 y sube la escalera. Polito la sigue. Su corazón late con violencia. ¿A qué piso irá? Ha llegado al tercer piso y sigue subiendo. El cuarto. El quinto: su piso. ¿Es un sueño? ¿No llama la joven a la puerta de su cuarto? ¡No; no es un sueño! En la escalera el sol entra a raudales y alegra las paredes y las puertas.

Polito se acerca a la linda joven.

—¿Qué desea usted, señorita?

—Venía a buscar a don Hipólito Baylly.

—Soy yo, señorita. ¿Qué desea?

Y en su mirada brilla la esperanza. Su ademán, al presentarse, recuerda los gestos cortesanos de la época de Watteau.

—¡Ah! ¿Es usted? Pues venía de parte de su sastre, el señor Vauflemy, para decirle que si mañana no le paga la factura que debe, vendrá a embargarle el juzgado.

Desaparecen el sol, la esperanza, los gestos versallescos. Sólo quedan el franco con los treinta céntimos...

Marc **DAUBRIVE**.

Después de la gran guerra

La importancia de Mosul y su actual situación política

Como es sabido, el Consejo de la Sociedad de las Naciones, que radica en Ginebra, dió a conocer el 16 de diciembre último su determinación relativa a la provincia de Mosul. Conforme a ese acuerdo, tomado por unanimidad, la provincia entera queda sometida al Irac, a condición de que la Gran Bretaña sostenga allí su protectorado por espacio de un cuarto de siglo y de que, en el transcurso de seis meses, estipule tratados con el Irac que confirmen ese mandato, al que podría renunciar Inglaterra antes de que expirase el período de los veinticinco años si el Irac se encontrase en condiciones de entrar en la Liga como nación autónoma. En cuanto a la frontera, puede modificarse mediante pacto directo entre la Gran Bretaña y Turquía.

Ante el Consejo de la Sociedad se dió lectura de una carta del ministro de Negocios Extranjeros de Turquía, y a la vez principal delegado de su país en Ginebra, carta en la que se sostenía que la Liga de Naciones no podía vulnerar los derechos de Turquía sobre Mosul sin que precediera renuncia de ese país. En nombre del gobierno británico, sir Austen Chamberlain manifestó que estaba dispuesto a tomar en consideración cualquier proposición de Turquía compatible con la posición de Inglaterra como nación protectora, y siempre que la proposición se encaminara a establecer cordiales relaciones. Añadió que el gobierno inglés deseaba seriamente estar en buena armonía con el gabinete turco. Y el secretario de colonias, señor Armesy, que había planteado el caso en Ginebra, agregó lo que sigue: "Hemos tendido la mano a los turcos. Bien conocen ellos nuestro sentir, y así, todo otro impulso de reconciliación debe partir de ellos."

Según el corresponsal en Ginebra de la Agencia Reuter, aunque a los delegados turcos disgustó, como era natural, la decisión de la Liga, supieron acatarla con dignidad y levantado ánimo, y hasta se dió el caso de que el ministro de negocios extranjeros turco, Rusdhi Bey, antes de su salida de Ginebra, pronunciara estas palabras: "Nuestras relaciones con Inglaterra seguirán siendo amistosas."

El 17 de diciembre, el señor Baldwin dió lectura, en la Cámara de los Comunes, del texto de la determinación de la Liga de las Naciones.

Con motivo de ese acuerdo, ha aparecido en una publicación inglesa el artículo que fragmentariamente reproducimos:

"Los turcos sentían ardentísimo deseo de recuperar a Mosul, perdida por ellos como resultado directo de la batalla de Shegat, inmediatamente antes del armisticio, y que era la base única del noroeste para llevar a cabo operaciones contra Bagdad y el Irac.

"No es Mosul actualmente una gran ciudad; pero, como la mayoría de los de Mesopotamia, tuvo su época de esplendor y estuvo en su apogeo casi desde el siglo VII al XII, y desde esta época ha estado más o menos estancada. Entre sus 50.000 habitantes, los hay de muchas nacionalidades, y que rinden culto a las más diversas creencias, si bien predominan los cristianos y los judíos. Hay tres obispos católicos, y además al caldeo el jacobita y los delegados apostólicos, además de los representantes de las iglesias orientales. Los israelitas residentes allí son los descendientes de las tribus a las que se condujo cautivas desde Samaria y que no han querido volver a su país de origen, aunque para ello no les ha faltado ocasión. Según parece, ocupan el mismo terreno que hace dos mil quinientos años poblaban sus ascendientes los cautivos. En cuanto a los árabes de Mosul, no son de pura raza, sino que está mezclada con sangre extranjera.

"Generalmente flota sobre la población una cortina de humo procedente de los hornos de cal, no de grandes chimeneas de establecimientos fabriles, y al norte conserva fortificaciones de piedra caliza que están desmoronándose. La tumba de Cassim, el venerado santo local, está socavada por el Tigris.

"Antes de la guerra era proverbial la mala administración de Mosul, y si se ha llegado a afirmar que la suma destinada en Bagdad a atenciones sanitarias no excedía de veinte pesos anuales, bien puede asegurarse que para análogo fin en Mosul no se gastaba al año ni la mencionada cantidad.

En esta ciudad no existía el servicio sanitario, ni los de agua y luz. Cuando los ingleses ocuparon la población, lo primero que tuvieron que hacer, claro está que en defensa propia, fué limpiarla de la inmundicia acumulada en su recinto. Aunque aquella plaza era una de las más importantes para el ejército turco, los caminos que a ella conducían estaban intransitables, y los ingleses se vieron obligados a tender vías metálicas con toda rapidez. Parecía increíble tanto abandono, dada la importancia militar de Mosul, la mejor de cuyas calles era comparable a un cenagal en tiempo lluvioso. Y las demás vías son, por lo general, muy angostas y tortuosas, pero sobre todo tan sumamente estrechas que un ladrón conocedor de la ciudad podría recorrer gran parte de ella saltando de tejado en tejado. La mezquita principal fué en otra época templo cristiano.

"Los consulados se hallan en la parte sur, y esta misma orientación tienen los más modernos edificios. El único puente que en Mosul cruza el Tigris es un puente de barcas que va a unirse a los restos de un antiguo puente de piedra sobre el viejo canal, seco durante la mayor parte del año. En épocas de inundaciones, los turcos desbarataban el puente de barcas y para cruzar de una a otra orilla había que hacerlo en bote.

"Si se hiciera necesario defender Mosul contra una invasión de los kurdos, el río constituiría un factor de gran importancia.

"Al otro lado de la ciudad se extiende el especialmente inhóspito desierto denominado de Chol, con sus árabes no menos inhospitalarios. Por eso la toma de Mosul por el norte o por Poniente no es fácil empresa.

"Aunque Mosul es una ciudad arruinada, sus alrededores por la parte del río son fértiles y podrían proporcionar rendimientos de importancia. El clima es bastante sano.

"Mosul debe su actual importancia a su situación geográfica, porque el dominio de esa plaza implica el de Bagdad, ya que desde aquella población es fácil impedir que la última se abastezca de víveres."

LA CONQUISTA DE ANA

El marqués de Noyant era hombre de edad respetable. Había cumplido los cincuenta, y su poblado bigote cano le daba el aspecto de un coronel de gendarmería. Por lo demás, el mejor hijo del mundo, amante también de la buena carne, del buen vino y de las mujeres. Poseía una gran fortuna, que le permitía satisfacer todos sus deseos, y pasaba por ser uno de los más legítimos representantes de nuestra vieja nobleza francesa.

James Perth era de origen inglés, pero vivía en París desde su infancia, y, sin duda, el aire de la capital había modificado su temperamento atávico, pues este anglosajón tenía todos los gustos de un verdadero francés. También le gustaban las mujeres, el buen vino, la buena carne. Rico como el marqués, llevaba, como aquél, una vida alegre.

El marqués de Noyant y James Perth pertenecían al mismo círculo, en donde se encontraban casi todas las noches. Desde hacía años mantenían relaciones de cordial amistad, y, sin embargo, desde hacía ocho días sentían uno por otro un odio mortal.

Este odio lo había notado todo el mundo, pero nadie podía sospechar la causa. Ambos, contrariando su corrección habitual, se habían entregado a tales violencias de lenguaje y habían lanzado tales juramentos de venganza, que todos temblaban al pensar lo que ocurriría la primera vez que estos hombres se encontrasen frente a frente.

Por fortuna para su dignidad, el encuentro tuvo lugar en un paseo del Bosque, sin testigos. James Perth, al ver al marqués, se abalanzó sobre él y le dijo:

—¡Por fin! ¡Tenía ganas de verle para decirle que lo que usted ha hecho no tiene nombre! ¡Arrebatarme a Ana, la mujer que para mí era todo en el mundo! ¡Arrebatármela de la manera más vil: a fuerza de dinero! ¡Arrebatármela a mí, que soy su amigo de usted! ¡Es vergonzoso!

—Le ruego me perdone—contestó el marqués sin inmutarse.— Cierto que se la he arrebatado, pero no olvide una cosa: que conocía a Ana desde mucho antes que usted. Yo la descubrí cuando vivía en un medio indigno de ella. Yo le hablé a usted el primero, y sólo por los elogios que yo le hice de ella fué por lo que usted se decidió a apropiársela. Usted sabe demasiado que un tesoro pertenece al que lo descubre. Es decir, que Anita era mía, y quien me la robó fué usted. De modo que no he hecho sino recobrar lo mío.

—¡Magnífico razonamiento! Nunca puso Anita los pies en su casa. Se encontraba en la mía. Era toda mi alegría, toda mi dicha. Pensaba tenerla a mi lado toda la vida... ¡Se ha portado usted como un cobarde!

—¡Y usted como un canalla!

Hubo unos segundos de silencio. Después, más correctos, siguieron:

—Creo que después de estas palabras sólo nos queda un camino.

—Entendido; mañana recibirá usted la visita de mis padrinos.

—Y nos batiremos en condiciones graves.

—Comprendido. Pero es necesario que este duelo sirva para algo. Anita será del vencedor.

—Acepto.

Dos días después se verificó el duelo a espada. James Perth resultó herido en el biceps por el arma de su adversario. Lealmente, el herido tendió la mano al marqués y dijo:

—He perdido. Recobre usted a Anita hoy mismo. Pero prométame que de vez en cuando me convidará a comer a su casa para saborear algunos de los platos cuyo secreto sólo posee esa mujer.

Ana no era una linda y frívola muchacha. Obesa, coloradota, con bigote y de edad canónica, Ana era una excelente cocinera, famosa por los manjares que sabía preparar como nadie.

C L A U D E   F R A N M E I L

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	5.00	Semestre	6.00	Semestre	4.00
Año	9.00	Año	11.00	Año	8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Los norteamericanos tienen, o dicen que tienen, la más poderosa locomotora del mundo, el mayor trasatlántico del mundo, la casa más alta del mundo, etc., etc.

Excepcionalmente, el funicular aéreo más elevado del mundo se encuentra en Francia: este funicular permitirá ir de Chamonix a la Punta del Mediodía (3.843 metros de altitud) en media hora.

La línea parte de Peregrinos (1.059 metros), a algunos centenares de metros de Chamonix. Entre los altos pinos que bordean, al Norte, el ventisquero de los Bossons, la línea sube hasta La Para (1.690 metros), donde se encuentra la primera estación. Después, pasando por los clásicos senderos que conducen a los alpinistas al pie del monte Blanco, llega a la segunda parada: Los Glaciares (2.404 metros). De este punto se dirige hacia el "Paso del Mediodía", próximo al Valle Blanco, donde se pueden practicar los deportes de invierno en pleno agosto; y viene, por fin, la Punta del Mediodía, final del recorrido de un acceso hasta ahora muy difícil. Pronto, muy pronto, todo el mundo podrá alcanzar este punto de los Alpes, tan famoso por su panorama, desde donde se abarca el magnífico Paso del Gigante, desde la Torre Redonda hasta el Mar de Hielo, o sea más de 15 kilómetros de longitud. La construcción de este funicular aéreo, comenzada en 1909 e interrumpida por la guerra, fué reanudada en 1923. La primera sección, "Los Peregrinos-La Para", inaugurada en julio de 1924, se halla hoy en plena explotación; el segundo trayecto, "La Para-Los Glaciares", será terminado dentro de unos meses; las otras secciones se verán terminadas... más tarde...

¿Se imagina el lector las dificultades que han tenido que salvar los constructores para poner en pie de obra los elementos del gigantesco ascensor? Fué preciso construir caminos o senderos para que las caballerías pudiesen transportar la madera necesaria para el montaje de un primer funicular, especie de "ascensor de servicio"; después, cuando la pendiente se hizo demasiado rápida, fué a espaldas de fuertes montañeses como hubo que subir el material: piezas metálicas, transformadores, motores eléctricos, y esto sobre un piso de 80 centímetros de nieve. El transporte de los cables fué no menos penoso: una bobina de 1.100 metros, con su carro especial, que representaba, en efecto, una carga de 24 toneladas. Después de haber reforzado los puentes se remolcaron las bobinas con ayuda de dos camiones automóviles hasta la cima de las rampas accesibles a semejante convoy; luego, en las pendientes más acentuadas, hubo que instalar, de trecho en trecho, macizos de mampostería, donde "anclaban" los camiones, cuyo motor, por medio de una cabria, hacía avanzar la bobina. La construcción de esta instalación constituye, como puede suponerse, una de las obras técnicas más atrevidas de estos tiempos, y ha sido dirigida por el ingeniero Mauricio de Blonay.

El sistema teleférico empleado es debido al ingeniero italiano Ceretti.

He aquí, sumariamente descrito, su funcionamiento:

Unas torres metálicas, cuya altura varía de 12 a 33 metros, se elevan entre las estaciones a intervalos irregulares, cuya longitud marca la pendiente del terreno y sus accidentes.

Cuando estas torres se hallan instaladas en las proximidades de los

Dominando las cumbres

Al Monte Blanco en ferrocarril aéreo

sitios por donde suelen bajar los aludes, se refuerza su base con una obra de mampostería de cierta disposición en punta, cuya masa alcanza muchas veces 250 metros cúbicos; de este modo la ola de nieve, roca y tierra será dividida por la arista de esta especie de proa y continuará monte abajo, sin peligro para las torres de acero. Estas torres soportan dos sistemas de cables iguales, que forman las dos vías paralelas de deslizamiento. Cada sistema consta de cuatro cables: el "cable de deslizamiento", de acero, de un diámetro de 64 milímetros, sólidamente prendido en las dos extremidades de cada trayecto, es sobre el que ruedan los carretes que sostienen el vagón; el "cable-tractor", que tira de éste y se une en cada estación a una polea (la polea de la estación superior, que está movida por un motor eléctrico de 100 caballos); el "cable-freno", que normalmente no desempeña ningún papel, pero que puede servir, ya de cable-tractor, ya de cable de deslizamiento, en caso de accidente; y un "cable-guía", finalmente, que mantiene la separación debida entre los vagones ascendentes y descendentes e impide el balanceo de éstos bajo la acción del viento.

Cada vagón es suspendido del cable de deslizamiento por un carrete de ocho ruedas, bajo el cual se halla un "chassis" ligado al cable tractor y que contiene los órganos de frenaje. Diez y ocho viajeros pueden tomar asiento en estas cabinas, que pesan, cargadas, cuatro toneladas, y cuya velocidad puede alcanzar dos metros y medio por segundo.

La estación superior de cada trayecto está enlazada a la estación inferior del trayecto siguiente por un pasaje que une las plataformas de subida y bajada; los viajeros salen del vagón de una sección para subir en el vagón de la otra; sólo algunos minutos transcurren entre la llegada y la partida. De modo que, así que el último trayecto se haya terminado, se podrá ir en menos de media hora de la estación de Los Peregrinos a la del Paso del Mediodía, separadas por 2.500 metros de altura.

En cada estación habrá un hotel: hotel del Paso del Mediodía, hotel de Los Glaciares, etc. Por lo cual será dado a los excursionistas, "de un tirón", llegar a la cumbre del Monte Blanco y volver sin necesidad de haber pasado la noche en albergues poco confortables.

Los héroes de la fantasía

EL CAPITAN NEMO

Una noticia estupenda corre por todo el mundo naval. En distintos mares casi a la vez, tan pronto junto a las costas de Europa como en la inmensidad del Pacífico, se ha visto una cosa inexplicable, un ser extraño que resplandece de noche y sopla como un cetáceo de día, que nada con rapidez vertiginosa y hiende con fuerza terrible las planchas de blindaje de los grandes trasatlánticos. Los marinos, los periodistas y los sabios discuten acaloradamente sobre lo que aquello pueda ser; unos pretenden que se trata de una isla flotante, otros que es un cetáceo de especie desconocida, algunos lo consideran como un pulpo gigantesco, descendiente del legendario Kraken...

Al fin, uno de los naturalistas encargados de determinar la especie a que aquel monstruo extraordinario pertenece, va a parar encima del monstruo mismo, y por suerte o por desgracia penetra dentro de él y ve que el monstruo es de acero y encierra potentes máquinas, porque el cetáceo misterioso, el temible Kraken, no es sino un buque submarino, el submarino del capitán Nemo.

¡El capitán Nemo! ¿Quién que haya leído su historia (y todos la hemos leído alguna vez) no recuerda su figura arrogante, su rostro melancólico a la vez que enérgico, su carácter tan pronto sentimental como terriblemente iracundo? ¿A quién no le trae a la imaginación su nombre negativo brisa marina, y olor de algas, y destellos de noctílucos, y colores encendidos de coral y de actinias, amortiguados por la penumbra verdosa de las grandes profundidades?

Impenetrable, misterioso, como el barco singular en que voluntariamente se ha desterrado, el capitán Nemo es un hombre reñido con los hombres, un ser para quien la vida en tierra firme es imposible e insoportable. El mismo se llama un miembro de la raza de los oprimidos, un habitante del mundo de los muertos. Su pecho encierra un secreto, el recuerdo de un pasado espantoso que quiere olvidar con el espectáculo de la magia sorprendente que oculta al fondo de los mares.

El sabio que ha caído en el submarino como por milagro, no se cuida de averiguar el secreto del extraordinario personaje. Naturalista al fin, le interesan mucho mas las madréporas y las medusas, las anémonas de mar y los pulpos, los escualos y los torpedos, los grandes cetáceos y los deformes crustáceos, que pasan ante su vista durante aquel recorrido fantástico de veinte mil leguas por el fondo del mar. Para él, el capitán Nemo no es más que un carcelero; en todo caso, un carcelero atento y educado que le muestra complaciente las mil maravillas que rodean la cárcel, pero un carcelero al fin. Y el sabio, en cuanto puede, burla su vigilancia y huye de la flotante prisión.

Pero no importa. El secreto se resuelve por sí solo allá en el fondo de un volcán apagado de una isla misteriosa. El capitán Nemo, el indio culto, europeizado, a quien los enemigos de su raza arrancaron pedazos del alma en lo que más quería en el mundo, agoniza en su submarino después de haber sepultado a sus hombres, uno a uno, en el poético cementerio de coral. Y al morir, él mismo piensa si no habrá llevado su odio y su venganza demasiado lejos.

Viniendo a cuentas, ¿conocía ya este secreto el novelista cuando creó el tipo del misterioso capitán? ¿Había pensado ya entonces los hechos que habían de justificar su amor al misterio y sus deseos de destrucción y de venganza? Probablemente, no. Por lo menos, la historia del capitán, tal como se cuenta en "La isla misteriosa", no satisface a los que trabaron conocimiento con el héroe en "Veinte mil leguas de viaje submarino". Pero de todas maneras, el capitán Nemo es uno de los más grandes héroes de la fantasía, y al concebir su figura enigmática, Julio Verne creó un genio, que se adelantó a su época en dos cosas que hoy nos parecen casi, casi familiares.

El capitán Nemo es el verdadero inventor del submarino.

El extraño propietario del "Nautilus" es el primer cultivador de esa ciencia que hoy protegen príncipes y sabios y que se llama oceanografía.

La gran Catedral de Nueva York

Las catedrales del mundo antiguo gastaban centurias en su construcción. La de San Juan el Divino, en cambio, se principió en 1892, y si los que están levantando los fondos para su terminación logran ver realizadas sus esperanzas, los millones de personas que la vieron principiar, podrán verla acabada.

Un individuo que la ha visto con el criterio de arquitecto, dice al referirse de manera especial a la nave más alta, que nunca se había concebido ni ejecutado algo igual en América, y que las catedrales de Europa apenas podrían compararse a esta, pero eran incapaces de superarla. En su construcción quisieron tomar parte hombres, mujeres y niños, sin distinción de filiaciones ni credos; de modo que ésta es una casa de oración libre en la cual miles de hombres pueden hincarse a orar.

Es muy satisfactorio el ver cómo todavía llegan ofrendas generosas de miembros de los distintos ritos: protestantes, católicos, judíos y gentiles; de hombres de todas las condiciones: paupérrimos y millonarios; artesanos, obreros, artistas, hombres de negocios y de todas las profesiones.

Hawthorne, en *The Marble Faun*, al describir cierta catedral antigua, la más grande de todas, decía que "era el compendio de cuanto la imaginación podía concebir o el corazón desear como símbolo magnífico y comprensivo de lo que es la fe religiosa." Y pregunta que si la fe que construye un monumento tan majestuoso no debe incluir todo lo que pueda satisfacer la aspiración humana hacia lo más alto. La respuesta afirmativa a esta pregunta es esta gran catedral, cuya terminación en las alturas de Morningside, espera con ansia el pueblo de Nueva York.

Este enorme edificio, dentro de su esbeltez y su elegancia exteriores y su esplendor interno, no será otra cosa que una caja de alabastro llena de precioso ungüento, al mismo tiempo que la expresión de las más altas aspiraciones de la humanidad.

Durante el tiempo de la construcción de las antiguas catedrales, eran ellas los grandes centros de arte y arte, librerías, teatros de ópera de nuestros días, como belleza en toda forma, como lo son boy las galerías de lo di... una vez el arquitecto de esta catedral del Nuevo Mundo:

"No eran ellas lugares únicamente de culto, en esa época en que la religión era lo más importante para hombres, mujeres y niños, y en que el mundo civilizado se cubría con el *manto de armiño de los templos.*"

Al doctor Enrique Feinmann, espíritu brillante ejercitado con igual fortuna en la investigación científica, en el hipocrático arte de vencer al dolor y en el culto fervoroso y desinteresado de las letras.

LAGRIMAS

Por Federico QUEVEDO HIJOSA

Miria Arévalo hizo un mohín picaresco con los pómulos, los labios y el mentón teñidos de colorete, disimulando la duda que la asalta, con el abaniquito de varillas de sándalo que ella usa graciosamente para velar la nerviosa movilidad de la fisonomía, lo mismo en el cosquilleo de la risa que en las punzadas de súbita mortificación, en todas las graduaciones de su emotivo temperamento, instable, rico en matices.

—Eso no se pregunta a ninguna mujer—exclama sonriendo.

—El intervalo largo, este discreto aparte del camarín, la hora en que mirando por el ventanillo de la ciudad dormida y la noche estrellada, nos parece la tierra hundida en las tinieblas del espacio, convidan a la franqueza, bella y amable Miria.

—No..., es que no ha entendido usted. Aun sin hipocresía, abandonados los atavíos del tablado de la farsa, frente a frente dos almas que se atraen y profundizan, repítole que no es posible satisfacer su curiosidad, porque yo misma en lo íntimo de mi conciencia sigo ignorando después de muchos años de separación, si amaba a Marcelo. Vea usted qué rarezas: nunca estuve segura de mis afectos, ni siquiera de mis ideas sobre las cosas grandes y serias de la vida. Me ha acompañado desde pequeña una desazón que no acertaría a explicarme, pero que me hace presentir que detrás de esa otra máscara social existe... Renuncio a traducir en palabras incoloras y torpes como guijarros la eterna ansiedad en que he vivido.

—Con todo, usted, en lugar de darse a la desesperación, imitando al desventurado príncipe de Dinamarca, destácase de la generalidad de sus compañeras de arte por su modo de ser apacible, sencillo, confiado, aunque no espere del arte, según solía decir Florencio Sánchez, ni pan para la vejez ni gloria... Le he oído afirmar en otras entrevistas, hablando de esa idiosincrasia suya, que Marcelo había decidido de su destino. ¿Qué clase de relación hubo, pues, entre usted y él?

—En el segundo intervalo visíteme, que le referiré aquella aventura. El director está llamando a escena con esas palmadas impacientes. Ya preludia la orquesta.

En el escenario todavía, una pregunta:

—¿Quién es ese señor cuadrado, mofletudo, anciano, cargado de chafalonía, que cruza por entre los telones atropellando a los que encuentra delante?

—Es el "caballo blanco"..., el que paga los déficits del "bordereaux". Representa, también, su papel en la compañía.

Apagados los aplausos, Miria vuelve al camarín a caracterizar al personaje que interpretará en el sainete final.

—¿Qué le ha parecido "Más fuerte que el amor"?

Yo llevo el diálogo al tema que me interesa.

—Dejemos la comedia—le contesto; —cuénteme la aventura. Quiero penetrar el secreto de su corazón, después de admirarla exteriormente el espectador, el cronista y el amigo.

Miria Arévalo me relata rápidamente una anécdota de bastidores, en la que intervienen en escabroso "lío" el primer actor, la característica, la dama joven y un partiquín. Miria se ha colocado junto a la mesita convertida en tocador, teniendo en una mano un espejo de níquel, que figura el torso de un fauno, y al alcance de la otra una serie de frascos, cajitas, polveras, tarritos, cisnes, postizos en infinita variedad. Mientras se empolva bañados el rostro y el busto por la intensa luz de la lámpara eléctrica colocada sobre la linda cabeza como un reflector, va ella evocando el pasado, displicente o conmovida, sin que falte el instante de verdadera emoción que pone una pausa en la charla.

—En el mundo libertino de Buenos Aires fuí introducida por mi propio esposo. Se llamaba Lisandro, como el protagonista de "Los muertos". Llegamos de una ciudad del interior, siendo ambos jovencitos y teniendo ansias tremendas de divertirnos.

"Lisandro era un muchacho distinguido. Yo me ilusioné con él sin sospechar que su palidez "romántica", sus ojeras de idealista y su calva incipiente, fueran estigmas de los vicios que le roían hasta la médula. Una vez en la pendiente rodamos cuesta abajo, para dar contra el borde de la acera, mezclados con la resaca de la calle."

—Pero, ¿usted no le amaba?

—Porfiado es usted. ¿No dije que tal pregunta no podía ser contestada? Una noche de carnaval, bailando tangos en el "cabaret", me encontré con Marcelo. Era también éste un bohemio, un "farrista"; pertenecía a familia de grandes industriales porteños y habíase criado en dorada holganza. El champaña "frappe" me hizo daño... Ahora no recuerdo sino vagamente aquel loquero. Me sentía presa de una excitación horrible. Esa noche, juro, hubiese salido como la Minna de Colette Willy, en busca de los apaches, si el "Rizado" no hubiera venido a llevarme en medio del jaleo frenético. El "Rizado" era Marcelo.

—¿A quien tampoco quiso jamás?

—Le ruego que no insista. Me llevó consigo. ¡Un rapto, imagínese! Marcelo estaba encantado de su mujercita. Él seguía con sus costumbres licenciosas fuera de casa, pero en nuestro nido de amor era rendido caballero lamartinesco. Otro hombre. Debajo de la corteza del "bon viveur", descubríase al muchacho bien nacido, leal en la amistad, pundonoroso. Pero los amigos calaveras, el no saber trabajar, el dejarse arrastrar como el camalote por la corriente, manteníanle atado a lo que él tristemente llamaba la "fatalidad". ¿De dónde procedía el dinero que despilfarraba? No lo supe nunca. No quise tampoco averiguarlo. Su vida era misteriosa. El echábase a la calle en procura del sustento diario y no volvía con las manos vacías. Triunfaba, con ser un derrotado sin "levante", en su pintoresco "argot". Dormía de día. Su sueño era intranquilo, agitado. Marcelo despertábase en ocasiones con sobresalto al menor ruido extraño que se percibiese en la vecindad. Así transcurrió un año. En el barrio era yo la "señora" de Marcelo... Cuando él cayó gravemente enfermo, fuimos vendiendo cuanto teníamos, hasta no restar en la pieza a que nos redujéramos, sino el colchón. Hubo días en que carecimos, en absoluto, de todo recurso. ¡Qué negra, qué sórdida, qué espantosa miseria! El, afiebrado, débil, delirando de continuo, sólo tenía momentos de lucidez para suplicarme que no lo asilara en un hospital; que no me ausentara de su lado; que escribiera a los amigos pidiéndoles plata. Me daba el dulce nombre de "mamita". Consumimos el último recurso. Todo se acabó. Todo se agotó. Nos moríamos literalmente de hambre. Estuve a punto de enloquecer. Mas, de pronto, en un impulso heroico, una tarde descendí a la calle—(la frase es de Marcelo)—y troté sin rumbo, al azar, con las manos crispadas, el semblante demudado, un nudo de angustia en la garganta. Me siguieron los "tiburones" unas varias cuadras, otros apenas unos pasos. Cierto señor, que yo había conocido en el "cabaret", me invitó a comer en el "restaurant" de los Lagos de Palermo, poniendo en mis manos al despedirse, discretamente, muy plegadito, hasta parecer una cintita, un billete de cien pesos. Regresé a casa en automóvil. El "chauffeur" frenó en la puerta, haciendo vibrar la bocina; hizo accionar ruidosamente el motor cuyas crepitaciones debieron suscitar la atención del enfermo. Entré en la habitación ni cohibida ni despreocupada, dispuesta a afrontar la situación con el aplomo necesario. Fué como si volcara allí el cuerno de la abundancia. (No sonría usted, porque esto aflige). Encendí luz y al ratito alcancé al pobre Marcelo una taza de caldo, retornando después al lecho con un trozo de pechuga de pollo. Todavía ofreciale yo de postre, una pieza de jalea guayaba. El se hallaba incorporado en el colchón, reposando la maltrecha espalda en las almohadas. Sus ojos quedaron clavados en los míos, cual si los hubiese paralizado la "Intrusa", que rondaba el desvalido jergón. Sus labios secos, ardorosos, sedientos, permanecieron también rígidos. Su faz exangüe, adquirió el tinte lívido del mármol. Marcelo no formuló la interrogación que yo aguardaba anhelante. Lloró..., lloró en silencio, inconsolable, como un mártir, como Jesús en lo alto del madero al flaquearle la entereza; como un habitante de Cartago a la vista de las ruinas de la ciudad amada, como vi llorar a mis padres, abrazados, ante mi hermanita muerta. Yo me precipité en sus brazos abiertos. No me rechazó. Lloramos juntos, sin sollozos, sin convulsiones, desplomados, confundidos. Después comimos, repartiendo con la misma cuchara aquella jalea empapada en lágrimas... Transcurrieron meses, fuimos buenos camaradas, mas no ya dos amantes. El hilito de luz que uniera nuestros corazones se había roto. El dolor moral, tocando nuestras almas, nos redimió. Algún tiempo más tarde volvía Marcelo al seno de su familia, para casarse con una señorita rubia, grácil, inteligente, que tenía algo de la Ofelia del poeta inglés. El disoluto convertíase en jefe de hogar. Yo, apesadumbrada para siempre, como viuda que se desposa con la muerte, ingresé al teatro, para hacer carrera honestamente, en el doble sentido del vocablo, como mujer y como artista. En la hora de soledad o de abatimiento, el vívido recuerdo de las lágrimas de Marcelo, despeja de brumas esta cabecita loca, trayendo a mi mente ese presentimiento a que aludí antes sobre el enigma de nuestro destino...

El traspunte llama a la puerta del camarín: "Señora Arévalo, a escena, que va a levantarse el telón."

LOS JEROGLIFICOS

Esta palabra, que quiere decir grabado sagrado, se aplica, según la Real Academia de la lengua, a la escritura en que, por regla general, no se representan las palabras con signos fonéticos o alfabéticos, sino el significado de las palabras con figuras o símbolos.

Los jeroglíficos según *L'Enciclopédie Française*, consisten en emplear, para expresar palabras, imágenes, cosas y porciones de palabras, o sílabas segregadas. El inglés T. Dyche, en su *Diccionario Universal*, define el jeroglífico "la representación emblemática o enigmática de alguna frase con equívocos de palabras partidas o reunidas, o con dibujos que las figuren". La primera idea acerca de los jeroglíficos fué debida sin contradicción ninguna, a los egipcios, inventores de la escritura jeroglífica. Este hecho resulta de las sabias investigaciones del padre Causin autor de *Symbolica Aegyptiorum Sapientia* (1647, in-4) y de muchos pasajes de una obra curiosa publicada en París en 1595, *Hiero glyphica harapollinis a Davide Hœschelio illustrata*. También pueden hallarse pruebas de lo mismo en los *Hiéroglyphes* de J. P. Valerian, llamado *Pierius*, aumentados con dos libros de *Cælus Curio*, y traducidos al francés por J. de Monlyart (Lyon, 1616, in folio). Observamos asimismo que los jeroglíficos se componen, ya de símbolos, ya del retrato de los objetos mismos, en tanto que otros, basados sobre la analogía de los sonidos, despiertan una idea presentando a la vista diseños que recuerdan el signo vocal. Así que, si bien es cierto que los egipcios pudieron ser los inventores de los jeroglíficos, también lo es que no fijaron positivamente la fórmula de plantearlos. La creación de los jeroglíficos corresponde, de derecho, a los romanos entre los cuales se hallan aún diversas huellas de jeroglíficos. Cicerón, en su dedicatoria a los dioses, escribe sus nombres, *Marcus Tullius*, acompañados de un *garbanzo*, que en latín se dice *cicer*. El primero de los emperadores, sabiendo que *César* quería decir *elefante* en el idioma mauritánico, hizo grabar un elefante en algunas de sus monedas. En el mismo siglo, Lucius Aquilius Florus y Voconius Vitulos, ambos prefectos de la moneda, mandaron grabar en el reverso de ellas una flor, y en otras un becerro. Se representaba a Asinius Pollin, gobernador de la ciudad de Bourges, bajo la figura de un asno en un sillón. ¿Era esto otra cosa que un jeroglífico?

En los manuscritos de la Edad Media no se encuentra huella alguna de los jeroglíficos: el mismo Villon, que *desenmarañó el arte confuso de los antiguos romanceros*, no mezcló ninguno a sus composiciones jocosas. Abelardo, ese ilustre mártir del amor, no nos ha dejado sino opúsculos teológicos y la memoria de sus dolores; empero Pasquier, el erudito autor de las *Recherches de la France*, indica la existencia de los jeroglíficos en el blasón. Así, por ejemplo, el reino de León tenía en sus armas un *león*; Castilla, un *castillo*; Galicia, un *cáliz*.

Los jeroglíficos florecieron en el décimosexto siglo, y entonces fué cuando tomaron el nombre con que los distinguen los franceses. Según el docto Menage, "los eclesiásticos de Picardía escribían todos los años, por el Carnaval, unas sátiras que denominaban *de rebus quæ gerentur*, y que consistían en ciertas agudezas sobre las intrigas y las aventuras acaecidas en las ciudades, y en ellas hacían mucho uso de estas alusiones equívocas". El jeroglífico fué, en efecto, muy cultivado, y con mucho éxito, en Picardía; pero nos hallamos muy lejos de creer que deba a unos folletos su calificación.

En aquella época llegó a ser extremada la manía por los jeroglíficos en las muestras de las tiendas, de las posadas, de las hosterías; en los libros de todo género se veían pulular los jeroglíficos, más o menos ingeniosos, más o menos adecuados y expresivos.

El capítulo XXIV del libro segundo de la novela de Rabelais versa todo él sobre un jeroglífico. Una señora a quien Pantagruel había engañado, le envía un anillo en cuyo interior iban grabadas estas palabras hebreas: *lamah hazabathani?* (¿por qué me has dejado?). En el aro de la sortija se ostentaba un diamante falso. Esto lo interpreta Panurgo de la siguiente manera: "Di, amante falso, ¿por qué me has dejado?"

Etienne Tabouret, señor des Acords, procurador del rey en el "bailiage" de Dijon, consagró a los jeroglíficos un largo capítulo de su libro de *Bigarrures et touches du seigneur des Acords*, impreso en Rouen en 1640, con *Les Apophthegmes* de Gaulare y *Les Escraignes Dijonnaises*. Define los jeroglíficos, *los equívocos de la pintura a la palabra*, y dice: "Son de tal suerte inclinados los franceses a los "rebus" que si hubiera quien se tomase el trabajo de reunir todos los que han ideado, resultaría cantidad suficiente de papel para cargar diez mulas".

Los jeroglíficos expresados por letras, o sea las combinaciones de palabras, no estuvieron menos en boga en nuestros últimos pasados libros: no hay necesidad, para persuadirse de esto, de nada más que abrir las obras impresas en aquellas épocas, con especialidad, en las escritas en verso.

Después fueron substituídos sucesivamente con otros caprichos y sutilezas de ingenio, entronizadas por la moda, como las modernas palabras cruzadas.



Sublimación

Tú tienes del hechizo fugaz de las estrellas,
el habla misteriosa que hace mis noches bellas;
y tienes del encanto sutil de los rosales
el aroma que impregna de esencias inmortales.

Tú tienes, como un aura de ardiente primavera,
un aliento que eleva mi espíritu a otra esfera;
y tienes de las frías lloviznas del invierno
el isócrono ritmo de un palpitar eterno.

Tú llevas de la fronda florida y los vergeles,
como un ánfora llena de deleitosas mieles;
y llevas en los ojos, con fulgores de estío,
espejismos de un sueño que siempre ha sido mío.

Y llevo por conjuro de lo arcano, maldito,
ansias de luz y mieles y aromas e infinito...
¿Por qué junto a mi vera resplandecen tus galas
si nunca te alcanzara la gloria de mis alas?

Julio César CORDIVIOLA.



Sobre el origen de los naipes

Mucho es lo que se ha escrito acerca del origen de las cartas de juego, sin que se haya estado nunca verdaderamente de acuerdo, ni acerca de su invención, ni del pueblo a que ésta deba atribuirse. Vamos a ocuparnos nuevamente de esta investigación curiosa.

El abate Rilles dice que se usaban ya en España hacia el tercio del siglo XIV, fundando su opinión en la prohibición de jugar dinero a las cartas o a los dados, hecho por los estatutos de una orden de caballería llamada la Orden de la Banda, establecida hacia el año 1332 por Alfonso XI, rey de Castilla.

Otros autores atribuyen su invención a los alemanes. Curt de Gibelin las hace provenir de los antiguos egipcios. No obstante, otros quieren decir, con algún fundamento, que ha sido Francia su cuna. Algunos cronistas la hacen elevarse al reinado de Carlos VI, diciendo que fueron inventadas para procurar algún distraimiento a este príncipe cuando le dejaban intervalos de tranquilidad sus accesos de locura: a tal entretenimiento se llamaba entonces "juego del rey".

Según los mismos cronistas, el juego llamado "juego de los cientos" fué inventado por Carlos VII.

David, rey de espadas, sería, según ellos, Carlos VII; Carlos, rey de oros, sería Carlomagno, si bien nada precisan acerca de César, rey de copas, ni de Alejandro, rey de bastos. No obstante, debe creerse que se ha querido, bajo estos nombres, hacer alusión a dos soberanos franceses: primero, porque las pelucas, las prolongadas cabelleras y los pespuntes con que se representa a estos dos reyes no se asemejan de suerte alguna a los trajes de los héroes de Roma y Macedonia, cuyo nombre llevan; y además, porque en las cartas más antiguas que se conservan se hallan siempre flores de lis en los mantos reales de los reyes de bastos y de copas.

Argine, sota de bastos, y el anagrama de *Regina*, representa la reina María de Anjou, mujer de Carlos VII; Raquel, sota de copas, es Agnés Sosel; Palas, sota de espadas, es la casta y guerrera Juana de Arco, y Judit, sota de oros, es la emperatriz del mismo nombre, mujer de Luis el Benigno.

Lahire, caballo de oros, es un gran capitán del tiempo de Carlos VII; Héctor, caballo de copas, es Héctor de Galardun, otro célebre guerrero del propio reinado; Ogier, caballo de espadas, es un héroe del tiempo de Carlomagno, y Lancelot, caballo de bastos, es también otro capitán notable de la misma época.

Los cuatro caballos representan, por lo tanto, a la nobleza.

Los nueves, los ochos y los sietes representan los soldados.

Los ases significan la plata y la riqueza, de la palabra latina *as*, que entre los romanos designa una moneda.

Los seises, los cincos, los cuatros, los treses y los doses, llamados cartas bajas, no existían en aquel reinado; dícese que fueron inventados posteriormente para representar al pueblo.

Los oros eran el símbolo del valor de jefes y soldados.

Las espadas indicaban las armas que debían servirles para su defensa.

Los bastos representaban los forrajes y las provisiones del ejército.

Las copas eran también flechas terminadas por una punta de hierro, en figura romboidal, y que eran lanzadas con la ballesta.

Amoníaco por todas partes

El doctor Augusto Smith, en un informe parlamentario, hace varios comentarios acerca de la presencia universal de amoníaco, que ha sido encontrado por él en todos los objetos que ha examinado, intra y extramuros, en la ciudad y en el campo. El amoníaco es considerado como indicio de descomposición de la materia. Suspendiendo un pedazo de vidrio en cualquier parte, regando después la superficie exterior por medio de un frasco lavador, y adicionando al lavado una solución de Nessler, se determina la existencia y cantidad del amoníaco. Dicho doctor Smith se propone hacer un breve ensayo popular, con el aire, con los gases que se desprenden de los albañales, con la suciedad de las habitaciones y aun de los muebles, así como con el humo y todos los manantiales de amoníaco. Al hablar en su informe del efecto de los gases sobre la vegetación, dice con referencia a un sabio alemán llamado Mohr, que los años de existencia en París del obelisco de Luxor han producido en éste un efecto más destructivo que muchos siglos en Egipto, y que el clima de Londres será aún más destructor para la aguja de Cleopatra. En esto, añade el doctor Smith, convenimos desde luego, al observar ya una transformación en lo relativo al color, pues el negro siempre contiene ácido (ácido sulfúrico). Al terminar el profesor, habló del enorme valor del amoníaco, que se podría obtener de los millones de carbón que actualmente se convierten en cok, si el procedimiento que tan buen éxito parece tener en Besseges, tuviera igual resultado aquí. Si pudiéramos someter al mismo tratamiento todo el carbón consumido en el país, podríamos obtener una cantidad de amoníaco muchísimo mayor que la que se obtiene hoy.



Recuerdos históricos

La Orden de la Banda

La antiquísima y ya desaparecida Orden de la Banda fué instituída en 1330 por el monarca español Alfonso XI, en la ciudad de Vitoria. Su objeto, como el de todas las órdenes militares, era el pelear contra los infieles, necesidad apremiante en aquella época y en nuestro país; el de formar corte a los monarcas, el de aliviar a la humanidad y proteger a los débiles, el de ser galante y leal.

A juzgar por las cartas del obispo de Mondoñedo, don Antonio Guevara, sus estatutos eran de rígida filosofía, y su espíritu altamente guerrero y caballeresco.

El traje de los caballeros de la Banda era blanco, con una banda, que, según unos, era roja, y negra según otros; pendía del hombro derecho, cruzaba pecho y espalda y se anudaba al lado izquierdo de la cintura.

El rey era el único que podía dispensar tan ambicionada distinción, y sólo la podía otorgarse a los infantes de Castilla, caballeros e hidalgos que durante diez años hubieran seguido a la corte y distinguídose en la guerra contra el infiel.

Parece ser que durante algún tiempo sólo se concedía a los segundones o nobles sin patrimonio, con el fin de estimularlos en la guerra, hermanando la caballería con la lealtad, según rezan sus estatutos.

El acto de armar caballero se verificaba con una ceremonia solemne y fastuosa.

El candidato marchaba acompañado de seis caballeros, a la presencia del rey, que le hacía jurar de rodillas los estatutos de la Orden y las reglas de Caballería, haciendo pleito homenaje de observarlas escrupulosa y constantemente. Después velaba las armas. Un caballero le calzaba las espuelas, y ataviado con un manto rojo sobre su blanca vestidura, era armado por el soberano, del que recibía el espaldarazo para manifestarle la fortaleza que tenía que desplegar en el desempeño de las obligaciones que le imponía la Orden.

Por los preceptos galantes y corteses que debían observar los caballeros de la Banda, esta Orden se consideraba como superior a todas las existentes en Europa en aquel tiempo.

"Si algún caballero—dicen los estatutos—se encontrara con alguna señora valiente o generosa, se apee y la acompañe hasta su morada, so pena de no percibir un mes de sueldo y ser *desamado* de las damas." Igualmente preceptuaban que "si alguna mujer noble o doncella en caballo rogase que hiciese alguna cosa a algún caballero, y pudiésela hacer y no la hiciese, que al tal le llamen en Palacio las damas el *caballero mal mandado y no bien comedido*", en pena de su conducta descortés. Estaban, a más de esto, obligados, estando en la corte, a servir a alguna dama, "no para deshonrarla, sino para festejarla y casarse con ella, debiendo acompañarla cuando saliera a pie, o a caballo, como quisiera, llevando quitada la caperuza y haciendo la mesura con la rodilla."

Estaban obligados a hablar siempre en pro y defensa de su país y no consentir jamás que se murmurase de su rey, el cual, de hacerlo, podía despojarle de la dignidad y arrojarle de la corte con infamia.

Todos los caballeros se consideraban como hermanos. Al casarse, todos los demás debían asistir a la boda; si alguno caía enfermo, los otros tenían que hacerle compañía y, en caso de gravedad, ayudarle a bien morir, en cuyos cometidos alternaban. Si moría un caballero, la Orden entera vestía de luto un mes, y durante tres no se podía justar.

Al terminarse el luto, entregaban la banda del difunto al rey, suplicándole que la confiriese a alguno de sus hijos y amparase a la viuda.

Se les exigía gran prudencia y extrema veracidad, y el cumplimiento exacto de la palabra dada, so pena de ir "desacompañados", sin permitírseles que se arrimasen a ningún compañero.

No podían ser aduladores, ni jactanciosos, ni cabalgar en asno o mula, y sólo a caballo y ostentando siempre la banda. Tampoco podían jugar a los dados; habían de observar siempre correctos y finos modales; no comer de pie, no beber por jarro o cántaro, y habían de hablar con delicadeza y mesura; y, finalmente, les estaba prohibido el quejarse de herida o contusión alguna, no siendo visitados por sus compañeros en su enfermedad si daban muestras de su dolor.

Para contraer hábitos guerreros, todos los primeros domingos de mes iban a Palacio, y en presencia del rey de la corte justaban de dos en dos, atacándose y cesando el combate de acuerdo con los toques de trompeta que el soberano hacía sonar.

Para evitar lesiones en estos torneos, el capítulo 22 del Ordenamiento de éstos dice: "El otrosí, que tomen jura a todos los caballeros que non den con las espadas de punta, en ninguna guisa, nin del revés al rostro; es otrosí alguno cayere la capella o el yelmo, que non le den fasta que se la ponga."

Además, tenían que jugar torneo dos veces al año; justar, cuatro, y correr cañas, seis, estando obligados a sustentar plaza, tela y cuarteles, siempre que el rey llegase a alguna población.

Al instituir la Orden, Alfonso XI armó cien caballeros, entre los que figuraban los infantes don Pedro, don Juan, don Enrique y don Tello.

Don Juan I, en su coronación, también armó otros ciento.

El fundador dió por armas a la Orden un escudo que simboliza la fidelidad que deben tener los caballeros por una cruz y por castillos; leones y calderas indicaban lo prontos y propicios que deben estar siempre para el combate, para ser fuertes y auxiliar al desvalido.

Otro de sus escudos era formado por los cuarteles de Castilla y León rodeados de una banda.

Estas mismas armas, con alguna variación, concedió a los caballeros que componían la Orden.

La rigidez de sus estatutos, la falta, sin duda, de un hombre al frente de la Orden tan guerrero como su fundador, hizo que tan insigne Orden fuese decayendo, terminando por ser abolida por los Reyes Católicos, volviendo a ser implantada de nuevo por Felipe V; pero su segunda vida fué débil y de poca duración.

F. de CASAS GANCEDO.

EL COMPROMISO DE PROSPERO

Al sacar un periódico del bolsillo exterior de su abrigo, mi amigo Próspero dejó caer al suelo una lluvia de papelitos multicolores, que se apresuró a recoger. Y como manifestase mi sorpresa me dijo suspirando:

—¡Ah, querido! ¡Qué cosa más terrible estos billetes de autobuses! No sé qué hacer con ellos. ¡Es para volverse loco!

—No exageres, hombre. En primer lugar, ¿para qué los coleccionas?

—¿Coleccionar yo? ¡Dios me libre! ¡Pues menudo odio tengo yo a estos papeles que abarrotan mis bolsillos y constituyen para mí una verdadera obsesión!

—¡Pues, chico..., no veo...!

—¿Que no ves? Toca mis bolsillos. Es que estallo.

Y metiendo sus manos en los bolsillos las sacó llenas de billetes arrugados y mezclados, que volvió a guardar cuidadosamente.

—¡Pero tíralos! ¿Por qué los guardas?

Próspero cogió un billete y se puso a leer.

—¿Y ésto? "Consérvese este billete para ser presentado al inspector."

—Eres absurdo. Esto se refiere al tiempo que dura el trayecto, en previsión de una revisión de billetes. Pero una vez que te bajas del autobús...

—Eso creía yo; pero escucha esta historia... Hace unos dos meses, al ir a bajar del autobús en la estación de San Lázaro, tropiezo en el estribo con el inspector, que me dice:

—El billete, caballero.

—¿Mi billete? Acabo de tirarlo en la plataforma.

—¿Quién me prueba eso?—me dijo el inspector.

—¡Puesto que yo lo digo!

—Eso no basta. Usted no presenta el billete, luego no lo tiene, y debe pedir otro al cobrador.

—¡Pero si he pagado ya uno!

—¿Quién me prueba eso?

Prolongada y acalorada discusión que terminó en la comisaría. Tuve que pagar dos veces el billete, después de perder una hora. Y desde aquel día...

—Pero, una vez en la calle, ¿por qué no tiraste el billete?

—Sigue escuchando. Al salir hice lo que tú crees tan fácil. Tiré el billete al suelo. Un guardia me da un golpecito en el hombro.

—¿No sabe usted—me dijo—que está prohibido tirar en la vía pública papeles, y, en general, cualquier objeto que ensucie?

—¡Pero, hombre! ¿Qué va a ensuciar este pedacito de papel?

—Yo no estoy aquí para saberlo, sino para verlo. Se trata de un papel; lo tira usted en la vía pública, está prohibido y lo hago constar. Recoja usted el billete, o tendré que imponerle una multa.

Tuve que recoger el billete, que había caído en un charco de aceite goteado por un automóvil. Metí el billete grasiento en mi bolsillo, y desde entonces los guardo todos.

—Pero una vez en tu casa, tíralos, quémalos en la chimenea.

—Ya lo he hecho; pero no me han quedado ganas de repetir.

—¿Por qué?

—Porque uno de los billetes subió ardiendo por el tubo de la chimenea y se prendió el hollín. Tuvieron que acudir los bomberos, inundaron el cuarto de agua y tuve que pagar al dueño ochocientos francos para los gastos de reparación del tejado.

—Verdaderamente, no tienes suerte.

—Ya te lo decía. No me queda ni el recurso de hacerlos pedacitos pequeños para tirarlos en Carnaval, porque está prohibido arrojar "confetti".

Luego, tendiéndome las manos llenas de billetes, me replicó:

—¿No podrías tú desembarazarme de ellos?

—¡Con mucho gusto!—le dije.—Es muy fácil.

Y después que hubo vaciado sus manos en las mías, eché los billetes por la boca de una alcantarilla que había a nuestro lado.

G R A V E R E A U

Días en que celebran sus fiestas los musulmanes

Primeramente celebran asamblea todos los viernes del año.

El día 8 de *maharran*, primer mes, celebran por diez días seguidos el asesinato de Ocein, grande imán de la Persia, y en este mes están prohibidas las hostilidades, pues hay suspensión de armas si no hay gran urgencia.

El primer viernes de *safar*, segundo mes, se juntan los turcos para tratar de asuntos de guerra y sus preparativos. El cuarto miércoles de este mes celebran la santa noche, o la fiesta de la trompeta que convocará a juicio.

El día 11 de este mismo mes celebran la santa noche y la fiesta del nacimiento de Mahoma: algunos califas la celebran seis días después.

El 5 de *rabié*, tercer mes, es la fiesta de la noche santa de la concepción de Mahoma. El 16 celebran la santa noche de su ascensión.

El 15 de *schaben*, octavo mes, es la fiesta de la santa noche del examen o acciones de los hombres, escritas por los ángeles para presentarlas al divino tribunal.

El mes santo de *ramadán*, y noveno, es de ayuno riguroso, y no comen ni beben hasta después de puesto el sol. En la tarde y vísperas del primer día del mes siguiente, de *schabal*, empiezan a celebrar su Pascua, o el gran *Bisrem*.

El 24 de *ramadán* celebran la noche santa de la omnipotencia, o revelación de misterios de Dios a Mahoma. El 16 de *schach* celebran la victoria o la batalla de Oud, dada por Mahoma a su propia tribu. El 20 de *schal*, la santa noche y fiesta de la partición de la luna por Mahoma, a lo que se atribuye el titularse el gran sultán *señor de la media luna*.

El mes *dul-kaden* es mes de descanso, y el siguiente, *dul-kaden segundo*, es el de las peregrinaciones, pues creen que en él fué determinada por Abraham la peregrinación de Ismael su hijo y de Agar, por lo que se denominan, como descendientes de Agar, agarenos, y de Sara, sarracenos. En el día 8 de este mes celebran la fiesta de la aparición de Dios al profeta.

Símbolos de la amistad

Entre los griegos, la estatua de la Amistad estaba cubierta con una túnica sujeta con hebillas, y tenía la cabeza desnuda; su mano derecha estaba puesta sobre el corazón; la izquierda sostenía un olmo, alrededor de cuyo tronco se enroscaba una viña cargada de racimos.

Los romanos representaban la Amistad bajo la forma de una hermosa joven vestida con sencillez, coronada de mirto y de flores de granado entrelazadas con estas palabras que caían encima de la frente: *Invierno y Verano*. En la franja de la túnica se leían estas otras palabras: *La muerte y la vida*. Con la mano derecha señalaba a su costado izquierdo, que estaba abierto hasta el corazón, en el cual se leía: *De cerca y de lejos*. Generalmente se colocaba también un perro a sus pies, como símbolo de la abnegación y de la fidelidad.

El aceite de oliva es explosivo

Todo lo que se refiera de cerca o de lejos a la constitución de la materia está a la orden del día desde hace ya algunos años, y constituye motivo de gran preocupación para el mundo sabio. Y si es cosa que afecta a la disposición y movimiento de las moléculas, átomos o electrones, no deja de tener interés para todo el mundo.

Un órgano del que cada célula es ella misma su organismo completo, un instrumento del que cada partícula es un conglomerado molecular, nos conduce a un mundo de relaciones por demás sugestivo.

Vamos a dar cuenta en estas líneas de los recientes trabajos de un doctor en ciencias, A. Marcellin, joven sabio francés que ha estudiado en el laboratorio de química física de la Sorbona, la materia en el estado de extrema división.

Como se sabe, una parte infinitesimal de materia grasa, tal como la oleína (que entra en la composición del aceite de oliva), al ponerse en contacto con el agua, se extiende sobre la superficie de esta última. Sus moléculas flotan aisladamente, formando una capa discontinua.

Pues bien, el sabio Marcellin ha demostrado que esta capa grasa forma un verdadero "vapor de dos dimensiones", y estudia sus curiosas propiedades.

Este "plano" flúido se extiende indefinidamente sobre la superficie del agua y su presión llega hasta una milésima de miligramo, mientras que la distancia media de dos moléculas es igual a cuatro veces el diámetro de una de estas últimas.

Una experiencia divertida ilustra esta propiedad. Se recorta en mica parafinada una especie de cañón y un obús; se colocan ambos sobre la superficie de agua contenida en una cubeta. Hecho esto, se deposita en el interior del cañón unas gotas de materia grasa, la cual, espontánea y rápidamente, se extiende sobre la superficie del agua disparando el obús hacia afuera y haciendo recular el cañón, como ocurre en los verdaderos instrumentos de guerra.

Para un estudio más profundo de estos fenómenos, A. Marcellin ha construído una bomba de dos dimensiones, recortada igualmente en mica parafinada y constituída por un cilindro, un pistón y una válvula. El "plano" flúido, compuesto de una capa de moléculas, es susceptible de comprensiones y de "disparos" reversibles, como sucede en el vapor ordinario; por una comprensión suficiente, se condensa sobre la superficie del agua en una capa de "ojos" microscópicos.

Estas experiencias, que semejan juegos de chicos, nos abren, sin embargo, una ruta firme hacia el más allá de la materia...

La industria alemana y el arte del reclamo

En la reciente exposición alemana del automóvil se ha llevado a cabo la propaganda mediante numerosos reclamos en la prensa de todo el país y con decorativos carteles fijados profusamente en los más frecuentados parajes de las poblaciones de Alemania, así como en salones de espectáculos, cafés, cervecerías y otros lugares de recreo.

Nada tiene de extraño ese esfuerzo propagandista en pueblo que, como el alemán, se afana, desde que terminó la guerra, en lograr un pujante renacimiento de su industria, y que para conseguir su propósito recurre a todos los medios y lleva al "máximum" su actividad técnica y obrera, así como su inventiva en lo concerniente a publicidad.

Conocida es la enorme influencia que ejerce el anuncio sobre las multitudes. En virtud de sus descripciones de mercancías y de la enunciación de los usos y utilidades de las mismas, el anuncio posee valor educativo. Su fuerza persuasiva, al incitar al consumo de artículos nuevos, crea necesidades y merced a su dilatadísimo radio de acción, fomenta extraordinariamente el consumo y así constituye un acicate de la producción industrial.

Entre las principales condiciones a que ha de responder un buen anuncio, figura la de llamar la atención aisladamente y reducido a lo indispensable aquello que interesa al anunciante que sea visto en primer lugar.

Pues bien: esa erudición esencial se cumple indudablemente en el reclamo más ingenioso y acaso de menor coste de la exposición a que hacemos referencia. Consiste ese reclamo en un globo cuya forma reproduce en grandes proporciones la rueda de un automóvil y que se conserva elevado sobre los pabellones de la exposición hasta la clausura del nacional certamen.

El reclamo es, en efecto, ingenioso.

BUDA EN NUEVA YORK

La estatua costará 100.000 dólares

Los sacerdotes de Buda no cesan en las predicaciones de la religión asiática por casi todo el mundo. En la actualidad concentran su preferencia especialmente en Norte América, que suponen tierra abonada para el arraigo de su fe.

Los sacerdotes budistas dicen en sus exhortaciones que sólo pretenden inculcar en los fieles la más estricta moral y enseñar que la caridad y el amor son las fuentes de todas las virtudes.

"Buda, nuestro Dios — añaden, — prohibe matar, robar, hacer daño, embriagarse y cuanto signifique vicio o crimen. Por ello consideramos meritorias las enseñanzas de nuestras doctrinas y extender el número de nuestros discípulos, provocando el despertar general de la fe en Nueva York."

Por lo pronto, los miembros de la religión de Buda residentes en Nueva York han recaudado los fondos necesarios, que ascienden a cien mil dólares, para erigir una estatua a Buda en el sitio más visible del Central Park.

Al efecto, se han dirigido a mister Francis D. Gallatin, comisario de los parques, exponiéndole aquel deseo y rogándole les otorgue su apoyo.

Mister Gallatin contestó que emplearía toda su influencia en favor de la demanda, considerando que en ella no existe la menor tendencia de proselitismo, sino simbolizar las enseñanzas budistas, que invocan la paz y la buena voluntad entre todos los hombres, a semejanza de las de Cristo.

La estatua de Buda será encomendada a un artista de fama, y se supone que la figura del dios conserve la tradicional y característica posición de las piernas cruzadas, con que es conocida en todo el mundo.

La pesca del arenque

La pesca del arenque, en las proximidades de la costa, se practica en embarcaciones menores. Las pesquerías importantes, tanto por la calidad como por la cantidad del producto, son las de alta mar y se realizan con buques de mayor porte, propios para las navegaciones de altura.

Las pesquerías más importantes en la actualidad son las que tienen lugar en las costas Este de Inglaterra y Escocia. También en Noruega una parte de la costa da gran rendimiento.

Son curiosas las maniobras y demás operaciones que se efectúan en las barcas pesqueras de arenques.

Dada la orden por el jefe de la embarcación, en un momento la amplia red se halla en el fondo.

En las pesquerías costeras, un marinero sonda frecuentemente. Es preciso, en efecto, que el patrón calcule a qué distancia puede arrojar la red, distancia que habrá de ser tres veces la de la sonda.

El remolque de la red, que va arrastrando por el fondo, dura de dos a tres horas, según la abundancia del pescado.

El patrón anuncia, por fin, que se va a sacar a red a la superficie. Todo el mundo sobre el puente. La operación es ruda, aun en tiempo de calma; estando revuelta, es singularmente peligrosa y ha costado la vida a más de un hombre.

Vaciada la red, se echa de nuevo. Estas operaciones se repiten durante seis, ocho, diez o doce días, sin parar, día y noche, cualquiera que sea el tiempo, hasta que se haya recogido una cantidad suficiente de pescado. Algunas veces las redes suben vacías...

Entonces, por telegrafía sin hilos, de que todos los pescadores de arenques se hallan provistos, se intenta ponerse en comunicación con otras barcas, que se hallan tal vez en sitios más favorecidos. Pero no se obtiene siempre respuesta, porque ciertos patrones prefieren guardar en secreto los buenos emplazamientos que han logrado encontrar.

Mas no por eso hay que cruzarse de brazos. Si no hubo arenques, puede haber otra cosa: marsoplas, pequeñas ballenas y otros peces.

El pescado recogido se baja a las calas, mientras vuelve la red al mar.

Generalmente, las embarcaciones dedicadas a la pesca del arenque llevan hasta cincuenta y sesenta toneladas.

Tal es, en los más simples términos, la pesca del arenque.

En cuanto la vida de los pescadores a bordo, es de las más sencillas. Estos comen casi únicamente pescado, salvo el jueves y el domingo. En tales días el menú se varía y realza con un plato de conservas. La cocina está en la parte delantera, en la proa. Las máquinas, atrás.

El menú es poco complicado: por la mañana, pescado hervido en agua del mar, con patatas; por la tarde, de cinco a siete, frito de pescado. Los marineros hacen su comida por grupos de tres o cuatro. Cuando sube la red, escogen los pescados de su gusto, a excepción de los lenguados, rodaballos y otros pescados finos, a los cuales, por otra parte, prefieren la "morralla": salmonetes, pescadillas, platijas, etc. Hay que hacer notar que este género de comida les es tan agradable y familiar, que cuando permanecen en tierra piden a sus mujeres que les preparen esta misma comida, desde el día siguiente mismo de su llegada. Y este régimen no es de escaso poder alimenticio, a pesar de que los pescadores trabajan diez y ocho horas al día.

Alambres huecos

La corriente eléctrica de alta tensión fluye solamente a lo largo de la superficie exterior de los alambres que sirven para transportarla; no penetra en el interior de ellos. Por lo tanto, se puede decir que un tubo conduce la electricidad tan bien como una barra maciza de mismo diámetro y del mismo material. En general, el tubo resulta más barato porque contiene menos material. Sin embargo, hasta ahora no se han aprovechado las ventajas que ofrecen los tubos en este caso, excepto en alguna que otra instalación de distribución de corriente. Para las líneas de transporte de la corriente eléctrica se han usado siempre alambres macizos o cables metálicos. Ahora, el problema de economizar material y, sobre todo, peso—lo que influye considerablemente en la construcción de los postes de suspensión—ha adquirido tanta importancia que se ha estudiado y solucionado esta cuestión. Una especie de espiral de alambre forma el alma del nuevo tipo de conductor eléctrico, alrededor de la cual se ha arrollado el material que efectivamente conduce la corriente. La espiral evita la deformación del "alambre hueco" al tenderlo en líneas aéreas, donde recibe su fecha como otros alambres también; tampoco se le puede aplastar. Tales alambres huecos no sólo son considerablemente más ligeros que los macizos, sino resultan más baratos, a pesar de los precios de fabricación más elevados, por la gran economía de material que representan.

Desde cuándo se fabrican relojes

No se conocen ni el autor ni el lugar ni la fecha de esta invención. Todo lo que se sabe es que había ya fábricas de relojes en París y en Nuremberg a principios del siglo XVI o fines del XV. Estos primeros relojes, de dimensiones y formas diversas, fueron muy imperfectos. Tenían frecuentemente un gran valor; pero no marcaban la hora sino de una manera aproximada. A mitad del siglo XV se adelantó algo en su fabricación por la invención de la rueda espiral, cuyo inventor se desconoce.

En 1675, Huyghens imaginó el regulador de resorte espiral, cuya idea le disputó el abate de Hautefeuille y A. Hooke. En 1676 aparecieron los relojes de repetición, inventados casi al mismo tiempo por tres relojeros de Londres: Barlow, Quare y Tompsen. El primer reloj de esta clase que se vió en Francia, fué enviado a Luis XIV por el rey Carlos II.

A Graham se deben los relojes llamados de cilindro.

Los extraplanos y los relojes sin llave datan de la primera mitad del siglo XIX.

EL TEATRO CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

MOMO SE FUE

El regocijado dios, tras un breve reinado en que se apoderó de las salas teatrales para renovar sus piruetas de bufo, acaba de marcharse y con él los teatros han vuelto a adormilarse en su descanso veraniego. Ha sido como un parpadeo de alegría... Pero es sabido que a poco de irse el carnaval, las compañías intensifican sus preparativos para inaugurar las nuevas temporadas y el mundo de la farándula se dispone a reanudar la interrumpida labor.

Nadie ignora que el optimismo es la característica más saliente de las gentes de teatro; que cada año, por este tiempo, autores, cómicos y empresarios, cada uno romántico a su manera, sueñan con formidables temporadas de grandes éxitos de cartel y, por consiguiente, de pingües ganancias. Algunos, los más veteranos faranduleros, maduran sus "trucs" silenciosamente, pues en cada inauguración de temporada, cada cual tiene el secreto del éxito. El tal secreto es, a menudo, un lugar común en la técnica del negocio; pero como el ingenio empresaril no descansa, muchas veces ese lugar común resulta el mismo fraile con distinta sotana. La cosa es atraer al público, engañándolo con discreción suficiente para que no descubra el engaño.

Ya la mayoría de los elencos han escogido las obras del debut y entrado a ensayarlas con creciente entusiasmo. Todos se van "en fija", todos aseguran que las piezas envejecerán en el cartel. Ya veremos dentro de poco si tanto optimismo tenía un fundamento sólido.

Lo que desde ahora puede descontarse es que, como las últimas temporadas, el mejor negocio estará por parte de las compañías que explotan el género de revistas, que es el más gustado en estos tiempos de desorientación en casi todos los órdenes. "Su majestad, la pantorrilla", continuará reinando en los escenarios y los desnudos más o menos artísticos recrudecerán, sin duda, quizás en forma alarmante para la población masculina. Día llegará, a este paso, en que la ilusión de la belleza femenina no existirá, pues habrán desaparecido todos los secretillos que ahora engolosinan al público pantalonudo. La mujer volverá a vestirse y a vestirse mejor que nunca, en vista de que el desnudo no interesará a nadie. Todos los excesos producen reacciones; es ley.

"CHEZ", PARRA

Aun cuando falta bastante para iniciarse la temporada de don Florencio Parravicini en el Argentino, su secretario, José Coletti, se ha reinstalado en su lugar y atiende a los artistas que han menester de formular consultas.

Todo hace suponer que el gran bufo, después de un año de descanso, ha de reaparecer ante el público con remozadas energías reconquistando los grandes prestigios que tiene. No falta quien, echando de menos a Parra, espere con ansiedad la inauguración de la temporada para estallar en las carcajadas acumuladas durante un largo año. Porque nadie como Parra domina tanto al público, pues que ningún cómico de los nuestros posee su chispa genial y sus innúmeros recursos, tantas veces demostrados.

EN EL SARMIENTO

Siguen los preparativos para la próxima temporada. Pocas compañías de teatro criollo por horas, han sido mejor formadas que la que termina de conjuntar el empresario don Carlos Reali, siendo de aguardar que apenas se ponga en contacto con el público, éste sepa valorar el esfuerzo y preste su apoyo desde el principio. Sería el premio merecido.

PARA DEBUT DE BLANCA

Como es sabido, este año desarrollará su temporada de dramas en el Liceo la compañía que tiene por primerísima figura a la popular y aplaudida actriz nacional señora Blanca Podestá, quien después de actuar tres años seguidos en el Smart, entra desde el corriente a tallar en la sala del señor Gerino.

"La danza de fuego", pieza dramática de Luis Rodríguez Acasuso, es la obra elegida para inaugurar la "season" en la segunda quincena de marzo.

TRAVERSA LEE Y LEE

Muchos autores han escrito ya piezas para la compañía de César Ratti, que este año trabajará en el Smart

Como el capo cómico se halla en Europa, el empresario Julio Traversa lee los trabajos y ya ha aceptado varios.

DIALOGO CASI TEATRAL

—¡Ah! ¿Es usted? ¡Por fin! Le juro que estoy furiosa. Diez veces le he llamado en el día y siempre me contestaron que usted no estaba.

—En efecto, no estaba... dispuesto a perder el tiempo.

—Muy galante. ¡Es usted odioso!

—¿Por eso me llama por teléfono todos los días?

—Sí, para repetírselo hasta el cansancio.

—En cambio, ante los demás me elogia.

—Sí, puede ser un elogio decirle a todas mis amigas que usted es un perverso.

—¿Un perverso que la encanta?

—Que me da mucha rabia y que me deja con dolor de cabeza, cada vez que le hablo.

—Y para quitárselo me vuelve a hablar. Ese sistema de curación se llama homeopático.

—No sé cómo se llamará; pero le aseguro que no puedo recomendarlo como eficaz.

—Es que recién empieza a seguirlo...

—Hace dos meses.

—Después de dos años, le dará resultado.

—Me parece que antes me voy a morir.

—¿Romántica?... Eso es, póngase romántica. Se convierte usted en una chica deliciosa, cuando apela al romanticismo.

—¿Cierto?

—Seguro. No puede haber dos opiniones. Cuando usted languidece de melancolía, se siente uno amable y bueno...

—Seguiré su consejo, entonces. Me verá siempre romántica. Para resultar mejor, beberé vinagre para empalidecer y caminaré con exceso para adelgazar.

—Lo último le vendrá muy bien.

—¿Cree usted que soy muy gruesa?

—Ha de ser una burguesita de noventa kilos.

—¡Qué horror! Cómo se conoce que no me ha visto nunca. Apenas peso cincuenta.

—Para mí, tiene noventa.

—Usted desearía que los pesara, para perder la elegancia.

—Para que pierda la agilidad en la palabra. Así me gustaría mucho más.

—Puedo hablar menos de prisa, si lo quiere, desde ahora mismo. Si usted lo desea... Dígame, ¿quiere que silabée las palabras?

—Bueno. A ver.... ensayo.

—Empiezo. ¡Caramba!...

—¿Qué le pasa?

—No sé qué decir.

—Diga cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Sí. Por ejemplo, diga una barbaridad.

—No me atrevo.

—Anímese.

—No...

—Es para probar.

—Bueno. Ahí va...

—¿Qué va?...

—Es... toy...

—Estoy.

—E... na... mo... ra... da...

—Enamorada.

—De... de...

—¡Basta, basta!

—No he terminado.

—La barbaridad ya está dicha.

—Pero no me deja tiempo para decir de quién estoy enamorada.

—Si le hubiera dado tiempo, habría dicho dos barbaridades. Y se trataba de decir una sola.

—¡Qué malo! Me dan ganas de llorar.

—A mí, de reír.

—Usted se ríe de todas las cosas serias.

—Estar enamorada no es nada serio.

—Déjeme terminar la frase...

—¿Se atiene a las consecuencias?

—Me atengo a todo. ¿Se lo digo?... ¿Se lo digo?...

—Mire que va a duplicar la barbaridad.

—No importa. Si no se lo digo, me muero.

—Las mujeres hablan de la muerte tanto como de los vestidos.

—Se lo digo..., se lo digo...

—Dígalo.

—Estoy enamorada de...

—Termine.

—No tengo valor.

—Vaya, vaya. Y usted admira a Franco.

—Admiro lo que no soy capaz de hacer.

—Armese de coraje y mañana me lo dice.

—Voy a hacer todo lo posible.

—Reúna todas sus fuerzas.

—Bueno. Lo llamaré a las nueve de la noche.

—¿Dispuesta?

—Sí.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana. veo que mi romanticismo le pone, en efecto, más bueno.

—No le decía yo.

—Los hombres no son tan malos como parecen.

—¡Qué esperanza!

—Yo creo en su bondad.

—Hace bien.

—Y creo, también, que usted se emociona hablando conmigo. Se da cuenta de que tengo diez y seis años y de que soy muy ingenua.

—Y que no puede vivir sin amar.

—Es cierto. ¿Quién se lo dijo?

—Lo adivino.

—Y yo que no quería que lo descubriera.

—Las chicas se descubren solas, porque hacen todo lo posible por ocultarse totalmente

—Le tengo miedo.

—¿Otra vez?

—Usted sabe tanto de mí, sin que yo se lo haya dicho...

—Precisamente, porque no me lo ha dicho

—Usted es un brujo.

—Todavía no me va a llamar mañana.

—Sí. Está prometido.

—¿A las nueve?

—A las nueve.

—Me había olvidado decirle que esta noche salgo para Salta.

EL VIERNES DEBUTAN EN EL APOLO ARATA Y MORGANTI

La primera compañía de género chico criollo que rompe el fuego e inaugurará su temporada el viernes próximo, es la que, dirigida por el popular autor Alberto Novión, tiene por primeras figuras masculinas a los aplaudidos actores cómicos Luis Arata y Carlos Morganti, artistas cuya especialidad es hacer reír al público, para lo cual Natura les dotó de abundante vis cómica.

Tal como dijimos en otra ocasión, la noche de la presentación serán estrenadas dos piezas: "Cascabel... cascabelito", comedia de Armando Moock, y "El alma de los perros", del director artístico del conjunto.

Puede descontarse el éxito del debuto, por la expectativa que ha despertado al público el nuevo binomio que da nombre a la compañía y del que es justo esperar mucho.

MOOCK, CÓNSUL

El talentoso comediógrafo chileno don Armando Moock, bien conocido por nuestro público por los numerosos éxitos obtenidos con sus obras, ha sido designado cónsul general de Chile, en París.

Vale decir, que el inteligente autor de "La serpiente" abandona su residencia entre nosotros y se traslada a la "Ville Lumiére". Ello lleva, implícitamente, la pérdida para la escena nacional de un brillante escritor, pues es difícil que su nuevo cargo le permita seguir cultivando la literatura escénica, por lo menos con la fecundidad que demostró hasta ahora.

La nueva resulta, así, sensible.

EL REALISMO DEL BUENOS AIRES

Los últimos estrenos de la compañía que dirige don Adelardo Fernández Arias se mantienen en el cartel, intercalados con las reprises últimamente efectuadas.

La temporada, que va aproximándose a su término, si no ha sido brillante, puede calificarse de discreta. Se ensayan nuevas producciones, a ver la luz de las candilejas en breve plazo. Sobran los ensayistas de obras realistas, aunque muy pocos dan en la tecla.

"MISERIA NUESTRA"

El fecundo escritor italiano, señor Folco Testena, hizo estrenar por la compañía del Smart la pieza en un acto titulada "Miseria nuestra", clasificada como no apta para señoritas, aun cuando más correcto sería anunciar inadecuada para mujeres.

No es la primera vez que el señor Testena ensaya el género. No hace muchos días, con "Su majestad la carne", en el Buenos Aires, estrenó una pieza de igual naturaleza. Es muy difícil, en el teatro, delimitar el realismo de lo inmoral. La mayoría de los autores caen, por lo general, en la audacia pornográfica, restando así valores artísticos a su trabajo. Testena, escritor de vasta cultura, logra colocarse en una situación especial, llegando a poner en las obras de este jaez una vibración de arte.

Con "Miseria nuestra" presenta los males humanos, las fallas de nuestra complexión humana con buen acierto y consigue interesar al público con una acción que, si bien lenta, se desliza entre diálogos pulcros y de sabor literario.

La nueva obra de Testena fué aplaudida y en su interpretación se destacaron la actriz señora Senisterra y los actores Bono y Casamayor.

"LA REVISTA DE CARNAVAL"

Oportunistas como son las compañías de revistas, a nadie puede extrañar este título, hallándonos, como estamos, en las fiestas de Momo. La compañía de la Comedia, presentada ha poco en dicho escenario, después de reprisar "Metele al ventilador", producción que, como se recordará, interesó al público cuando su estreno en el Avenida, estaba ensayando vertiginosamente "La revista de carnaval", en momento en que nosotros tejíamos este comentario.

Si es que para las compañías bataclánicas el carnaval coincide con la fecha que marca el calendario, a estas horas debe "reverberar" en el cartel de la sala de la calle Carlos Pellegrini la nueva producción escrita por Andrés Muñoz y musicada por el maestro Devalque.

Aludiremos a ella en nuestro próximo número.

CASINO

Los últimos debutos de artistas llegados del extranjero han gustado al público, que aplaude noche a noche los interesantes números que cubren el cartel de esta popular sala, consagrada desde "illo tempore" al género de varietés.

Para dentro de poco, se anuncian novedades que seguramente aumentarán el interés de la gente por los espectáculos de este teatro.

FLORIDA

Terminado el receso impuesto por el carnaval, la bonita sala del pasaje Güemes se dispone a reabrir sus puertas para volver a dar cabida a las artistas de variedades que ha contratado la empresa. Nada difícil sería, a estar a las informaciones que nos llegan, que una vez más se intentara en este teatro una temporada nacional, mejor dicho, de revistas, que es la que más probabilidades tiene de perdurar.

GRAND SPLENDID

La hermosa sala cinematográfica de la avenida Santa Fe, viene desarrollando con bastante fortuna su "season" veraniega. De las gentes que aún no se han marchado a veranear o han vuelto ya, pocas dejan de asistir a las funciones de este grandioso cine, cuyas características son la excelencia de las películas que se pasan y la selección de la concurrencia.

Para la semana en curso, se ha formulado un atrayente programa constituído por notables films de famosas marcas.

CAPITOL

La acreditada sala que administra con acierto el señor Lecuona, se ha visto atestada de público durante las funciones efectuadas en estos últimos días. Para la semana que se inicia, han de renovarse los éxitos de las funciones, a juzgar por las cintas que se anuncian y que son aguardadas con verdadero interés.

CORREO TEATRAL

A. P. T. — Antes de intentar una obra, pase vista por un librito que se llama gramática. Usted es de esos señores que escriben de oído. Apenas llegamos a la segunda escena, dimos con un "fuzil", una "idiosincracia" y un "excéptico". Vamos, que usted no ha cursado ni la escuela primaria.

Desde La Quiaca a Tierra del Fuego,

estratégicamente ubicadas, hay más de 3.500 Agencias y Estaciones de Servicio Ford, es decir, que hasta en el último rincón del pais encontrará Vd. mecánicos competentes y especializados para servir su Ford. Hasta el último hombre de cada una de estas 3.500 Agencias y Estaciones de Servicio Ford tiene especial interés en que su coche proporcione a usted el mejor servicio posible.

El letrero FORD al frente de un taller es una garantía de seriedad y buen servicio.

Ford

AUTOS — CAMIONES — TRACTORES

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA


POLVO GRASEOSO
LEICHNER
R. Mónica